

FERNANDO BENÍTEZ

---

# El agua envenenada



Lectulandia

En reciente artículo periodístico Fernando Benítez (1912) señala: «México ha sido siempre un país de caciques [término] que podría aplicarse en la Colonia a los encomenderos, a los curas, a los mineros y a los rapaces alcaldes mayores. Al hacernos independientes, los caciques se llamaron generales y ejercieron el poder practicando sistemáticamente el cuartelazo [...] sin que desaparecieran los pequeños caciques: acaparadores, prestamistas, tenderos o dueños de tierras.»

*El agua envenenada* (1961), basada en un hecho real, es una novela sobre el caciquismo, tratado como institución, mediante la reseña de un caso particular: la lucha de los pobladores de la pequeña ciudad de Tajimaroa — hoy Ciudad Hidalgo, Mich.— contra el cacique dueño de un aserradero cuya prepotencia soportaron durante 30 años; lucha en ascenso continuo, que culmina en los hechos sangrientos que genera la violencia popular espontánea que surge cuando la actitud del cacique cierra toda posibilidad de entendimiento.

Con el fin de presentar planos narrativos en que aparezcan todas las partes en conflicto, Benítez escoge como narrador al sacerdote del lugar quien, en su afán conciliador, se ve envuelto en el conflicto. Sería erróneo considerar esta novela como una *Fuenteovejuna* local: la verdadera justicia queda pendiente. Dada la fecha de su aparición es, más bien, vaticinio de acontecimientos más graves. Crueldad y muerte son descritas sin concesiones para el lector, que difícilmente podrá dejar la lectura de este libro verdaderamente importante.

**Lectulandia**

Fernando Benítez

# **El agua envenenada**

ePub r1.0

Titivillus 01.02.16

Título original: *El agua envenenada*  
Fernando Benítez, 1961  
Diseño de cubierta: Rafael López Castro  
Fotografía de la portada: Rafael López Castro

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# 1

RECIBÍ la orden de Su Ilustrísima el viernes, y el domingo, a las ocho de la mañana, cruzaba el atrio de la catedral. Le confieso que para un cura de aldea no resulta fácil ser llamado a la presencia de su Arzobispo, sobre todo después de los terribles acontecimientos en que participé de un modo forzado e inexplicable.

Pasé la noche lleno de zozobra. A cada momento consultaba el reloj, y la proximidad de la entrevista —debería tener lugar en la sala capitular después de celebrada la misa— hacía que no lograra ordenar mis ideas ni encontrar argumentos que justificaran mi conducta ante sus ojos.

Había llovido la noche entera. Los laureles, liberados del polvo acumulado durante el invierno, establecían ese contraste familiar desde mi ya lejana época de seminarista entre sus frescos, densos y apretados ramajes y las secas piedras rosadas de la catedral. Al dar el reloj la última campanada se inició el repique de la octava de Pascua. Me parecía oler aún las tiras de badana mal curtida que atan el aplastado badajo, y escuchaba, con el corazón de los veinte años, el grave lamento de la campana mayor, recamada de inscripciones latinas, henchirse y estallar como una burbuja de oro en el aire tenue de la mañana.

A poco, giraban las esquilas sobre sus ejes, las campanas menores se unían al concierto y estos sonidos volaban como pájaros en el atrio llameante y circundaban a los fieles que se detenían en las grandes losas y volvían hacia las torres las caras arrebatadas de alegría. De nuevo creían firmemente que la victoria de Cristo era su victoria y que su Resurrección los había rescatado de la muerte transformándolos en dioses.

Cuando entré a la catedral daba comienzo la misa In Albis y el celebrante pronunciaba las palabras del Introito, inclinado sobre el misal:

*Quasi modo geniti infantes, alleluia.*

Busqué un lugar cercano al presbiterio y me dispuse a oír la misa. No pude concentrarme. Por primera vez en veinticinco años estaba fuera de ese recinto privilegiado que forma el presbiterio, la crujía y el coro —una catedral dentro de la catedral—, y asistía al santo sacrificio mezclado a los devotos. Desde mi sitio observaba los pantalones deshilachados del pertiguero asomar bajo su túnica y al maestro dirigir la ceremonia con su vara de plata en la mano.

Ese ambiente era el mío. Un ambiente oloroso a incienso y a flores que se deshojan, donde las taraceas del coro, las antiguas maderas pulidas y los brocados de las vestiduras reflejan suavemente el brillo de las arañas y de los cirios puestos en altos candelabros. Podía abrir el libro del coro justo en el salmo que cantaba la capilla y señalar el sitio exacto del presbiterio donde estuve echado como un muerto el día de mi ordenación.

Su Ilustrísima, sentado en el trono arzobispal y medio velado por las nubes del

incienso, era asimismo parte de la catedral y parte de ese tiempo intocado que recobraba sólo para medir mi decadencia y el estado de agitación en que me hallaba.

Los años, Monseñor, casi no lo han rozado. Su ancho rostro oscuro de pómulos salientes, bañado en sudor, permanecía inmóvil coronado por la mitra; sus dos manos con guantes blancos bordados de cruces descansaban en sus rodillas y sus ojos indios, duros e impenetrables, evocaban más que otro símbolo de autoridad al juez severo de mi juventud. Volví a pensar en la temida audiencia. Ahora estaba seguro de que no lograría exponer razonablemente la historia en que me vi comprometido. Era demasiado oscura y disparatada para decirla en el breve tiempo que se me concedía, y el coro de los niños, al entonar el salmo *Dixit Dominus*, terminó de confundirme:

*Judicabit in nationibus implebit ruinas  
conquassabit capita in terra moltorum.*

Dios había cumplido su amenaza: «Juzgó a las naciones, consumó su ruina y estrelló contra el suelo la cabeza de muchos», mas ¿por qué eligió para descargar el golpe mi pequeña feligresía y no otras ciudades donde las abominaciones son mayores?

No pretendo, Monseñor, esclarecer los designios del Altísimo. Traté de decir con el apóstol: «Señor mío y Dios mío», pero las imágenes que en mí suscitó la lectura de la Epístola —la duda de Tomás llamado Dídimos— y las escenas de horror que había presenciado se mezclaban en mi debilitado cerebro: «Trae tu mano, métela en mi costado y no seas incrédulo sino fiel.» La herida ardía con un fuego extraño y al sentir su quemadura me apresuré, lleno de compasión, a retirarla.

La sangre que brotó del costado manchaba mi sotana y formaba una niebla rojiza a través de la cual veía a los hombres desplomarse y sus cabezas inocentes o culpables estrellarse contra el suelo.

EN LA sacristía vivamente iluminada reinaba el desorden de las grandes solemnidades. Sobre las cajoneras se extendían crujientes los damascos chinos de las casullas y las capas pluviales. Las figuras carnosas y redondeadas que escoltan el carro del Emperador Constantino en el gran óleo central, evocaban una pompa sensual, creaban, si así pudiera decirlo, el reflejo de un mundo pagano y mitológico sin relación ni posible nexos con los sacerdotes ocupados en revestirse ni con los acólitos y sacristanes cargados de misales y vinajeras que corrían de un lado para otro.

El bullicio alteró mis nervios necesitados de silencio. ¿A qué mentirle? Quise escapar, posponer el juicio inminente, y ya me deslizaba hacia la puerta cuando el rumor inconfundible que anuncia la llegada de un alto dignatario me obligó a detenerme, y Su Ilustrísima apareció en el umbral. Todavía conservaba la mitra; su mano enguantada sosteniendo el báculo centelleante de piedras preciosas y la dalmática bordada que lo cubría hacían pensar en la imagen de uno de esos príncipes de la Iglesia que figuran en los altares barrocos y que por alguna circunstancia milagrosa hubiera descendido de su peana.

Como es costumbre, lo rodeaba la aristocracia de la ciudad. Los viejos mercaderes que se enriquecieron monopolizando durante generaciones el trigo y el maíz, los tenderos retirados y los señores feudales a quienes la revolución despojó de sus haciendas, se empeñaban en resucitar, al amparo de la Iglesia, el esplendor de otros días. También ellos eran el reflejo de una época desaparecida. Los mantos bordados con las cruces rojas de Santiago, estaban ajados; los uniformes desteñidos del Santo Sepulcro olían a creolina y las plumas de los sombreros estaban apolilladas y raídas. El tiempo, que se había mostrado tan implacable con estos objetos de guardarropía, respetó en cambio sus ojillos rapaces, sus colgantes y blandas narices y aunque la lujuria se había alejado de los labios hundidos y fríos, todavía conservaban la huella inconfundible del huésped que por tantos años los habitara.

La mirada de Su Ilustrísima se fijó en mí durante un segundo. Era indudable que me había olvidado, y por lo demás, nadie era capaz de identificar al cura de Tajimaroa, cuyo nombre se leía ostensiblemente en la primera plana de los diarios, con el hombrecillo vestido de negro que se esforzaba en pasar inadvertido.

### 3

A LOS cinco minutos de haberse retirado de la sacristía, uno de los familiares me tocó el brazo diciéndome:

—Monseñor lo aguarda en la sala capitular.

Al fondo de esta venerable y bien conocida sala donde cuelgan los retratos de los arzobispos difuntos estaba Su Ilustrísima sentándose a la mesa en la que se había dispuesto el desayuno.

—Y bien —dijo con su áspera voz en la que vibraba la vieja nota de una jovialidad irónica— ¿qué me dice este sacerdote conspirador?

Su recibimiento —he de serle cabalmente sincero— lo sentí como un golpe.

—Su Ilustrísima —respondí turbado—: yo no soy un conspirador —y de una manera irreflexiva añadí—: Mis enemigos...

Me interrumpió con viveza:

—¡Usted mismo no sabe cuántos son sus enemigos!

Mis ojos se detuvieron en la mesa y sin poder evitarlo, la saliva me afluyó a la boca. Sobre la bandeja de plata repujada, descansaba un vaso con jugo de naranja, una taza de chocolate y una cestilla colmada de hojaldres que asomaban entre los picos artísticamente doblados de la servilleta.

Su Ilustrísima no deseó pasar inadvertida esta debilidad de mi carácter —nunca he podido dominarla a pesar de mis esfuerzos— y preguntó acentuando su burlona jovialidad:

—¿Acaso no se ha desayunado?

—Oh sí, Monseñor —me apresuré a contestar tragándome la saliva.

Su Ilustrísima terminó de beber el jugo y dando pruebas de su privilegiada memoria, retomó el hilo de la inquisición:

—Voy a decirle cuántos son sus enemigos, ya que usted los ha mencionado. En primer lugar tiene a los parientes de las víctimas, o para hablar con mayor claridad, de los asesinados.

—No lo entiendo, Monseñor. Yo hice lo indecible por salvarles la vida.

—Hablan de que usted azuzó al pueblo en contra suya.

—Ésa es una calumnia.

—En todo caso, no pudo o no quiso protegerlos adecuadamente, como era su deber.

—Estaba solo frente a diez mil hombres enloquecidos.

Titubeó un momento, con la taza de chocolate en la mano, y dijo antes de llevársela a los labios:

—Quiero recordarle, padre, que esos diez mil hombres enloquecidos son sus feligreses. Una parte del rebaño que yo le he confiado.

No hallé la respuesta adecuada y guardé silencio. Su Ilustrísima se volvió en el

sillón y miró de reojo, intensa y temerosamente, el hueco de pared desnuda que se abre al lado del último arzobispo. Quizá miró casualmente ese hueco y yo imaginé que lo hacía atraído por el pequeño abismo donde según las reglas deberán colgar su retrato después de muerto. El hueco en cuestión era el único de la gran sala, y entre los retratos de los cuarenta preladados antecesores suyos que se extendían a lo largo de los muros, se destacaba ostensiblemente, como el espacio vacío que deja un diente en una hermosa boca, y este hueco llamaba más la atención que los óleos restantes donde los viejos arzobispos, ataviados suntuosamente y con la mano apoyada en la mesa invadida por sus mitras, formaban una cadena de sombras a la que faltaba un eslabón, y ese eslabón era usted mismo, el único vivo —lo veía mover los músculos bajo la piel de las afeitadas mejillas—, el que parecía centrar la vida ausente de los otros, si bien Su Ilustrísima fuera un emplazado, un condenado a muerte por ese hueco de pared que tan imperiosa, tan ávidamente exigía su presencia.

PERDÓNEME. Perdona mi incoherencia, mi insensatez, mis reiteradas divagaciones. Al escribir este relato que Su Ilustrísima ha de tomar como la confesión general del último de sus párrocos, me he prometido no ocultarle nada y revelarle mis pensamientos por absurdos que parezcan.

Debo haber palidecido —sentía en efecto desvanecerme—, porque súbitamente dulcificó el tono de su voz y me habló con afecto:

—Siéntese. Está fatigado.

Me rehice un poco y traté de concentrarme:

—Comprendo sus escrúpulos, Monseñor. No es usual que un cura se vea comprometido en una historia de violencia y de sangre.

—Usted no hizo mucho por detener el mal. Es más, tengo razones para creer que usted en secreto lo fomentaba.

—Había llegado el día de la ira y yo fui barrido, con los otros, seguramente debido a mis pecados.

—Entendámonos, señor cura —respondió Su Ilustrísima dejando traslucir una leve irritación—. No me agrada que mis sacerdotes se erijan en profetas. Los tiempos han cambiado... Sus profecías rebasaron el ámbito del Antiguo Testamento para caer en la jurisdicción de la policía.

—El Señor es el mismo siempre —me atreví a decir casi de un modo imperceptible.

—Usted emplea un lenguaje con el cual no lograremos entendernos. No lo hago responsable de los hechos ocurridos en Tajimaroa. Lo acuso, sí, lo acuso de cierta complacencia, de un fatalismo inadmisibles y ese es también el criterio de las autoridades. Estoy tratando de ayudarlo, de salvarlo en última instancia de la cárcel, y usted me sale con que había llegado el día de la ira y que fue barrido a causa de sus pecados.

—No me condene, Su Ilustrísima, antes de haberme escuchado. Hoy no estoy en condiciones de defenderme.

—Es poco lo que deseo añadir. Hay parroquias difíciles, de hombres rebeldes y apartados de la Iglesia, pero esa no es su parroquia. Dígame, ¿no son dóciles sus feligreses?

—Sí, son dóciles, Monseñor.

—¿No lo obedecen? ¿No respetan su investidura?

—Son obedientes y respetuosos en demasía.

—Una pregunta más. ¿No tiene usted poder sobre ellos?

—Mi poder es limitado, como todos los poderes.

—Bien. Ponga atención en lo que voy a decirle. He releído ayer, cuidadosamente, los informes que nos han dejado sus dos antecesores en el curato. Comprenden más

de veinte años y los dos están de acuerdo con usted. Pero hay una diferencia. En esos veinte años no ocurrió un solo hecho lamentable, un solo caso de rebeldía que no hubieran logrado deshacer a tiempo. Los dos supieron mantener su dominio sobre los feligreses y cuando uno de ellos murió, usted debe saberlo, el pueblo entero sintió que había muerto su padre y su pastor y concurrió llorando a los funerales. El otro cura, elevado a la dignidad de Abad, hace tres años, todavía es recordado en Tajimaroa y la gente emprende largos viajes con tal de recibir sus consejos y sus bendiciones. En cuanto a usted...

Un familiar se acercó diciéndole al oído:

—Es la hora de las confirmaciones, Monseñor. La gente aguarda hace más de media hora.

—Se ha hecho tarde —afirmó Su Ilustrísima levantándose la manga de encaje del roquete y mirando el reloj—, pero termino en cinco minutos. Sólo cinco minutos. En cuanto a usted —siguió imperturbable la frase—, debo hacerle notar que no ha hecho honor al ejemplo de sus antecesores. El pueblo se queja de usted, como se quejan los familiares de las víctimas, y las autoridades, aunque por otras razones. Estas razones, si bien lo benefician de cierta manera, no alteran el hecho lamentable de que hay una unanimidad en su contra, de que todos se han convertido en sus enemigos. ¡Dígame, dígame pronto —exclamó golpeando el suelo con su sandalia bordada— lo que tenga que exponer en su descargo!

—Monseñor, la historia es larga y complicada y llevaría mucho tiempo...

—No más de cinco minutos.

—Es imposible, pero una cosa deseo rogarle nuevamente: no me juzgue sin haberme escuchado.

—¿Qué propone usted? ¿Una conversación prolongada?

—Permítame rendirle un informe pormenorizado de los sucesos. Un informe escrito.

Su rostro se suavizó y palmeándose el hombro, como lo hacía en el seminario, después de la reprimenda habitual, concluyó:

—Está bien. Regrese usted a Tajimaroa y escríbame pronto. Quiero la verdad, únicamente la verdad, y no olvide que de ese relato depende su absolución o su condenación.

Caí de rodillas y besé el anillo pastoral. Al levantarme y sacudir el polvo de mis pantalones ya había Su Ilustrísima desaparecido entre las mices, los mantos de Santiago y del Santo Sepulcro, los uniformes y las plumas que flotaban marchitas en los tricornos de los ancianos caballeros.

QUIZÁ, Monseñor, convendría hablar un poco de mí. No, no seré demasiado prolijo, se lo aseguro. Mi vida carece de rasgos extraordinarios y, si yo me refiero a ella, lo hago, no con el propósito de conquistar su benevolencia, sino con el deseo de que mi historia tenga cierta unidad y no aparezca como una mera historia de fantasmas.

Nací el año de 1908, en Zinapécuaro, un pueblo de las montañas. Mi padre, empleado de correos y vendedor de madera en corta escala, murió antes que yo cumpliera los ocho años, pero su imagen está ligada a mi vida por un hecho singular que deseo referirle.

Una mañana, le llevaba la comida a la estación donde se hallaba instalada su oficina, cuando a la mitad del camino, cinco o seis hombres armados, sin que yo pudiera evitarlo, me arrebataron la canasta. La idea de que mi padre, ya entonces muy enfermo, pasara sin comer todo el día me llenó de cólera y me fui sobre ellos a mordiscos y patadas. De la lucha sólo recuerdo que terminó pronto. Un golpe dado en plena cara me tiró al suelo. Sangrante, logré levantarme y mientras se alejaban les grité las malas palabras que en aquella época aprendía de los carboneros y de las cuales guardaba una reserva inagotable.

Los hombres, divertidos, se reían; a poco, como mis insultos subieron de tono, encolerizados se quitaron los rifles que cargaban a la espalda y los amartillaron. No les di oportunidad de tocarme; de un salto libré la barda que limitaba el camino y lanzándoles, a manera de despedida, mis peores insultos, regresé al pueblo.

En las afueras encontré a dos amigos de mi padre. Como se dirigían a la estación para recoger sus cartas decidí acompañarlos y otra vez hice el viaje, contándoles mi aventura que ellos celebraron a carcajadas y dándome fuertes golpes en la espalda.

Dormí esa noche en la oficina de correos. Mi padre se había sentado en el suelo, con la espalda reclinada en la pared, y yo me tendí descansando la cabeza en sus piernas. Afuera se oían gritos y disparos. Él no hacía otra cosa que acariciarme el pelo y rezar el rosario en voz baja, pero ese murmullo establecía una defensa, una protección que nos mantenía a salvo del combate nocturno. Creo que mi vocación religiosa se definió esa noche. En los años posteriores todas las veces que flaqueaba, escuchaba el bisbiseo, la oración de mi padre descender sobre mí y ungirme con su gracia.

A la mañana siguiente volvimos a Zinapécuaro. Los soldados que luchaban furiosamente en medio de las sombras se habían desvanecido y de cada poste del telégrafo colgaba un ahorcado. Mi padre, apresurando el paso, me decía con un temblor en la voz:

—No mires. Sería mejor que rezaras por ellos.

Su temor era inútil. El espectáculo de los ahorcados —una de las apariencias más crueles e impúdicas de que se reviste la muerte— formaba parte de mi existencia y se

insertaba en ella de un modo natural, como el hambre, las injurias y los asesinados que eran, que habían de ser, los compañeros inseparables de mi vida.

Cuando mi padre terminó de morir —estuvo agonizante cerca de un año—, mi madre se vio en la necesidad de mudarse conmigo a la casa del abuelo. El viejo había perdido los pies por una gangrena y se movía despacio, con el auxilio de dos cojines de cuero atados a las rodillas, y de unas pequeñas muletas sobre las que oscilaba su cuerpo mutilado.

Mi abuelo era también muy religioso. Con frecuencia lo sorprendía apoyado en las muletas entregado a la oración. Rezaba con los ojos cerrados y su rostro sin cuerpo, ese rostro consumido de largas barbas ensortijadas era tan poderoso en su recogimiento que me daba pena volverlo a la realidad, para decirle:

—Abuelo, han llegado los carboneros del monte y aguardan en la calle.

Mi abuelo se sostenía de comprar y vender carbón, sólo que en esos años el negocio había decaído mucho. Los caminos eran peligrosos debido a la revolución y la gente de Zinapécuaro cortaba su propia leña en los bosques, de manera que casi siempre teníamos hambre y esa irritante sensación de un hueco que no podía llenarse, la asociábamos, no a la revolución —entonces desconocíamos su significado— sino a los forajidos que se decían a sí mismos revolucionarios.

De los 7 a los 11 años mi actividad principal consistió en desempeñar tareas que los hombres civilizados han olvidado. Salía muy temprano a los montes en busca de hongos y yerbas, cazaba conejos y pájaros y proveía el gasto del agua acarreándola de la fuente pública con dos latas de petróleo vacías. Si estaba de suerte, cambiaba carbón —aquellos redondos y sólidos troncos de encino que ardían con un fuego suave y aromático— por tortas de garbanzo, manteca o algún trozo de cerdo, y nos hacíamos la ilusión de que los buenos tiempos de la paz y la abundancia habían vuelto a nuestra casa. El abuelo —su cabeza sobresalía con trabajo de la mesa— bendecía la comida y mi madre volvía su rostro delgado y se llevaba el pañuelo a los ojos.

Debía ser el año de 1918, el llamado año del hambre. Naturalmente en Zinapécuaro no sabíamos una palabra de la guerra mundial; a los vecinos importantes les llegaba de tarde en tarde una noticia, y no hacían comentarios, ni les interesaba lo que ocurría al otro lado del océano porque la guerra la teníamos en nuestra casa y nos afectaba demasiado para que todavía nos preocuparan las contiendas ajenas.

Los revolucionarios no ayudaban a mejorar la idea que nos habíamos formado de ellos. Robaban o se mataban entre sí y cuando no hacían estas dos cosas, violaban a las mujeres o se les veía tumbados al sol rascándose los piojos.

Iban y venían en oleadas. Villistas, zapatistas, orozquistas, carrancistas, obregonistas, ocupaban el pueblo victoriosos o lo abandonaban derrotados y la situación de Zinapécuaro no mejoraba. Ignoraban tanto como yo mismo la causa por la que combatían y en el fondo los despreciaba, pues entonces era muy niño y no sabía que esos hombres —instrumentos ciegos e inocentes de los generales— eran

más desdichados que nosotros.

De cualquier modo, la revolución formó mi carácter. La violencia nos enseñó a desdeñar el peligro y a familiarizarnos con nuestra condición de perseguidos. Tengo muy presente una mañana en que había ido por agua a la plaza. Mi madre, enferma de tifo, deliraba:

—Padre, haga usted que el niño trabaje. La ociosidad es mala... es muy mala la ociosidad —le decía al abuelo con los labios agrietados por la fiebre, moviendo la cabeza en la almohada.

Llené los botes en la fuente y al cruzar de nuevo la plaza, encorvado bajo el peso del agua, se inició una refriega. El enemigo no se veía. Oculto en el bosque iniciaba el ataque cautelosamente y sólo se oía el ruido seco de los disparos. Los que defendían el pueblo me daban la espalda. Asomaban la cabeza por el tronco de los árboles o por las azoteas y disparaban regularmente. Algunos fumaban y ninguno parecía excitado. Yo seguía sin miedo mi camino. Las balas rebotaban en el empedrado, tan cerca de mí, que dos o tres perforaron los baldes y el agua se escapaba a chorros mojándome las piernas y los zapatos. Tampoco ese hecho logró asustarme. Sin darme prisa, llegué a la casa y tiré en el zaguán los dos botes vacíos.

Mi abuelo vio los agujeros y sacó de la bolsa su rosario.

—¡Abuelo! —exclamé furioso—, ya ve usted, no me mande por agua a la plaza. Se han echado a perder los dos únicos botes que teníamos.

## 6

TAL FUE mi infancia, nada amarga o sombría, antes bien, despreocupada y dichosa. Éramos una pandilla de merodeadores diminutos, de niños buitres que apenas terminaba un combate nos dirigíamos al campo de batalla y robábamos lo que se podía: un pañuelo de seda, los prismáticos de un general o las botas de un soldado.

No había necesidad de enterrar a los muertos. Se quedaban sonrientes en la tierra y los zopilotes se encargaban de limpiarlos. Su labor se iniciaba con los ojos —a las aves de rapiña no les agrada comer bajo la mirada fija y vidriosa de los muertos—, seguía con las blandas materias del vientre y terminaba a picotazos displicentes, tomando un poco de todo, al azar, como los tragones ahitos que no cesan de engullir hasta que han desaparecido los últimos restos del banquete.

Nuestra diversión principal era la de buscar cartuchos vacíos en las trincheras abandonadas. Con los cartuchos y un poco de pólvora robada fabricábamos cañones y máquinas infernales que estallaban por los sitios más respetables provocando el terror de las mujeres, de los gatos y los perros del vecindario.

Teníamos nuestras cabecitas llenas de sueños bélicos y no concebíamos nada mejor que organizar simulacros de matanzas, de juicios militares y fusilamientos, manejos estos en los que llegamos a ser grandes expertos y donde hacíamos por turnos, el papel de jueces, carceleros y homicidas.

En esa gama de variadas experiencias no estuvo excluido el cementerio. Habiéndose enganchado de soldado el marmolista de nuestro pueblo —el cambio del cincel por la espada le fue provechoso ya que ascendió a general—, el hijo del administrador del cementerio, compadecido de nuestra miseria, nos daba pequeños trabajos. Era una ocupación fácil y hasta placentera. Ponía la losa de mármol sobre una tumba, dibujaba el epitafio, y luego, con un cincel dentado, mordía la superficie de la losa teniendo buen cuidado de no invadir el espacio blanco reservado a las letras. Mientras el cincel repiqueteaba, cantaban los pájaros en los cipreses, los ángeles parecían mirarme con simpatía y me asaltaba la duda si debía seguir la carrera de las armas o la más apacible de la marmolería funeraria ya que ciertamente no podía compararse la paz, el noble orden y el grave silencio de ese mundo gracioso y elegante, con la violencia, la podredumbre y el horror de la muerte sin gloria que el soldado obtenía como única recompensa en los campos de batalla.

Le hago perder su tiempo refiriéndole historias insignificantes y Su Ilustrísima debe perdonarme. A los 52 años las emociones de la infancia salen de sus escondrijos y nos asaltan reclamando un lugar en nuestra vida, como si obedientes a una ley de la naturaleza, pretendieran compensar las grises preocupaciones de la edad, sus tristes imágenes y sus desengaños con el color y la inocencia de esos primeros días.

Son los días activos de Gulliver en tierra de gigantes, los días cargados de secretos por revelar, cuando descubrimos el mundo y el pequeño simio halla un

placer inefable en imitar a los simios grandes. La inocencia copia inconscientemente sus tonterías y sus crímenes y los transforma en juego. Por desgracia, la imitación de los modelos adultos se prolonga y al abandonamos la inocencia dejan de ser juegos para tomar el carácter trágico de tonterías y de crímenes en serio.

Con la muerte de mi madre y de mi abuelo ocurridas con breves intervalos en 1920, concluyó mi infancia. Un tío paterno, canónigo rectoral de la catedral de Morelia, me llevó de la mano al seminario y mi pasión por las armas terminó tan rápidamente como había comenzado.

LOS QUINCE años de seminario —toda la juventud y el principio de la madurez— coincidieron con los años más duros de la persecución religiosa. Un día de octubre, estando en clase, la campana, o mejor dicho, ese lamento de un hierro agrietado y mal fundido, nos llamó bruscamente al claustro del seminario. Allí estaban los maestros arrinconados en un extremo, y la cara pálida del rector surgía un poco fantasmal, entre las bayonetas desnudas, como la cara de un condenado a muerte.

No entendíamos lo que pasaba. El Rector avanzó unos pasos, dejando atrás las bayonetas y cruzando los brazos sobre el pecho nos dijo con una voz tranquila:

—El general —sólo entonces advertí a un hombre de uniforme que permanecía a su lado escarbándose los dientes con un palillo— me comunica que debemos abandonar nuestra casa. Es una injusticia —al oír la palabra injusticia el general se quitó el palillo de la boca y dijo algo que nadie entendió, pero el Rector, extendiendo el brazo autoritariamente, repitió—: Es una injusticia contra la cual no podemos rebelarnos. Vayan a los dormitorios, hagan sus maletas y regresen al patio para que todos salgamos juntos. —Después, volviéndose al general, añadió—: Su alarde de fuerza, general, es innecesario y ridículo. Podía haber venido solo y ahorrarle ese bochorno a sus soldados. Para nosotros no es ésta la primera injusticia ni será la última.

Hablaba nuestro Rector proféticamente. A partir de ese momento anduvimos dispersos, sin tonsura ni sotana, ni casa ni breviario. Muchos seminaristas, acobardados, desertaron; otros buscaron refugio en los seminarios extranjeros y aunque también a mí se me ofreció la oportunidad de estudiar en San Antonio, Texas, la rehusé tenazmente, sintiendo que un mismo destino debía unir al niño que avanzaba con sus botes agujerados por la plaza de Zinapécuaro con el joven que saltaba las bardas para huir de los soldados y los sabuesos del gobierno.

Ah, Monseñor, cuántas veces, desde lo alto de la serranía, vimos esperanzados la aldea que habría de ser nuestro refugio, extenderse en el valle. El humo que se escapaba de los tejados cenicientos olía a encino —aquellos gruesos y firmes troncos que cambiaba por tortas de garbanzo— y la cercanía del nuevo hogar me llenaba de lágrimas los ojos. En la acera de piedras gastadas estaban los vecinos aguardándonos y al pasar frente a la puerta cerrada de la iglesia me hacía la promesa de que sería yo el primero en abrirla, entre ramos y hosannas, y serían mis manos consagradas las que reinstalarían al Señor en el ara vacía.

¡Y las sorpresas de la instalación! La capilla en la sala, el aula en el comedor, las celdas en los graneros. Durante los recreos cantábamos sembrando coles y lechugas; estudiábamos con energía, rodeados por los zenzontles y los geranios del corredor. La vida recomenzaba; el Evangelio y Virgilio, San Agustín y Cicerón, nos descubrían el sentido de la caridad y la belleza; se anunciaban los exámenes, y una tarde

cualquiera, cuando más confiados estábamos, aparecía fuera de sí el dueño de la casa:  
—¡Vienen los federales! —gritaba—. Alguien nos ha delatado.

Había que huir. Ganaba el campo y me escondía en un árbol, entre la paja de las hacinas, en el seco lecho de un arroyo. Era hermoso tenderse en la yerba, contemplar la intensa vida del cielo y pensar en la superioridad de la Iglesia, en su destino invulnerable.

El viento del odio nos arrastraba y nos hacía girar locamente. No importaba nada. Esa etapa, como la de mi niñez, con sus dolores, sus privaciones y sus amarguras, posee tal seducción, resplandece tan vivamente en mi memoria, que soy una estatua de sal vuelta hacia sus poderosas llamas, un hombre subyugado y absorto ante ese fragmento de mi pasado que era la misa clandestina, la comunión llevada en secreto al enfermo, los cantos de navidad resonando gozosos en la cárcel de los villorrios apartados.

POCO antes de mi ordenación pasé en Zinapécuaro mis últimas vacaciones. Ya con la maleta dispuesta en el zaguán del seminario, el Rector me mandó llamar a su oficina, aquella desnuda celda de paredes encaladas donde sólo se destacaban dos manchas oscuras: el crucifijo de ébano encima de la mesa y la sotana del Padre que él llevaba ajustada al cuerpo esquelético como la funda de una carabina.

—Más que sus últimas vacaciones —me dijo ladeando la cabeza con su gesto habitual—, serán sus últimos días en el mundo. No se alarme por el carácter un poco fúnebre de estas palabras. Al contrario, lo incito a que se divierta. Asista a las fiestas y las reuniones; trate a las mujeres sin recelo; hable con sus amigos, lleve una vida normal. Es necesario saber de antemano a lo que se renuncia y no saberlo cuando es demasiado tarde para arrepentirse. ¿Me he expresado con claridad?

—Sí, señor —contesté de un modo irreflexivo.

—Le pido que viva, lo cual resulta más difícil de lo que usted imagina.

En Zinapécuaro, posiblemente no hice otra cosa que alzar la punta de un cortinaje y vislumbrar algo de lo que ocurría más allá de la ventana. Era un rasgo trivial, un detalle carente de importancia a otros ojos que no fueran los míos habituados por años al reducido ambiente del seminario y al desfile invariable de las sotanas que vestían mis maestros y compañeros.

Seguía las recomendaciones del Rector y frecuentaba la casa de mis amigos, sostenía largas conversaciones sin objeto, me dejaba arrastrar a cenas y a días de campo —casi siempre organizadas en mi honor—, con el resultado de que en todas partes me sintiera protegido y seguro. Vivía en el mundo y fuera del mundo tal vez porque estaba marcado, y esta marca hacía que la gente buena me mirara investido de poderes sobrenaturales, y la maliciosa de limitaciones incompatibles con esos poderes, y así, para unos y otros, era yo un ángel o un hipócrita, y no había término medio, ni oportunidad de que llevara la vida normal aconsejada por el Padre, hasta que un día mi seguridad se desplomó y entendí lo que él había querido decirme.

Ocurrió en una comida campestre. Éramos nueve. Cuatro amigos, cuatro mujeres y yo. Curiosamente, dos de ellas estaban casadas con antiguos compañeros míos de los que asustó la persecución religiosa, y las otras dos estaban solteras. Ninguna era hermosa. Tenían la frescura de la juventud y las casadas se distinguían por haber alcanzado una plenitud vital de que las solteras carecían.

Comimos a la orilla de un manantial, a la sombra de los pinos, sentados en la hierba. A lo lejos, las transparencias azules y violetas de la serranía jugaban con la verde piel de los montes cercanos. Uno de los muchachos, que llevaba su cámara fotográfica, se empeñó en retratarnos. Él mismo formó el grupo: las mujeres adelante, los hombres atrás, y yo en medio de ellos. Mientras el fotógrafo retrocedía y avanzaba haciendo toda clase de recomendaciones, busqué la sombra que proyectaba

una cabeza para defenderme del sol, y al mirar de frente observé que el vello invisible de las mujeres, el de sus brazos desnudos, sus cuellos y sus mejillas, estaba iluminado y las circundaba de un halo, revestíalas de su ropaje natural, y este ropaje era tan delicado y tan violento, tan dulce y tan lleno de animalidad, que sentí un escalofrío. Descubría a la mujer y comprendí los peligros que llevaba aparejado ese descubrimiento. El vello era la carne ofrecida como un halo, y tuve miedo. Volviendo los ojos al sol principié a rezar: *Circumdederunt me gemitus mortis, dolores inferni circumdederunt me; et in tribulatione mea invocavi Dominum, et exaudivit de templo sancto suo vocem meam.*

La oración me calmó. Sin embargo, algo había cambiado en mi interior. El enemigo había roto su capullo retórico y mostraba su cara deliciosa y horrendamente provocativa haciéndome comprender que había vivido ausente del verdadero mundo y que por primera vez, no era ajeno a lo que me rodeaba.

La vuelta en el carricoche fue un suplicio. La niebla desbordaba las montañas soplando sin cesar sus copos algodonosos sobre la carretera. Los pinos se advertían como suaves masas levemente anaranjadas y el sol, a punto de ocultarse, navegaba en un mar de verde cristal despulido.

Hacía frío. La niebla cubría las ruedas y las patas de los caballos. Los ocupantes del carricoche sentíanse flotar en aquella suave materia y buscaban el calor de sus cuerpos y yo trataba de permanecer aislado y no cesaba de rezar un momento.

Al día siguiente, interrumpí mis vacaciones. Tres meses más tarde me ordenaba en la catedral de Morelia y cuando el arzobispo de México pronunció la fórmula sacramental: «Todavía eres libre, pero si quieres abrazar el sacerdocio da un paso adelante», lo di resueltamente, con un sentimiento interior en el que se fundían la alegría y la gratitud. Era un miserable a quien se le había dado un gran poder inmerecido y esta creencia terminó de borrar aquella luz que me había revelado la imagen del mundo, del demonio y de la carne, bajo una apariencia deslumbradora.

A LOS pocos días de mi ordenación fui nombrado maestro de capilla. Aunque tenía, según lo creí entonces, una disposición innata para la música y soñaba con llegar a ser un buen organista, el Abad me encargó la formación de un coro infantil, y poco a poco, de manera insensible, abandoné el viejo órgano de voces asmáticas y quejumbrosas y le fui tomando gusto a mi nueva tarea.

Las casas de nuestros feligreses que yo visitaba en la mañana y en la tarde, me proporcionaron de inmediato un buen número de aspirantes a cantores que reforzaron más tarde los niños de nuestro catecismo parroquial. Muchos de ellos venían descalzos y vestidos de harapos y abundaban los que aprendían más aprisa las notas que las letras. Al principio, mostraban una gran timidez, un recelo heredado de antiguas vejaciones, pero a las dos o tres semanas, su desconfianza había desaparecido y se aplicaban al estudio con esa inteligencia lúcida y apasionada de los hijos del pueblo cuando se les ofrece una oportunidad creadora.

Seis meses después ya dábamos en la catedral nuestro primer concierto. Los treinta niños con sus hábitos rojos de anchos velos y sus roquetes almidonados, estaban frente a mí, los ojos puestos en los papeles y las gargantas temblorosas, como si los ángeles de la Cantoría hubieran cobrado vida en las suaves pieles oscuras y en los ojos rasgados de esos pequeños que la víspera andaban de vagabundos por las calles.

No hubo una nota falsa, una sola equivocación, una disonancia en las voces. Su metal sin aleaciones impuras, el ímpetu y la alegría de su vuelo, me afirmaron en la idea, tal vez excesivamente ambiciosa, que mi destino consistía en afinarlas, en acordar sus registros y variaciones y en hacer de ellas, de ese temblor incomparable donde se traslucía la inocencia, el instrumento ideal para ensalzar la gloria de Nuestro Redentor.

En los ratos libres que me dejaba el coro, exploraba el riquísimo archivo de la catedral. Sentado a la mesa de patas labradas con el águila austriaca de dos cabezas y rodeado de pergaminos, tenía la sensación de penetrar en un pasado virgen, en un mundo poblado de rumores y de signos que me fuera revelando sus secretos con sólo tomar un infolio de sus colmadas estanterías. Antes de que concluyera el año había descubierto algunos escritos políticos de su antecesor en la mitra el señor Abad y Queipo, los cuales establecían el clima intelectual que privaba en el obispado la víspera de la Independencia, una misa cantada y dos motetes compuestos por maestros mexicanos del XVIII.

Estos descubrimientos y el éxito que alcanzó el coro de niños me transformaron en una gloria local. Concedía audiencias a los enviados de los periódicos y recibía frecuentes invitaciones de los señores de la aristocracia y de las asociaciones piadosas que rechazaba invariablemente. Mi vocación por el arte musical y por la

investigación histórica había hallado su camino y a medida que avanzaba, dificultades y realizaciones me embargaban de tal modo que vivía recluido en mi torre de marfil, yendo del coro a los pergaminos, sin tener la menor idea de lo que ocurría más allá de las rejas del atrio.

Estaba escrito, y no podía ser de otro modo, que había de ingresar en el sacerdocio activo: un día, sin previo aviso, sin ninguna preparación, cuando terminaba la clase y los niños se marchaban, apareció el Abad y me dijo:

—Padre, ha sido usted nombrado vicario en Pénjamo.

—Pero —alcancé a tartamudear.

—No hay pero que valga —añadió secamente el Abad—. Es una orden de Su Ilustrísima.

Me senté deshecho en un sillón del coro. Animal blando y expuesto a los peligros del mundo exterior, la catedral era mi concha, mi casa, mi protección y como ocurre en la hora de los adioses, nunca la vi más hermosa que ese mediodía. El sol, entrando por las ventanas de la cúpula caía a chorros sobre el coro, generalmente hundido en la penumbra, y hacía reverberar los candelabros, los hierros forjados en China, el dibujo oriental de la sillería taraceada. Me sonreían burlonas las quimeras pintadas en las bocas del órgano y las gruesas notas cuadradas de los libros puestos en el erguido facistol. Había que olvidar todo eso. ¿A qué protestar? ¿A qué rebelarse? ¿Tenía derecho a descubrir motetes y a dirigir la capilla cuando la persecución religiosa había exterminado a los sacerdotes y millares de seres morían privados de los auxilios espirituales?

Caí de rodillas en el coro desierto y clamé desde el fondo de mi corazón «Señor mío y Dios mío», sin saber que muchos años después, ya siendo un viejo, habría de pronunciar esas mismas palabras con el ánimo conturbado por otras crueles desazones.

NADIE me esperaba en la estación de Pénjamo. Había cumplido los 28 años y me sentía solo en el mundo rodeado de campesinos y de empleados que subían y bajaban de los trenes, ocupados en sus asuntos.

Mi aspecto no debe haber sido nada respetable. Un sastre de Morelia me había cortado a última hora un traje negro que me venía grande, el alzacuello, en cambio, era demasiado estrecho y para colmo, uno de mis tíos se había empeñado en regalarme un sombrero de panamá, antigua prenda familiar ya un poco amarillenta que se me hundía hasta los ojos y contrastaba penosamente con el resto de mi vestido.

Estuve un rato de pie en el andén, y sin pensarlo más, tomé la vieja maleta, le volví la espalda a la estación y con paso ligero fui al encuentro del pueblo iniciando así un largo y agitado periodo de mi vida. Eramos sólo dos sacerdotes para atender las necesidades religiosas de ochenta mil habitantes distribuidos arbitrariamente en un inmenso territorio. Los tiempos distaban mucho de ser tranquilos, pues si bien era cierto que se apagaban las llamas de la persecución religiosa, en cambio se encendían los rencores de la lucha agraria. Los propietarios, que habían esquilado a los campesinos sin misericordia durante siglos, hablaban ahora de justicia y trataban de defender sus tierras con las armas en la mano, y a su vez los antiguos esclavos se empeñaban en arrebatarlas por medio de la violencia, ya que según parece el hombre no ha inventado todavía una manera pacífica de distribuir más equitativamente las riquezas del mundo. Mi corazón, estaba naturalmente con los campesinos, pero en México se piensa que un sacerdote, por el solo hecho de serlo, debe tomar el partido de los privilegiados, y los funcionarios locales me odiaban aún antes de que se tomaran el trabajo de averiguar cuáles eran mis verdaderos sentimientos.

Recordaré Su Ilustrísima al anciano recaudador de los diezmos que fue secuestrado en 1934. Al entrar una noche a la oficina del curato hallé sobre mi mesa la carta de los bandoleros —la había llevado un hombre desconocido—, en la cual exigían por su rescate diez mil pesos. Esa misma noche recorrí el pueblo llamando a todas las puertas. La lectura de la carta conmovió a los vecinos. Unos me entregaban sus ahorros; otros vendían sus vacas y sus cerdos; aun los ricos desenterraron sus ollas colmadas de pesos fuertes y dieron algo, pero este inmenso sacrificio fue inútil. Tres días más tarde, ya reunido el dinero, un campesino encontró en una milpa como único vestigio del pobre sacerdote, sus anteojos rotos y manchados de sangre. En aquella farsa trágica donde se asesinaba en nombre de la revolución o en nombre de Cristo, nos había tocado jugar el papel de víctimas sabiendo de antemano que al día siguiente los fanáticos asesinarían o les cortarían las orejas a los maestros rurales acusándolos de ateos y de socialistas.

Una locura, un odio, un deseo de destrucción se había apoderado de la gente. Los

campesinos, los artesanos, los comerciantes, podían carecer de zapatos y comer un puñado de tortillas, pero no carecían de pistola, esa oscura o brillante pistola que les abultaba el costado y formaba parte indispensable de su cuerpo, era el orgullo, la razón de su vida. Dormían con ella bajo la almohada, la cuidaban más que a su mujer o a sus hijos y preferían sufrir privaciones y hasta morir de una enfermedad, a pensar siquiera en la ignominia de venderla.

¿Me pregunta Su Ilustrísima si estos hombres eran católicos? He de responderle afirmativamente. Llevaban imágenes de Cristo cosidas en el ala del sombrero, medallas benditas y escapularios colgados al cuello, asistían a misa los domingos, guardaban las fiestas y el solo pensamiento de morir sin confesión les erizaba el cabello, lo cual no les impedía considerar que su religión era una cosa y otra muy distinta la posibilidad nada remota de aniquilar a sus enemigos.

Sobre las montañas planeaban en bandadas los zopilotes atraídos por el olor de los cadáveres y las rocas de los caminos se veían pintadas de cruces señalando el sitio donde había caído un hombre asesinado. No puedo apartar de mi memoria esas cruces o esos dos maderos que surgían en los campos abandonados siguiendo el paso de la muerte. Aun dormido los veía y muchas veces temí volverme loco. En el púlpito, en el confesionario, en sus casas, no me cansaba de sermonearles, de suplicarles, de gritarles no matarás, no derramarás la sangre de tu prójimo, pero nadie, Monseñor, oía mis consejos, nadie se resignaba a escuchar mis ruegos ni a deshacerse del arma homicida y la sangre, por una ignorada culpa que se expiaba con el sacrificio de millares de hombres inocentes, seguía empapando la tierra de México para que diera su cosecha de cruces pintadas en la roca.

MENUDEABAN, como era de esperarse, las molestias. Una mañana, me crucé en el camino con tres agraristas armados. Cabalgaban formando un grupo compacto y orgulloso de su fuerza. Uno de ellos, cierto joven esmirriado, de bigotillo rubio y ojos azules desteñidos —uno de esos recuerdos que dejan en el campo los hacendados blancos—, al verme, tiró el cigarro que fumaba y dijo del modo más insolente que le fue posible:

—El cuervo. El pájaro de la mala suerte.

Representaban su comedia. El segundo, un hombre gordo, de largos bigotes y muy sucio, recitó su parte:

—Curita —dijo arrastrando las palabras al estilo del Bajío—, ven a cortarnos las orejas si eres tan valiente como dicen.

Fríamente consideré la situación. Podía lanzar el caballo sobre el gordo —sus fofas mejillas le temblaban visiblemente—, tomar por el cuello al jovenzuelo que no ofrecería ninguna seria resistencia y atacar al tercero aprovechándome de su sorpresa. La hazaña era no sólo fácil sino tentadora. Sin embargo, de pronto sentí que la cólera me abandonaba y no respondí una palabra.

El gordo, envalentonado con mi silencio, sacó la pistola:

—Debemos darle al curita una lección que no olvide nunca —propuso.

Los tres, lanzando gritos, vaciaron sus armas en el suelo, el caballo se encabritó y aunque logré dominarlo, en el forcejeo se me cayó el breviario, y las estampas que siempre guardo entre sus hojas se regaron por el suelo.

Bajé del caballo, recogí el breviario y las estampas limpiándolas del polvo con la manga y sin darme prisa ni volver la cabeza, monté de nuevo y picando espuelas me alejé del lugar. Media hora más tarde, un jinete, a todo correr, me dio alcance. Detuvo su caballo, cubierto de espuma, y me dijo quitándose el sombrero:

—Padre, tres hombres han sido heridos en una refriega a dos kilómetros de aquí y me han rogado que sea usted el que los confiese.

Volví riendas y hallé a los tres, apartados del camino, echados a la sombra de un árbol. El gordo —sus mejillas le colgaban en forma lastimosa— me besó la mano y dijo plañideramente:

—Perdóneme, padre. Nuestro Señor nos ha castigado.

Sí, debo decírmelo continuamente: Dios fue misericordioso conmigo. La oración de mi padre, aquel bisbiseo imperceptible que descendió sobre mí en Zinapécuaro me sacó sano y salvo de innumerables pruebas, de las que sólo desearía referir una más por ser característica de aquella época de violencia.

Cierto anochecer me hablaron de un hombre que moría en un rancho lejano. Ensillé el caballo y a la luz de un farol de aceite inicié el largo camino. Llegué a las dos de la mañana. Una mujer, que se cubría la cabeza con un chal, estaba frente a la

puerta y sujetándome por un brazo, suplicó:

—Padre, aguarde aquí. Voy a ver si tiene la pistola.

Volvió al rato, afligida.

—No; aún la conserva en la mano y se está muriendo. ¿Qué podemos hacer?

La aparté suavemente y abrí la puerta. Tendido sobre el camastro se hallaba un hombre. En su rostro huesoso, bajo los arcos salientes de las órbitas relucían los ojos inyectados de sangre; la masa de pelo era como el plumaje de un pájaro muerto y en la mano derecha sostenía una pistola niquelada. Al mirarme hizo ademán de disparar y gritó:

—¡Lárguese!

Una convulsión le obligó a soltar el arma.

—¿A qué tanto escándalo? —le pregunté acercándome.

—Lárguese —volvió a gritar con menor energía.

Agonizaba. Un balazo le había hecho pedazos el codo y estaba lleno de pus hasta la médula. Se oía quemarse la piel reseca y despedía un olor dulce y nauseabundo.

—Arrepiéntete de tus pecados y confía en Dios. Ya ves que es sencillo —añadí sacando la estola y la ampolleta con los santos óleos del maletín de viaje.

Al terminar de unirlo, su mano ardiente buscó la mía y me la apretó delicadamente. Salí conteniendo las lágrimas. Afuera se extendía la opresora noche mexicana, el silencio mortal que gravita pesadamente sobre los corazones. Había salvado un alma y no podía rescatar millares que se perdían diariamente. Era un pescador, que se me había dado, como única herencia, una red llena de agujeros y por ellos se me escapaban las almas, se escurrían inevitablemente, y podía considerarme dichoso si después de tenderla una y otra vez, a lo largo de una jornada agotadora, quedaba un pez atrapado en sus mallas destruidas.

AFORTUNADAMENTE el cansancio me evitaba filosofar acerca de estos asuntos. De pueblo en pueblo y de rancho en rancho, decía misa, bautizaba, auxiliaba a los enfermos, enterraba a los muertos. Mi trabajo se iniciaba en la madrugada, con la primera luz, y concluía ya bien entrada la noche. Dormía sobre un petate y comía tortillas duras, un jarro de atole y de tarde en tarde una poca de carne asada.

Estaba en la mayor miseria. Seguía la máxima de San Pablo, el que sirve al altar, del altar tiene que comer, y cobraba, cobraba las misas, los bautizos, las bodas, los entierros y carecía muchas veces de lo indispensable. Las monedas que me entraban por una bolsa, salían por otra y el cura de Pénjamo debía socorrerme un poco a regañadientes y se escandalizaba de lo que llamaba mi prodigalidad, cuando él bien sabía y Su Ilustrísima no lo ignora, que para un espíritu cristiano le es imposible recorrer nuestros campos, enfrentarse al hambre, y disponer de algún dinero. El hambre mexicana no es espectacular como la muerte, sino una ansiedad triste, una inquietud sin finalidad en la que participan los cerdos, los perros, las gallinas. Nada especial. Sólo esa inquietud y esos duros picos y esas bocas armadas de dientes y colmillos que buscan en la tierra y en la basura algo que no encuentran nunca. Lo demás no importaba: las aguas cenagosas, la vela de sebo, los mosquitos, los piojos, los harapos.

Había más, mucho más que todo eso. El miserable no le tiene apego a la vida y trata de escapar a su dolor por la puerta de la ebriedad y la violencia. Debía referirme a los gritos de los borrachos insultando a sus mujeres, a los llantos desgarradores de los niños, y al sentimiento de impotencia que se apoderaba de mí al llevar el Viático a las cabañas. Es maravilloso, me decía, que el Señor entre con nosotros y establezca su reinado consolador en medio de esa atmósfera repelente donde los niños de barrigas infladas gatean por el suelo y la madre, consumida de fiebre, recibe el cuerpo de Jesús transfigurada, mas afuera, el brujo aguarda con sus bebedizos y sus ungüentos diabólicos y yo soy impotente para negarle la entrada porque en el seminario no nos enseñaron medicina y nada puedo hacer para salvar a esta moribunda.

Debía, Monseñor, referir otras cosas, aludir a las experiencias de mis veinte años de vicaría, sólo que temo desviarme del asunto principal y convertir este informe en un interminable catálogo de horrores.

No vivía en carne viva esta dolorosa realidad sino defendido por una coraza de sueños, de problemas internos y de lecturas. Como las aves de los pantanos, mi plumaje, ungido de aceites eruditos, me permitía hundir en las aguas estancadas sin mancharme o volar muy alto y contemplar las cosas desde arriba, a una gran distancia, porque la distancia —y lo digo como montañés— es la única posibilidad de hacer tolerable nuestro paisaje, de transformar su hosquedad pesada, su realidad de piedra, de cactus y de opuncias, sus formas inmóviles y trágicas en una música donde los acordes del azul cantan la redención y la transmutación de nuestro desierto.

Al principio de mi vicariato, sólo leía el breviario o soñaba mientras desfilaban las montañas del Bajío. Más tarde, cuando aprendí a montar, soltaba las riendas del caballo y protegido con un paraguas, pude entregarme al vicio de la lectura sin ninguna limitación. No era estarse sentado en una biblioteca, apaciblemente, leyendo a ratos, a ratos meditando y tomando notas, sino la satisfacción de un hábito, de una necesidad morbosa, a tal grado, que algunas veces el caballo se detenía por sí solo en la placita de un pueblo o en medio de las cabañas de una ranchería y yo permanecía absorbido en la lectura y con la cabeza llena de historias sin darme cuenta de la gente que me rodeaba asombrada.

En veinte años devoré una cantidad asombrosa de libros y de partituras, aprendí a conocer los estratos de las rocas, las costumbres de los animales y los procesos orgánicos de las plantas. Durante las noches claras, el trazo lechoso de la Vía Láctea cortado por oscuras grietas, el suave tejido de la nebulosa de Orión, el brillo límpido de Júpiter, el resplandor de las estrellas azules y de las estrellas rojas, de las estrellas que parpadean y nos hacen guiños y señales, el centro palpitante de la galaxia, el espectáculo en fin del viejo cielo siempre nuevo —¿quién advierte la muerte de una estrella cuando millones nacen y millones viven quemándose y transformando en luz la inerte materia del espacio?— me atraía con la fascinación de un abismo.

Adivinaba en ese trozo de universo la parte de un gran todo, la clave de un secreto turbador que yo no podía descifrar temiendo que mi fe se destruyera y el único apoyo de mi existencia se precipitara en la nada.

EN 1956, hace tres años justos, Su Ilustrísima tuvo a bien nombrarme cura de Tajimaroa. Los malos caminos me habían molido los huesos y pensé con alivio, que para este sacerdote andariego, cercano a la cincuentena, había llegado el momento de hacer un poco de vida sedentaria.

Tajimaroa descansa en un angosto valle, tan angosto, que casi merecería el nombre de cañada. Aunque los montes se le vienen encima, no abruptamente, sino de un modo solemne y majestuoso, con anchos respiros de verdes parcelas, de claros jugosos donde se dibujan las aldeas y la simetría de los maizales, de cualquier modo es posible hablar de una invasión, de un atropello, de una belleza grandiosa que desciende sobre nosotros con la violencia de una claridad, reduciendo a la nada los tejadillos del pueblo.

La iglesia, según la recordará Su Ilustrísima, es una tosca construcción del siglo XVI, es decir, un alto cubo de piedra coronado de almenas en todo semejante a los que levantaron los franciscanos durante los primeros años de la conquista, pero aquí, el fraile constructor debió ser un aprendiz, un mero aficionado en el mejor de los casos, porque temeroso de que un día su alto cubo de piedra se derrumbara sobre la cabeza de los fieles, lo rodeó por todas partes de enormes contrafuertes —el del ábside resultó particularmente disparatado—, de modo que la iglesia, a pesar de su carácter de fortaleza, causa el efecto de un monstruo inválido sostenido por muletas descomunales.

Con sus deformidades y sus bizarros aparatos ortopédicos la iglesia no está despojada de encanto. El tiempo y las lluvias han ennegrecido las piedras echando encima de los contrafuertes un rico tapiz de oxidaciones rojizas y de tupidos líquenes que tienen la suavidad y los tonos del viejo terciopelo.

El claustro adosado a la iglesia que me sirve de habitación y de curato, es también chaparro y de columnas nada airoosas, los cuartos oscuros huelen a humedad, cosas éstas que no me desagradan, pues soy un mochuelo que prefiere vivir entre las ruinas y no en las casas modernas o en esas iglesias donde los estornudos retumban como cañonazos y donde Jesús parece sufrir más a causa de los pecados del arquitecto que a causa de los nuestros.

Un extenso jardín de viejos árboles añosos que en las noches de viento gimen como arboladuras de navíos, rodea la iglesia y el claustro y completa el perímetro de la parroquia.

No dispongo de ocio para recorrer mis dilatados dominios y sólo después de la misa asomo raramente las narices por el pueblo. Es una aldea, un pueblo grande de calles rotas y casas de ladrillo. El cemento —un pesado balcón, una marquesina o el monumento a Hidalgo— pone, aquí y allá, su feo parche en el conjunto ruinoso y anodino.

A las siete se abren las tiendas y los talleres de los artesanos, las escobas se empeñan, inútilmente desde luego, en desterrar el polvo, los niños corren a la escuela llevando sus mochilas y la niebla que dora el sol disimula los hoyancos y las piedras quebradas de las calles donde flota un olor a pan, a cuero y a madera recién cortada.

Los dueños de los comercios importantes, situados en la plaza, son unos pequeños monarcas. Cargados de hijos y de nietos, no se resuelven a descender de su trono comercial y se les ve encorvados como garabatos, sentados detrás del mostrador, vigilándolo todo por encima de sus gafas empañadas o de pie, con las tijeras en la mano, cortar las telas de colores chillantes resoplando y sudando, ya que esa clase privilegiada se divide en viejos muy flacos o muy gordos y no hay posibilidad de hallar entre ellos un término medio.

La animación se concentra en el mercado, lleno de gritos y de humos. Humean las reses abiertas en canal, la barbacoa caliente envuelta en sus pencas de maguey y regada de sal gruesa, las ollas de tamales, atole y chocolate y las cabezas de toro recién salidas del horno, con los cuernos dorados por el fuego y los ojos blancos que son la especialidad de Tajimaroa.

Sin lugar a duda, en el mercado se congrega lo peor y lo mejor de mi feligresía. Estos carniceros de ojos agudos y brillantes que trabajan entre montones de carne sanguinolenta o estas harpías de cabezas envueltas en sus desteñidos rebozos y estas yerberas, mitad brujas, mitad gorgonas, que se meten en las casas y chismorrear a todas horas inventando cuentos fantásticos o participando en riñas descomunales, si bien dan mucho trabajo, yo debo confesarle a Su Ilustrísima que mi corazón está con ellos y no con los viejos mercaderes de la plaza. Hombres tiránicos y ambiciosos, aunque revestidos de falsa mansedumbre, su anhelo de posesión se proyecta en las hijas a las que desearían tener bajo su puño celoso y autoritario, el resto de sus años. La muchacha, después de sostener un noviazgo secreto y erizado de peligros, habla de una posibilidad matrimonial y entonces el viejo le vuelve la espalda con la cara crispada y se concreta a decirle las temidas palabras:

—Hija, yo pensaba que me ibas a durar toda la vida.

Los hombres del mercado carecen de semejantes complicaciones. Son unos seres elementales que se vengan de la falta de oportunidades, tomando y dejando a las mujeres sin escrúpulos, embriagándose o riñendo de modo salvaje, como si en el fondo de sus conciencias primitivas latiera un propósito de aniquilamiento.

En este mundo de pasiones vírgenes, las mujeres siempre llevan la carga más pesada. Privadas de la libertad y de los brutales desahogos de los hombres, abandonadas casi siempre, deben encarar la realidad dócilmente. Aquí hay sorpresas. Esa mujer prematuramente envejecida que habla alegremente acurrucada detrás de su olla, se ha levantado a las dos de la mañana para hacer los tamales y a las cinco ha venido al mercado. Concluida la venta, preparará la comida del marido, un holgazán borracho, y a las siete de la noche se sentará en la orilla de la acera, esperando a que arrojen al marido de la cantina, como se arroja un fardo, lo cual ocurre

invariablemente todos los días del año, y allí se está, haga frío, llueva o truene, hasta que el hombre vuelve en sí y puede llevárselo a la cama.

Yo le aconsejo:

—Déjalo tirado. Déjalo que reviente, mujer. Es un miserable que sostienes con tu trabajo y él en cambio te golpea. ¿No tienes compasión de ti misma?

—Ah, señor cura —responde— ésta es mi cruz y debo llevarla con alegría.

Su vecina, esa otra mujer que envuelve en un chal negro su rostro altivo y seco, como tallado en un trozo de madera oscura, ha visto perderse a sus dos únicas hijas. Las dos, fatigadas de rodar, han vuelto a la casa materna con hijos y ella debe mantenerlos a todos vendiendo zapatos y cintas, entre las moscas y el lodo del mercado.

No se quejan nunca, no les agrada referir sus historias. Si se les insulta, contestan con insultos, y si escuchan una palabra compasiva, si advierten el menor signo amistoso, estas mujeres bajan la cabeza avergonzadas, se cubren la cara con el rebozo y sólo sus hombros sacudidos convulsivamente nos dicen que se están deshaciendo en lágrimas.

HABLABA Su Ilustrísima de la docilidad de mis feligreses. Ciertamente, son dóciles, incluso excesivamente dóciles. Aceptan trabajos y dolores con un desdén pasivo y casi estoico que los hace invulnerables. Sin embargo, detrás de esa corteza, de esa resignación con que aceptan su destino, de esos ojos cargados de enigmas, se esconde una sensibilidad enfermiza, un sentimiento mágico de la vida y un fondo de rebeldía capaz de estallar en un segundo con violencia inaudita.

Creían ciegamente en la eficacia de los amuletos, en las profecías, en los tesoros ocultos, en los milagros y en las apariciones sobrenaturales y yo me pregunto a menudo con angustia si no recae en nosotros la responsabilidad de fomentar estas supersticiones. Sin ir más lejos, el pasado mes, nuestra hoja misional publicó la profecía de la hermana Lucía acerca de las tinieblas que en 1960 descenderán inexorablemente sobre el mundo. Yo no le di ninguna importancia. La destrucción que amenaza a los hombres desde 1945 ha desatado una ola de místicos y visionarios que viven anunciando catástrofes universales y si bien la profecía de esta ingenua sobreviviente del grupo de Fátima tema el respaldo moral de los obispos portugueses y el propio nuestro, me imaginé que el anuncio pasaría inadvertido.

Dos días después, el anuncio de la profecía hizo su efecto y millares de feligreses invadieron la iglesia llevando manojos de velas olorosas a miel, fósforos y haces de ocote para que fueran bendecidos. Mandé abrir las puertas del bautisterio y en compañía de mis vicarios, permanecía varias horas agitando el hisopo, virtiendo raudales de agua bendita sobre aquellos frágiles objetos, invistiéndolos de los poderes sobrenaturales con los cuales han logrado los devotos, durante siglos, conjurar pestes, inundaciones y tempestades.

A medida que el dinero colmaba las bandejas y los cepos, el tiempo retrocedía y sólo quedaba el terror animal, el miedo de las épocas feudales, las concepciones mágicas del Universo donde los fenómenos pueden ser modificados y torcidos y las leyes eternas sustituidas por la profecía delirante de una pobre enferma. Veía los rostros serios de mis feligreses, sus rostros humillados a los que se añadía una nueva preocupación, y me sentía tentado de subir al púlpito y decirles:

—La hermana Lucía está loca, están locos los obispos portugueses y los impresores de la hoja parroquial. No temáis. El sol, nuestro sol, es una estrella, ni demasiado chica ni demasiado grande, pero es una buena y razonable estrella que hace diez mil millones de años conserva un maravilloso equilibrio entre la fuerza de su gravedad y la fuerza elástica de sus gases.

—Todo lo que se refiere al sol es portentoso. Sus dimensiones, su edad, el secreto de su energía estarían fuera de nuestra edad humana, de nuestras medidas, de nuestra concepción de la realidad, si no recurriéramos a las fórmulas matemáticas. Sólo ellas podrían hablarnos con su lenguaje cifrado y exacto de los extraños fenómenos que se

operan en el sol; de un calor y de una densidad que crecen de afuera hacia dentro hasta alcanzar temperaturas, presiones y densidades que a su vez originan complejas reacciones termonucleares. Allí, en el interior de la estrella, los átomos han perdido sus electrones y no son otra cosa que núcleos, pesados núcleos sobre los cuales golpean los veloces protones haciéndolos estallar, arrancándoles una nueva energía, un fotón, un rayo gamma de longitud de onda muy corta y este fotón en su viaje a través de las capas solares va chocando con otros núcleos y aumentando su longitud de onda y transformándose en el tren de ondas, en la corriente electromagnética que el hombre, desde hace milenios, llama luz y calor en diversas lenguas.

—El rayo gamma, el fotón, amados hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, no explica totalmente el secreto de la energía solar. Al mismo tiempo que los protones desintegran los núcleos, se opera otra conversión, la del hidrógeno en helio, el ciclo omnipresente del carbono que permite al sol alimentarse y crear en los activos laboratorios de sus entrañas, energías bastantes para asegurarle otros diez mil millones de años sin menoscabo de su brillo, sin decadencia, sin merma de su prodigiosa vitalidad, porque es una lámpara abastecida de precioso combustible, una fuerza cósmica excesiva para las espaldas de Atlas o el carapacho de la tortuga hindú, una estrella que Dios ha creado con el fin de que permanezca encendida y encendida permanecerá miles de siglos después de que sus nietos y los nietos de sus nietos hayan desaparecido.

—Ésta es mi profecía. Entre ella y la de la hermana Lucía sólo hay una diferencia de tiempo. Lo que anunció para 1960, yo lo anuncio para otra fecha, cercana o lejana, según la midamos con nuestras medidas o con las medidas siderales. De modo que se pueden marchar tranquilos a sus casas y llevarse las velas, los fósforos y las resinas en previsión de que nuestra vetusta planta de luz sufra una de sus habituales descomposturas, y desciendan las tinieblas nocturnas sobre Tajimaroa. *Deo gratias.*

Las frases del sermón se ordenaban en mi cerebro mientras observaba sus rostros serios y preocupados reflejarse en el vasto cuenco de la pila bautismal. Era inútil tratar de decirles la verdad.

Sus ojos veían las llamas cegadoras del sol mexicano y no veían su piel granulosa, sus manchas, sus fáculas, sus tempestades. Era inútil hablarles del ciclo del carbono, del rayo gamma, de la vejez del sol transformado en una gigante roja y de su destino final, como una enana blanca perdida en la intensa vida de la galaxia.

SALÍAN de la iglesia y miraban al sol temerosamente. A su lado, nuestro sacristán, un viejo cojo, saltaba obsequioso en demanda de nuevas limosnas. Él había sido el propagador más ferviente de la profecía, y el ambiente de temor y misterio creado por el anuncio de las tinieblas lo transformaba en un hombre exaltado y dichoso ya que su lamentable cojera era el testimonio de un milagro ocurrido hacía cuarenta años en Tajimaroa y disfrutaba la oportunidad de contarlo y de mostrar a todo el mundo el exvoto colgado a una pared de la sacristía donde un pintor anónimo había dejado memoria de ese increíble suceso.

El año de 1920, el futuro sacristán era un joven artesano que empleaba su dinero, y a menudo el ajeno, en embriagarse diariamente. Tenía mal vino. Podía vérselo en las cantinas, con un vaso en la mano, el vestido sucio, la cabellera revuelta y los ojos echando lumbre. Lo rodeaba, como su atmósfera propia, un aire denso, casi líquido, donde flotaban no sólo gran número de cuchillos, navajas y chavetas, sino también, aunque invisibles, los sapos, culebras y pequeños monstruos diabólicos que le salían continuamente de la boca sin que él lo advirtiera.

La madre, viejecita piadosa, en vano se arrastraba a los pies del hijo suplicándole por todos los santos que cambiara de vida. El futuro sacristán no entendía de ruegos ni de oraciones. Se le midió con el listón morado de San Benito para que muriera o fuera redimido; se trató de expulsar a los demonios por medio de exorcismos, se hicieron rogativas y novenarios sin ningún resultado. El joven, en lugar de enmendarse, extremó su mala conducta —si esto era posible—, y una noche, perdida la razón, golpeó a su madre, acudieron los vecinos y los gendarmes lo llevaron a la cárcel.

A las dos de la mañana, los presos que dormían en sus galeras, fueron despertados bruscamente por los gritos del joven.

—¡Socorro —exclamaba fuera de sí—, socorro! ¡Me lleva Luzbel! ¡Me lleva el infierno!

La escena que se les ofreció a los presos justificaba el temor del futuro sacristán. En el patio, débilmente iluminado, un pájaro gigantesco se lo llevaba entre sus garras y ya lo había levantado cuatro o cinco metros, cuando los presos, repuestos de su asombro, principiaron a cantar el Alabado.

En ese momento, el diablo, herido de muerte, soltó a su presa, el joven se vino al suelo rompiéndose la pierna y el pájaro, graznando esta vez lúgubrementemente, desapareció entre las sombras de la noche.

La cojera de mi sacristán, esa prueba fehaciente de una anticipada justicia divina, se insertaba de modo natural en nuestro mundo, tenía la coherencia de los signos que regían su vida, era parte de un gran todo indivisible que yo no podía combatir a riesgo de hacernos pedazos. Desterrar el misterio de sus almas, curarlos de su miedo

equivalía a perderlos, a cambiarlos, a matar en ellos una fe que no lograría sustituir con ningún otro consuelo y guardé silencio.

Sólo quedaban las fórmulas. La fórmula latina, medieval, la vieja fórmula que no sufría desgaste a pesar de los siglos transcurridos: *Ne despicias omnipotens Deus, populum tuum in afflictione clamantem: sed propter gloriam nominis tui, tribulatis succurre placatus* y la fórmula escrita en un lenguaje cifrado, la ley de la materia establecida por un hombre del Antiguo Testamento: *energía igual a masa por el cuadrado de la velocidad de la luz*.

Sí, Monseñor, sólo quedaban esas dos fórmulas. La antigua, la que regía nuestro mundo —quiero decir, el mundo pequeño de Tajimaroa—, la llave que abría las puertas de la esperanza con su poder sacrosanto y la ley de la materia física, el secreto revelado del universo que el demonio ha convertido en profecía de tinieblas y de muerte, contra la cual no valen exorcismos, ni resinas, ni fósforos, ni cirios bendecidos.

EL MISMO día de mi llegada se me informó que el pueblo tenía un dueño. Vivía en una casa construida al otro lado de la carretera y apartada del centro de Tajimaroa. Este alejamiento era más bien ficticio, pues su nombre sonaba repetidamente y su presencia se hacía sentir con fuerza en los últimos rincones.

Desde el principio se me aconsejó la conveniencia de visitarlo. Mi antecesor, el señor cura a quien Su Ilustrísima aludió en nuestra conversación, había sostenido con él afectuosas relaciones que seguramente lo ayudaron a conservar la tranquilidad de la parroquia y yo no debía desconocer el hecho elemental de que nada podía hacer sin ganarme la buena voluntad de ese hombre todopoderoso.

Ulises Roca —don Ulises como todo el mundo le decía— no era el alcalde, ni el diputado local, ni el dueño de los principales aserraderos, ni siquiera el más rico del pueblo. Estaba por encima de esas convenciones y su poder, como el de los reyes, emanaba de un orden superior oculto a los ojos de los simples mortales.

A don Ulises no le pasó inadvertida mi llegada. Su esposa, doña Paula, después de la primera misa dominical, me vio en la sacristía. Es una mujer de edad —tendrá cerca de sesenta años—, y aunque se mantiene apartada de las vecinas, no lo hace por orgullo sino más bien por temor a contraer innecesarios compromisos. Me besó la mano, me dio la bienvenida y se retiró sin invitarme a visitarla y sin decir una palabra del marido.

Preferí dejar que las cosas marcharan lentamente. El dueño del pueblo podía quedarse en su casa, yo en la mía y Dios en la de todos. Tres días después me crucé accidentalmente con él. Iba en mi *jeep*, camino de una aldea de la montaña, y él iba en una camioneta roja acompañado de sus pistoleros. Sus ojos grises me miraron con cierta curiosidad e insinuó un saludo tocándose con la punta de los dedos el ala del sombrero tejano.

Doña Paula, siguió concurriendo a la iglesia, alguna vez en compañía de su hija María y de su joven nuera, y se marchaba de prisa, apenas concluida la misa, sin dirigirme la palabra. Los vecinos, en cambio, no cesaban de referirse al cacique. Lo llevaban dentro y era para ellos una obsesión, una idea fija que los dominaba enteramente.

Me relataban sus miserias o sus penas y de pronto surgía su nombre. Don Ulises dominaba el pasado, el presente y el porvenir, y no ocurría nada oficial, en sus negocios o en sus conflictos caseros, que no guardara una estrecha relación con ese personaje a quien me acostumbré a ver en breve como el *Deus ex machina* de la parroquia. Aun en el terreno de los conflictos morales que era el mío, la gente prefería consultarle sus casos de conciencia, intervenía en sus diferencias y ofrecía soluciones a sus problemas que como Su Ilustrísima imaginará, no siempre se ajustaban a los principios cristianos.

A las dos semanas, esta situación embarazosa, tomó un sesgo que me atrevería a calificar de dramático si las circunstancias de mi vida anterior no hubieran desgastado ese adjetivo hasta despojarlo de sentido.

Una noche, me disponía a cenar, cuando un viejo se presentó en el comedor y con la timidez y las reticencias de costumbre, me habló de un enfermo que necesitaba confesión.

—¿Quién es el enfermo? —le pregunté—. Podría ir uno de mis vicarios.

—El enfermo es mi hijo. En realidad —añadió después de un ligero titubeo—, no está enfermo, sino herido, y desea que sea usted el que lo confiese.

Imaginé la escena que me esperaba: el joven, herido en una riña donde corrió la sangre, trataba de evadir a la policía.

—Vamos —le dije levantándome de la mesa.

El viejo hizo un ademán por detenerme.

—Señor cura, ¿no le importa que la casa esté vigilada por la policía?

—¿Por qué habría de importarme?

—Lo han herido los pistoleros del cacique y quizá usted se haga sospechoso...

—No digas más —le interrumpí—. Éste es mi oficio.

La casa del viejo estaba en un barrio de las afueras, vigilada por dos policías. El joven yacía en una cama cubierta por una colcha formada con pedazos de tela de diversos colores, sobre la cual se extendía su brazo enyesado. Del vendaje de la cara sólo asomaba la boca de labios tumefactos y un ojo que miraba a través de los párpados hinchados.

Esa noche me limité a confesarlo. Más tarde, a lo largo de su prolongada convalecencia, lo visité asiduamente y en esos días de inmovilidad me fue refiriendo su historia, una historia que yo escuché con particular interés porque reflejaba, sin deformaciones, la imagen del cacicazgo, es decir, la imagen, según descubrí aterrado, de mi propia feligresía.

MANUEL ESPINO, hijo único del viejecillo —antiguo empleado de Hacienda jubilado—, estudiaba en Morelia la carrera de médico ayudándose con pequeños trabajos y una beca de 50 pesos mensuales que le otorgaba el Colegio de San Nicolás.

Se distinguía por su temperamento apasionado. Una vehemencia, un fuego interior que lo trascendía comunicándose a los demás, iluminaba sus ojos pardos. Si una idea lo asaltaba, hablaba de prisa, atropellándose, su fina nariz se contraía palideciendo, cerraba los puños y una onda de pelo le caía sobre la frente. Nacido en 1936, año en que el cacicazgo estaba ya establecido, odiaba ese género de imposición y empleaba gran parte de su tiempo leyendo y ejercitándose en lo que él llamaba, no sin adoptar un aire de misterio, «el golpe de estado».

Durante las vacaciones y en algunos fines de semana, venía a Tajimaroa con el propósito de visitar a la novia, una muchacha de su misma edad, llamada Elena Zúñiga. El padre de Elena, hombrecillo apocado y cargado de hijos, se sostenía precariamente llevando la contabilidad de cuatro a cinco tiendas y boticas y arreglando asuntos de impuestos y de testamentarías. La madre, una mujer que había envejecido antes de tiempo debido a los partos y a las privaciones, era de carácter irascible y sus amargos desahogos, expresados a gritos, se oían muchas veces en la calle.

Elena, para decirlo con una expresión consagrada, «guardaba las apariencias». Amiga íntima de María, la hija mayor de don Ulises y de la media docena de muchachas sobre las cuales descansa la responsabilidad de que el prestigio femenino de la aristocracia local se mantenga sin visibles deterioros, no se diferenciaba mucho de ellas. Usaba los mismos peinados y los mismos vestidos, pero las miradas rencorosas y ejercitadas de las jóvenes excluidas del cerrado círculo no tardaban en descubrir —y en divulgar— que los vestidos, los zapatos y los abrigos, no obstante los obligados cambios, habían pertenecido el año anterior a sus pudientes amigas.

Para el viejo don Ulises ocupado en sus asuntos o en sus amoríos ocasionales, Elena era una de las muchas jóvenes que a diario visitaban su casa, hasta que un día las cosas cambiaron, y detrás de la amiga de su hija, apareció la mujer. Sus ojos verdes, sombreados de espesas cejas negras, su piel blanca y delicada y su magnífico pelo castaño principiaron a destacarse y a cobrar una seducción y un encanto que fueron apoderándose del cacique.

Don Ulises emprendió la nueva conquista a su modo, nombrando al padre ayudante del tesorero municipal y contador de un aserradero de su propiedad que funcionaba en la parte trasera de su casa. Con él no hubo problemas. Era un empleado meticulado y eficaz, uno de esos servidores que dan siempre más de lo que reciben, sin lograr a causa de su insignificancia y de sus gestos implorantes, el reconocimiento de nadie. El cacique le exigía otra cosa diferente a su trabajo y cuando el viejo

entendió al fin de lo que se trataba, su figura se hizo más pequeña y se acentuó en él la mirada abyecta de sus ojos miopes y cansados.

Elena, cercada, le habló con franqueza a Manuel:

—No deseo ocultarte nada —le dijo—. Don Ulises me asedia. Ha comprado a mi padre dándole dos empleos, y mi madre, que está enferma y ha llevado una vida miserable, me persigue con sus lamentaciones. Hazle caso —me ruega—. Es un hombre rico, el dueño del pueblo, y te hará feliz. Mírate en mi espejo —interrumpe mis razones con su voz chillona—, mírate en mi espejo. Me casé a tu edad con el infeliz de tu padre y a los 40 años parezco una vieja de 60. He vivido recluida en la cocina, como esclava de todos ustedes, sin un vestido, sin una alegría y ahora, he perdido la vida, comprendes, la he perdido y ya es tarde para todo.

—Eso dice tu madre. ¿Y tú qué dices? —preguntó Manuel.

—Yo te quiero a ti, eso bien lo sabes, pero en mi caso el amor es un lujo, algo por completo fuera de nuestras posibilidades.

—Haz lo que te convenga —respondió Manuel—. Puedes elegir libremente entre ser la querida de un viejo cacique o la esposa de un estudiante pobre. Yo no renuncio a ti. Dirán que le tuve miedo a don Ulises.

—Comprendo ahora, señor cura —me decía Manuel—, que mi conducta no fue buena ni inteligente. Elena, como todos nosotros, era una víctima de la miseria y de la desesperación. Recuerdo muy bien a su madre, los dientes que le faltaban, sus vestidos sucios, su eterna amargura. Anhelaba para su hija otro destino y yo hacía más difícil la situación con mi terquedad de frecuentar diariamente la calle y fingir que la aguardaba en la ventana como si nuestras relaciones no hubieran sufrido una ruptura irremediable.

Después de esperar dos o tres horas, Elena, vencida por su resolución, entornaba al fin la ventana:

—Vete —suplicaba—. Te ruego que te vayas. No me hagas más desdichada de lo que ya soy.

—De aquí no me muevo —respondía Manuel.

—Te matarán estúpidamente. Con don Ulises no se juega.

—El viejo es un cobarde y mandará a sus pistoleros. Puedes decirle que no les tengo miedo.

Una de tantas noches, se presentó en efecto Avelino, comandante de policía y ejecutor de los planes de don Ulises, seguido de tres pistoleros.

—¿Qué haces en esta casa? —preguntó Avelino.

—¿Y a usted qué le importa? —dijo Manuel desafiante.

—¿Qué me importa dices? ¿No sabes que soy el comandante de policía?

—¿No sabes tú —dijo Manuel cargando el acento en el tuteo— que no es ningún delito esperar a la novia frente a la ventana de su casa?

—Me tuteas, ¿eh?

—Tú me has tuteado antes.

Avelino no supo qué responder. Aquella inesperada rebeldía lo turbaba y su pequeño cerebro trataba en vano de buscar la respuesta adecuada.

—¿Has perdido la lengua en la cantina?

—Tú vas a perder hasta el modo de andar si no te largas ahora mismo —estalló Avelino ciego de rabia.

—Que venga a decírmelo el viejo cornudo de tu patrón, si le queda un resto de vergüenza.

Avelino, ante aquella blasfemia, retrocedió como si hubiera recibido un golpe. Manuel apoyado en la reja lo observaba fríamente. Los pistoleros estaban sólo a unos pasos con las armas en la mano.

Manuel comprendía que abandonar la reja significaba exponerse a una muerte segura y permaneció inmóvil, esperando que Elena abriera la ventana y su presencia ahuyentara a los pistoleros.

Avelino avanzó cauteloso. Don Ulises, ablandado por los ruegos de Elena, le había prohibido usar la pistola y Manuel estaba lejos de ser uno de los vecinos acobardados o de los borrachines que lograba todavía dominar no obstante su gordura y sus cincuenta años bien corridos.

Manuel, apenas lo tuvo a su alcance, le asestó un puñetazo arriba del vientre tirándolo al suelo y trató de huir. Los pistoleros lo acorralaron y se inició una lucha desigual que terminó cuando la cabeza de Manuel, a consecuencia de un golpe, chocó contra los hierros de la ventana y perdió el conocimiento. Al recobrarlo, los guardaespaldas lo tenían sujeto de los brazos y Avelino aguardaba:

—Vas a ver quién soy —advirtió—. Tú lo has querido.

Con las dos manos unidas por los dedos entrelazados lo golpeó en la cara repetidas veces y ya tirado, los pistoleros lo patearon sin misericordia.

Los tejados, las estrellas, el mundo entero, se desplomaban sobre Manuel. No sentía las patadas. Sólo aquel desplome, aquellos fragmentos del mundo que lo oprimían con su terrible peso. A punto de morir lanzó un grito y vio la cara de Elena circundada por su cabello en desorden. Los hombres se alejaron y el mundo, por un extraño fenómeno, recobró su antigua posición y lo rodeaba indiferente.

Sabía ya lo que debía saber acerca de don Ulises. No corrí a enfrentármele. No defendí a las ovejas acosadas que Su Ilustrísima me había confiado al nombrarme cura de Tajimaroa. Yo también, como Elena, «guardaba las apariencias». No podía ir más allá de ese límite, ninguna razón política me forzaba a sostener relaciones amistosas con el verdugo de mis feligreses.

DON ULISES conocía bien su oficio. A las ocho de la mañana se alejaba de la casa su camioneta y principiaba a rodar en el desigual empedrado de Tajimaroa. A través de sus verdes cristales y enmarcados en sus brillantes níqueles se advertían los rostros graves, orgullosos, siempre los mismos, de la media docena de pistoleros que constituían su séquito. Desfilaban en una lenta y majestuosa procesión, como si fueran sus propios retratos, a lo largo de los talleres, de las tiendas, entre las mujeres que salían de misa, los vendedores y los asnos cargados de hierba y de verduras que se dirigían al mercado.

La camioneta tomaba la plaza describiendo un gran círculo, se detenía ante el portal del Ayuntamiento, abríanse las portezuelas, descendían los pistoleros uno a uno, sin darse prisa, y montaban una guardia en torno del vehículo, una guardia ofensiva y enteramente innecesaria porque la gente era pacífica y a nadie le pasaba por la cabeza la idea extravagante de atacar a don Ulises.

En ese momento, y como por arte de magia, surgían del ruinoso palacio el presidente municipal en persona seguido del secretario, el tesorero y los regidores, llevando papeles y cartapacios en las manos y sin importarles la dignidad de sus cargos corrían en dirección a la camioneta —don Ulises permanecía sentado en el interior—, y allí mismo, a la vista del pueblo, hablaban con él, sometíanle las cuentas y los negocios de la Comuna, tomaban nota de sus resoluciones y quince minutos después, concluida la audiencia, los pistoleros volvían a ocupar sus asientos, los gendarmes se llevaban la mano a las gorras y los miembros del Ayuntamiento observaban con orgullo la marcha de la enorme camioneta que para ellos simbolizaba el poder y la gloria de su jefe.

Esta diaria y casi milagrosa aparición —lo mismo podía viajar en una nube que en un tapete mágico— se instituyó hace más de veinticinco años como un ritual invariable en el que sólo cambiaban los rostros cada vez menos jóvenes de sus pistoleros y los automóviles cada vez más suntuosos que anualmente compraba don Ulises.

Los jóvenes que en 1928 lo vieron pasar en un Ford de tres pedales camino de palacio, eran esos hombres gordos y canosos que presenciaban el desfile de la camioneta Mercury 1959 con los ojos entornados desde sus talleres y sus tiendas. Morían los viejos, las casas se llenaban de nuevos seres, se modificaban las costumbres, cambiaban los gobiernos, la palabra democracia se escuchaba en todos los labios y el paseo del señor feudal, el despliegue de su magnificencia seguía proyectando sus estereotipadas imágenes en el fondo invariable de las piedras mohosas, los revoques manchados de las casas y las puertas abiertas a los jardinillos interiores donde se derraman impetuosos los helechos.

POR LAS tardes don Ulises jugaba dominó. Entre el humo que llenaba la cantina estaba el cacique dando la espalda a la pared, y a su derecha, no en la primera fila, sino ligeramente apartado, se dibujaba la figura de Adalberto, su principal guardaespaldas. Vestía una inmaculada guayabera de lino y a juzgar por su apariencia severa, el bigote entrecano cuidadosamente recortado y los anteojos bifocales que usaba, se le hubiera tomado por un viejo y rico agricultor ya retirado de los negocios.

Según cuentan los ancianos del pueblo, en los inicios del cacicazgo, Adalberto era el ejecutor de los golpes de estado que el cacique descargaba en contra de los ayuntamientos y los sindicatos rebeldes, pero la edad lo había convertido en la sombra de don Ulises, una sombra respetable y silenciosa sobre la cual destacaba la fanfarronería y el carácter jovial de su jefe.

A la izquierda se sentaba siempre Arteaga, secretario del ayuntamiento y secretario de la liga campesina —ambos puestos los desempeñaba de modo ininterrumpido desde hacía más de quince años por lo que le decían el Secretario Perpetuo—, un cincuentón rechoncho, de color oscuro, ojillos maliciosos y gruesos labios entreabiertos que dejaban asomar cuatro incisivos forrados de oro. La entrada de Arteaga a Tajimaroa, ocurrida en 1930, todavía se recuerda. Los guardias rurales lo trajeron atado de pies y manos a causa de cierto robo de ganado ocurrido en Irimbo, su pueblo natal, y estuvo sujeto a proceso hasta que don Ulises, seducido por la habilidad del cuatrero, hizo desaparecer el expediente del juzgado y lo incorporó a su pandilla. La gente, en privado, lo llamaba el Robavacas y hubiera dado cualquier cosa por decírselo a él en la cara si el temor a su pistola —tenía reputación de excelente tirador— no frenara este legítimo deseo.

El tesorero don Luis G. Bolaños —la G pertenecía al apóstol de la juventud S. Luis Gonzaga— era otro de los fieles a la diaria partida de dominó. De todo ese grupo era el único que vestía traje con chaleco y corbata, cuello duro y sombrero de fieltro. Se sentaba manteniendo juntas las rodillas y a cada momento se enjugaba la frente o se sonaba estrepitosamente con un paliacate cuyas puntas asomaban de la bolsa del saco. Tibiaba en la mano cerrada su copa de ron y sólo la dejaba cuando ruidosa y triunfalmente añadía una ficha al articulado gusano que se extendía sobre la mesa y gritaba:

—¡Ahorcada la mula de cincos! Me debe tres copas de ron, don Ulises.

Desde luego, era un viejecillo ridículo, cargado de hijas solteronas, que amaba demasiado el ron, pero nadie, ni el mismo don Ulises, se atrevía a gastarle una broma. Don Luis poseía la ciencia de las matemáticas. Llevaba los puntos del juego sin necesidad de apuntarlos; podía sumar y sustraer de memoria cifras importantes y esta sabiduría le permitía dominar fácilmente a sus adversarios en el dominó y dejar satisfechos a los diputados de Morelia que anualmente revisaban la contabilidad del

ayuntamiento.

El Presidente Municipal, Guadalupe Cielo, que ocupaba la silla contigua, era el más joven del grupo —había ingresado a la pandilla en 1950— y el antípoda de don Luis. Guadalupe, mestizo esbelto y de muy pocas palabras, tenía los ojos oscuros, en forma de almendra, y su mirada recelosa y enigmática, lo hacía temible y desagradable. Odiaba el alcohol y nunca entendió el mecanismo del juego por lo que se estaba largas horas sin hablar, huraño y tenso. Después de cuatro o cinco partidas, abría la boca, respiraba con fuerza y levantaba los ojos a don Ulises en demanda de auxilio. —Basta por hoy —decía el cacique dando un manotazo al resto de las fichas.

—Nunca aprenderé a jugar como don Luis —se disculpaba el Alcalde.

—No importa —comentó el cacique—. Tú sabes pelear, como don Luis sabe hacer cuentas.

—¿Y de qué le sirve pelear? —preguntaba don Luis después de vaciar su copa—. ¿De qué le sirve traer esa pistola?

—Esa pistola sirve, entre otras cosas —aclaró don Ulises empleando un tono convincente—, para que usted ocupe su cargo de tesorero.

—No veo la relación, aunque —se rectificó turbado— sería mejor hablar de otra cosa.

El rostro del Presidente se endureció. Trataba de que olvidaran los fantasmas y los fantasmas regresaban tenaces a importunarlo. Su tío Simón —único sobreviviente del clan familiar— había matado a Juan Ramírez, la cabeza del clan rival, y no volvió a vérselo en Ziraguato. ¿Él era responsable de esa muerte? ¿De esa muerte y de la muerte de muchos de los suyos caídos antes de que naciera? No, él los había rehuido, había tratado de pasarles inadvertido —siempre trató de pasar inadvertido—, y ellos fueron los que lo buscaron esa mañana de domingo, los que lo cercaron alevosamente mientras se lustraba los zapatos en la plaza de Ziraguato. De una patada hizo volar el cajón del limpiabotas —otro cómplice de los Ramírez— y saltando detrás de un árbol disparó.

De aquella hazaña —una hazaña que incluso han registrado diversos novelistas con escasa fortuna— se habló mucho en nuestra provincia. Ignoro los detalles del combate, pero el caso es que ese hombre solo y acosado logró exterminar a todos los hombres del clan enemigo. Quedaban unas mujeres y un niño de diez años que se ejercitaba ya en el odio y en el manejo de las armas para vengar a sus familiares caídos en la plaza. Había que esperar... Entretanto encarcelaron a Guadalupe Cielo y don Ulises lo salvó del complicado proceso llevándolo a Tajimaroa y con el tiempo haciéndolo su Presidente Municipal.

En el mostrador bebía Avelino con el resto de los pistoleros, oficiales de policía y regidores cuyo sueldo pagaba el Ayuntamiento. Viejos o jóvenes, a todos unificaba el prestigio del cacicazgo, un terror y unos hechos desmesurados cuyo recuerdo no dejaban marchitar las continuas vejaciones de los pistoleros y la presencia omnipotente de las armas. Los ocho o diez hombres del séquito —a excepción del

tesorero— mostraban sus cananas repletas de balas, sus grandes pistolas que les abultaban el costado —el tema principal de las conversaciones era el de las armas—, y como si esta exhibición de poderío bélico no bastara a mantener la paz ficticia de Tajimaroa, la camioneta estacionada frente a la puerta de la cantina exhibía sobre los asientos una ametralladora y dos rifles telescópicos, de manera que estas excursiones a las tabernas o al Ayuntamiento más parecían safaris que visitas administrativas o pacíficas partidas de dominó.

TERMINADO el juego, los hombres se apresuraron a beber el resto de sus vasos, disponiéndose a marchar. Don Ulises los detuvo haciendo un ademán al mismo tiempo que le preguntaba al Alcalde:

—Bueno, Guadalupe, ¿y qué piensas hacer con esos dos presos?

—Usted dirá, don Ulises.

—Es un problema difícil —añadió pensativo el cacique.

—¿De qué se trata? ¿Una nueva historia complicada? —preguntó el Tesorero.

—No. Es una historia de risa loca.

—Cuenta, cuenta usted, don Ulises.

Avelino y los pistoleros se acercaron a la mesa y al cantinero dejó de lavar las copas. No se oía otro ruido que el paso de los automóviles por la carretera.

—Es la historia de dos hacheros de la compañía maderera —princió don Ulises—. El sábado cobraron el sueldo y se fueron a un bautizo. ¿Era boda o bautizo?

—Era bautizo —confirmó Guadalupe.

—Después del bautizo siguieron toda la noche la juerga por su cuenta y sólo recuerdan que a las diez de la mañana del domingo, despertaron en una especie de corral, medio muertos y sin un centavo. Uno de ellos dijo:

—«Debo estar soñando o el hambre me hace ver visiones. ¿No hay aquí un borrego?»

—«Sí —respondió el otro—, es el borrego más gordo que he visto en mi vida.»

—«¿Y si fuera el diablo? Es demasiado grande para ser un borrego.»

—«Deberíamos hablarle, pero si se trata del diablo es seguro que no entenderá el castellano. Me han dicho que los diablos sólo entienden el latín y el inglés.»

—«En nombre de Dios —habló el primer borracho dirigiéndose al animal—, en nombre de Dios te ordeno me digas si eres un borrego o eres el diablo.»

El animal, asustado con la presencia de los intrusos, lanzó un penetrante balido:

—«Bala —razonó el segundo borracho convencido—, luego no es el diablo sino un borrego que está diciendo comedme.»

—«Dios es bueno con nosotros, hermanito; no preguntes más. La barbacoa nos ha caído del cielo.»

Los dos borrachos, como Dios les dio a entender, se llevaron al animal a su casa y organizaron una fiesta que duró el resto del domingo, y todo el lunes. El martes se aclararon las cosas. Ciertamente, el borrego no era el diablo, sino un borrego de veinte mil pesos, un Rambouillet con el pedigrí más satisfactorio del mundo, en una palabra, el semental que el General había regalado al pueblo y que el ayuntamiento guardaba en ese corral construido exprofeso, con la esperanza de mejorar nuestros ganados.

Todos lloraban de risa. El Tesorero se limpiaba las lágrimas con su paliacate y

exclamaba:

—Una barbacoa de veinte mil pesos. Ni las bodas de Camacho, don Ulises, ni las bodas de Camacho.

—Bien —dijo don Ulises consultando su reloj—, ya nos hemos reído bastante. Me marcho.

Había concluido la jornada. Avelino salió a la calle para despertar al chofer adormilado en el interior de la camioneta.

Los hombres, de pie, formaban un círculo alrededor del cacique.

—¿Tiene algo que ordenar? —preguntó el Secretario Perpetuo.

—Nada. Mañana hablaremos en el Ayuntamiento sobre esos dos presos.

El cacique, acompañado de Adalberto subió a la camioneta y se dirigió a Santiaguito, un rancho de su propiedad situado a cuatro kilómetros de Tajimaroa.

SANTIAGUITO, donde don Ulises tenía a su joven amante y a sus dos pequeños hijos, era de hecho un lugar prohibido. Allí pasaba las noches custodiado por Adalberto o algún otro pistolero de toda su confianza, pero fuera de ellos, nadie tenía acceso a la finca. Sus invitados eran recibidos oficialmente en su casa de la carretera o en los baños sulfurosos de la montaña, y si alguna vez los llevaba a Santiaguito, lo hacía sin entrar a la casa, limitándose a mostrarles los campos y los establos de prisa, un poco en contra de su voluntad y más bien arrastrado por el orgullo del propietario, tan poderoso en él como el deseo de mantener en secreto sus relaciones con Elena.

¿Este amor por las cosas terrenales no es acaso, Monseñor, el rasgo característico de un estilo de feudalismo americano, es decir, el rasgo propio de los que lograron encumbrarse en la política y enriquecerse a su sombra después de haber sufrido incontables privaciones?

Don Ulises mostraba quizá mayor apego a los bienes de este mundo que los antiguos hacendados, ya familiarizados, desde su nacimiento, con extensas y ricas propiedades. Entornaba los ojos de una manera especial cuando trataba de abarcar una de sus parcelas sembradas de trigo; su mano, inconscientemente, adquiría una sensualidad codiciosa al acariciar una pera o una manzana, y cuando paseaba por el campo con alguno de sus invitados de la ciudad, no era difícil que llevado de su entusiasmo, se apeara del caballo, y tomando un puñado de tierra exclamara:

—Todo esto lo hice palmo a palmo, terrón a terrón, como se hacen las cosas grandes —miraba el polvo deslizarse entre sus dedos y su voz ronca, entrecortada, descubría una emoción que no le era habitual—. Yo fui toda mi vida un leñador. Sólo tenía ojos para los bosques de pinos y no me importaban las tierras baldías llenas de troncos que iban quedando a mis espaldas. Un día, al cruzar esas tierras yermas, pensé que había llegado el tiempo de cambiar el hacha por el arado y comencé a comprarlos. Los viejos del pueblo se reían maliciosamente. «Ulises Roca —decían llevándose el dedo a la sien— ha perdido la cabeza. Esas tierras empinadas, llenas de pedruscos y de troncos, no sirven para nada.» Con tractores y yuntas de bueyes limpié las tierras, construí terrazas para evitar los deslaves y las sembré. Primero, fue el maíz y el frijol, porque la gente necesitaba comer lo esencial; luego, contra la opinión de los entendidos, sembré trigo, y al último, planté frutales. «No es tierra de frutales», sentenciaban los agricultores, y en efecto, no lo era. Todos mis arbolitos parecían haber enloquecido. Los ciruelos florecían en julio, los perales en agosto; las higueras se cargaban de higos que nunca maduraban, los manzanos, aquellos manzanos californianos adquiridos a precio de oro, daban frutos del tamaño de una cereza, y todo eso sin contar las plagas, los hongos y los insectos que les caían encima devorándoles hasta la última hoja. «Soy terco, señor, terco como una mula, y me pasé años enteros regándolos con polvos y sustancias químicas, podándolos,

gastándome una fortuna en fertilizantes y en injertos, y ahora vea usted mis manzanas, pruebe mis ciruelas y mis higos que son tan dulces como los de Normandía o los de Smirna según afirman los que saben de estas cosas. Pero todo eso, maíz, trigo, frutales, son cosas del pasado. El tiempo reclama siempre lo suyo y otro día advertí con sorpresa que la ciudad de México se había dado un estirón formidable. ¿Qué podía darle a esa ciudad de cinco millones de habitantes, o mejor dicho, qué podían darle mis tierras situadas a 150 kilómetros por una buena carretera? Decidí averiguarlo yo mismo y me pasé dos semanas recorriendo las calles, las plazas, los jardines, metiendo las narices en las casas y en las tiendas, husmeando por todos los rincones.

»Una curiosa tendencia a considerar a los seres humanos como animales, y que la edad ha convertido en una manía, me hizo descubrir muchas cosas interesantes. No, no se trata de hallarles semejanzas con sapos o caballos o pájaros, sino de observarlos como son en realidad, esto es, como animales que a pesar de su civilización, de sus libros, de su religión, de sus inventos, no logran ocultar ni disimular su verdadera condición de animales. Los miraba andar por las calles, entrar a los edificios, a las tiendas, a los mercados y aquella actividad me recordaba la actividad de los hormigueros. Todos iban a trabajar para comer —también hay sus zánganos— y todos acarreaban cestos o paquetes con alimentos o comían de pie en las aceras o sentados en los restaurantes y en las fondas, pero siempre estaban echándose algo a la barriga, siempre estaban moviendo las quijadas y cuando no devoraban algo, veían a las mujeres, se excitaban viendo a las mujeres pintadas en los anuncios, en las carteleras de los cines, en los escaparates de los almacenes, las aguardaban en las esquinas y en las puertas y se iban juntos del brazo a los teatros y a los cines, a los bailes, a los restaurantes, a los hoteles y a casas especiales o a sus propias casas. Me asombraba de cuantas maneras se excita, se disfraza y se disimula el deseo de la carne en las ciudades. Nosotros los provincianos —lo diré de paso—, somos más directos en todo y no nos andamos con tantos circunloquios y remilgos para satisfacer nuestra hambre animal de pan y de mujeres.

»Comer, reproducirse, divertirse, curarse para seguir comiendo y reproduciéndose y al final morir, morir en su casa o en la calle de mala manera, o morir en un gran hospital o en un pequeño sanatorio para ser arrastrado, velado, saludado y llorado dentro de un cuarto alquilado a una empresa funeraria donde los muertos se hallan extendidos en elegantes pisos, en ocho o diez pisos que tienen cafetería y servicios sanitarios, y luego salir de allí en hombros, y ser arrastrado de nuevo a las orillas de la ciudad, a los cementerios urbanos, donde se quedará varios años bajo un monumento de piedra artificial —en México donde sólo hay piedras naturales—, eran las etapas principales seguidas por los habitantes de la ciudad, etapas que yo reconstruí paso a paso mientras me atracaba en los restaurantes o marchaba en los cortejos fúnebres detrás de la caja de un difunto desconocido.

»Concluidas las dos semanas, regresé a mi pueblo y tomé una decisión que tal vez

le parezca rara: vendería flores. No serían rosas, ni claveles, ni crisantemos, sino otro género de flores que se vendieran a carretadas, unas flores grandes, hermosas, decorativas, que lo mismo sirvieran para una fiesta que para un velorio, unas flores sin tabú, como las gardenias que “huelen a muerto”, sin espinas como las rosas, sin la fragilidad de los claveles y los crisantemos, unas flores muy caras y muy buscadas que yo hiciera llover sobre la ciudad a precios irrisorios. Una lluvia de flores... Cuando era niño, en Veracruz, el martes de carnaval, las máscaras y los paseantes se arrojaban flores; por espacio de tres o cuatro horas, el aire se llenaba de pétalos y a eso le llamaban “lluvia de flores”.»

Hablaba don Ulises hundido hasta la cintura en el océano de gladiolos holandeses que circunda Santiaguito. A lo largo de la carretera, ya invadida por la sombra de las montañas, se extendían los suntuosos tapices rosados, blancos y carmesíes de los bancales, y esas pinceladas brillantes eran no sólo una novedad en el viejo paisaje sino el contraste que reclamaban los tonos oscuros y densos de los pinares y los azules metálicos de las remotas serranías.

Docenas de campesinos cortaban las varas cargadas de flores recién abiertas y las apilaban al borde de la carretera para que los camiones de don Ulises las llevaran a México.

—Una lluvia de flores... mañana caerá sobre México y adornará las mesas de los banquetes, las bodas celebradas en las iglesias, las casas de los pobres y de los ricos, el ataúd de los muertos, las tumbas de los cementerios... Me dicen cacique. ¿No ha oído usted que me dicen cacique? ¿Por qué no llamarme gladiolero? Yo establecí ese oficio, a mí se me ocurrió la idea de importar millones de bulbos holandeses y sembrarlos en estas tierras donde antes se cultivaba maíz con un arado egipcio, yo he sido el creador de esta riqueza, pero mis enemigos hablan de que me enriquezco robando al ayuntamiento de Tajimaroa. ¡Pobres! ¿Sabe usted cuánto me dejan cada año mis gladiolos? Trescientos mil pesos, y los años buenos, medio millón. Ésta es mi riqueza. Sí, de los bosques, de los aserraderos, del trigo y de los frutales saco algo, pero todo se me va en comprar sementales y en construir los edificios del balneario porque pienso en el mañana y en los turistas que vendrán a gozar la bendición de esos manantiales de agua sulfurosa a los que nadie les prestaba la menor atención.

«Mi lema es sencillo: Más vale tener imaginación que buenos estudios. Yo no fui a la escuela, no pude ir a la escuela y no me arrepiento de ello. Inicié mi carrera con una ametralladora en la mano combatiendo a los reaccionarios y la gente se imagina que debo todavía defenderme con la ametralladora, sin saber que es una flor la que en realidad me defiende.»

Había tomado una vara de flores en botón y la sostenía delicadamente entre sus manos. Sobre los gladiolos revoloteaba un enjambre de mariposas y la gruesa figura del cacique con su cinturón cargado de balas, su pistola y sus ojos grises ávidos y penetrantes, se destacaba penosamente como la de un forajido que tratara de engañar a sus víctimas disfrazándose con los símbolos de los castos y de los bienaventurados.

Aquella vara cándida no podía disimular la brutalidad silenciosa y elocuente de la pistola ni aquellos bancales donde volaban las mariposas, la verdad que se ocultaba bajo su manto florido. Algunas tierras, en efecto, las había comprado al principio de su cacicazgo empleando la fuerza, el cohecho o la persuasión de las armas, y las tierras de Santiaguito vecinas a la carretera y sembradas de gladiolos, como no podía comprarlas ya que eran tierras ejidales, se las alquilaba a los indios por una miseria.

Nadie podía decir cuántas tierras poseía don Ulises, ni de qué maniobras se valía para hacerse de ellas, pues todo lo que se sabía de este hombre contradictorio, se sabía indirectamente, debido a ciertas indiscreciones o a ciertos hechos extraños, dudosos o escandalosamente melodramáticos. De tarde en tarde corrían rumores sobre propietarios de tierras que se negaban a venderlas y eran apaleados; no era raro tampoco que un indio borracho se refiriera amargamente a su condición de peón mal pagado mientras don Ulises se enriquecía con el cultivo de sus tierras, y en ocasiones, el pueblo llegaba a enterarse de un atropello, sólo porque la víctima desaparecía o porque los pistoleros del cacique, en el diario desfile, por un exceso de orgullo profesional tenían a bien acentuar su arrogante insolencia.

No puntualizo hechos. Registro más bien rumores, sucesos turbios y poco consistentes que dan una idea del clima de terror en que vivíamos. Había tanta distancia entre el fingido revolucionario-civilizador-padre de familia-anfitrión-generoso-protector de los indios y el rapaz-lujurioso-tiranuelo-explotador, como la distancia metafísica que existía entre su ametralladora y la vara de flores blancas sostenida piadosa, delicadamente como un cetro de patriarcal gobierno y de égloga sempiterna.

DOÑA PAULA no había perdido su categoría de esposa legítima. Ella era el alma de la casa oficial, de la respetable, y sobre ella caía la responsabilidad de una administración complicada. La gran casa de la carretera albergaba a su único hijo varón, al joven Ulises, ya casado, a los nietos, a una hija divorciada llamada María, y con frecuencia, a una multitud de parientes pobres que buscaban la sombra y la protección del cacique. En las espaldas de esta enorme mansión, funcionaba el aserradero con sus empleados y sus trabajadores, las oficinas de don Ulises, bodegas, despensas y silos, habitaciones para los guardias y los pistoleros, muchos de los cuales comían en la casa, y como si esto fuera poco el cacique, siguiendo las costumbres de los hacendados, alojaba y daba banquetes y fiestas a numerosos invitados, todos ellos personas de importancia, industriales capaces de asociarse en sus negocios, políticos de categoría y periodistas que hablaran de él y lo defendieran de los ataques de sus enemigos.

Yo podía, con sólo leer los periódicos, formarme una idea de la marcha de sus asuntos, de sus necesidades y de sus proyectos, porque don Ulises, si bien era cierto que le gustaba ser rumboso y amigo de conversar y de ofrecer recepciones, nunca perdía de vista las ventajas prácticas que podía obtener de una hospitalidad bien dirigida.

Organizaba los detalles de sus fiestas con una minuciosidad rayana en la pedantería y en general, a los menores actos de su vida les otorgaba una importancia y un significado propios en que podía advertirse sin esfuerzo el sello de su inconfundible personalidad.

Don Ulises tenía la convicción de que un hombre de estado debía rodearse no sólo de un aparato capaz de hacer resaltar su importancia, sino de un cierto sigilo, de un sistema de seguridad que le permitiera tratar los negocios sin testigos indiscretos y sin espías a sueldo de sus enemigos. Para evitar que los criados estuvieran presentes en el comedor había instalado un pequeño ferrocarril, montado sobre rieles de ébano y accionado por una polea, que acarreaba las fuentes desde la cocina. El juguete en cuestión cruzaba el comedor llevando la sopera, don Ulises la tomaba sirviéndose él primero —era según decía el sagrado privilegio del anfitrión—, y luego la colocaba en el centro movable de la redonda mesa. Este centro que giraba lentamente dentro del círculo de la mesa gracias a un motor eléctrico invisible, ponía las fuentes al alcance de los comensales y con ellas, el aceite, la sal y la pimienta, los quesos, salseras, mostazas, vinos y licores de que ese centro movable se hallaba generosamente abastecido.

Los invitados no lograban disimular su asombro:

—Don Ulises, díganos usted cómo se le ocurrió inventar este servicio de mesa.

—Son viejas historias. Hace diez o quince años un espía de mis enemigos nos

oyó hablar de cierta maniobra política y el resultado fue que la maniobra se desbarató y dos hombres cayeron asesinados en una emboscada... Entonces —añadió con su voz ronca y agradable— me di cuenta que vivía en un mundo enemigo donde la menor indiscreción puede costar la vida de un hombre. La política es un juego complicado; se toleran los crímenes, pero de ningún modo los errores.

Cuando se pensaba que don Ulises, en vena de hablar, revelaría el *modus operandi* de la política, exclamaba llenando la copa de su invitado:

—Tome, tome usted más vino. Es lo único extranjero de mi mesa. Las flores, el lechón, los pavos, las verduras, los quesos, las frutas, son obra de nuestras manos.

El centro de la mesa giraba despacio e incesantemente supliendo a los criados, y en las puertas, inmóviles como estatuas, los pistoleros montaban la guardia armados de pequeñas ametralladoras. Don Ulises, en aquel escenario montado para asombrar a los huéspedes con el despliegue de su magnificencia feudal, se sentía feliz, y a medida que desfilaban los platos y corría el vino, su facundia se hacía inagotable. Sabía conversar de cosas que le interesaran a sus invitados y a sus hombres de confianza y poseía un repertorio de anécdotas y cuentos formado en casi medio siglo de aventuras y de experiencias nada comunes, de manera que recurría a él, como a un tesoro fabuloso con la certidumbre de que el brillo de esas joyas, antiguas o modernas, evocadoras de violencias o de trabajos eglógicos habrían de deslumbrar a sus huéspedes sedentarios o aun a sus camaradas de pasadas correrías.

—¿Le han impresionado los indios? —le decía a un periodista inclinando la cabeza como un toro que se dispone a embestir—. No me extraña nada. De lejos, estas cabañas dispersas en las faldas de la montaña causan un efecto muy favorable. Un escritor europeo recorrió conmigo los parajes indios que nosotros visitamos en la mañana y detuvo su caballo: «Es un poco Suiza —comentó—. El bosque de pinos, el humo que se escapa de la cabaña, el ganado entre la hierba y las rocas del monte...» Sí, un paisaje de tarjeta postal. Pero es necesario acercarse. No hay muebles, ni luz, ni ventanas, ni comida y la gente anda vestida de harapos.

«Todos mis esfuerzos por comprenderlos y civilizarlos han resultado inútiles. Los veo, los toco, los oigo hablar y me pregunto: “¿Qué hay detrás de esos ojos? ¿Cuáles son sus verdaderos sentimientos? ¿En qué estarán pensando?”»

»Cuando todavía era joven llegué a uno de los pueblecitos más escondidos de la sierra. El cacique de la tribu, hombre ya viejo, se había herido una pierna de gravedad y estaba tirado en su petate, rodeado de brujos que le ponían cataplasmas y salmodiaban no sé qué extraños conjuros. Expulsé a los brujos, raspé la herida con mi cuchillo, la desinfecté como pude —no se habían inventado las sulfas ni la penicilina— y el hombre volvió a la vida. Llegó a cobrarme mucho afecto. Quena que me casara con una de sus hijas y fuera su heredero, pero le hice ver que estaba casado y que debía regresar a mi casa. El día de mi partida el cacique me tomó la mano diciéndome:

»—Ven conmigo. Deseo que conozcas a nuestros dioses.

»Me llevó a una cueva, no muy distante del pueblo. Era una cueva alta, como una catedral; recibía la luz por unas grietas ocultas entre el ramaje de los árboles, una luz verde que resbalaba sobre las estalactitas y las rocas dándoles un aire misterioso. En el fondo de la cueva, se levantaban unos altares de piedra en los que descansaban dos enormes ídolos cargados de flores y de ofrendas y acompañados de una multitud de pequeños ídolos. Arrodillados, algunos devotos bebían aguardiente y decían sus pecados con una voz aguda y plañidera.

»Corrieron los años y olvidé la cueva, los ídolos, el canto de los indios. ¿Quién vuelve la cara atrás? ¿Quién se complace en los recuerdos y les da vueltas y más vueltas, como no sean los muertos? El secreto de mi vitalidad consiste en no volver la cara al pasado, en que vivo sumergido en el presente con la idea fija de cumplir los deberes con frecuencia muy pesados, que el destino ha tenido a bien cargar sobre mis hombros. Lo observo a usted —decía interrumpiéndose—, lo observo y me doy cuenta de que desprecia mi vino. Tres veces le ha pasado enfrente esta botella de *Pomard* y usted no hace nada para tomarla.

—Sus historias son las culpables de que yo me distraiga —decía el periodista.

—¿De veras le interesan?

—Más de lo que usted se imagina. Termine usted ya con el relato de los ídolos.

—Ha tenido un fin inesperado. Hace dos o tres semanas, unos arqueólogos de la capital, acompañados de soldados —sospecho que un cura de la región denunció la existencia de la cueva—, se presentaron en el pueblo y no obstante los ruegos de los indios, de sus lágrimas y de sus razones, se llevaron los ídolos a México. El lío es más complicado de lo que parece. Las autoridades afirman que esas piezas, de gran belleza —aunque yo no les veo la belleza por ningún lado—, pertenecen legalmente a la Nación, y los indios alegan que esos ídolos no son tales ídolos ni tales piezas arqueológicas sino simplemente sus dioses, sus únicos y verdaderos dioses.

—Los indios tienen toda la razón —afirmó el periodista—. Deberían devolverles sus ídolos.

—Ésa es también mi opinión, sólo que los arqueólogos no entienden ciertas cosas. En realidad no sabemos nada de los indios; no sabemos nada de nuestro país. Dondequiera que extendemos la mano, tocamos un lugar sagrado. No sé decirlo, pero es como si tocáramos una herida. Los campos hierven de dioses y de duendes. Hay dioses subterráneos y dioses del aire; dioses de las montañas, de las aguas, de las cavernas. Los indios casi nunca se atreven a salir en la noche y si lo hacen por alguna necesidad, salen todos juntos, fumando y hablando en voz alta para ahuyentar a los malos espíritus. Cierta noche, en un sendero del bosque, me tropecé con ellos. Al ver la luz de mi lámpara, se quedaron paralizados de espanto. Ninguno se atrevía a decir una palabra porque si abren la boca se les escapa el alma y se apoderan de ella los espíritus que acechan constantemente en la montaña.

—¿Se imagina usted un mundo poblado de espíritus malignos cuya única ocupación consiste en robarle su alma a los indios? ¿Un mundo de brujos, de

encantamientos, de extrañas ceremonias, de drogas mágicas que permiten a los iniciados sentirse dioses, descender a los infiernos y hablar con los muertos? Yo los he visto salir de sus delirios y le confieso a usted que he tenido miedo. Saben algo que nosotros ignoramos y en ese secreto radica su fuerza para sobrellevar, impasibles, las mayores adversidades. Podrían dejarse arrancar el corazón sin dejar de sonreír.

Don Ulises no se fatigaba nunca de referir historias. Ejercía sobre sus huéspedes una especie de hipnotismo al que tampoco era ajeno el incesante girar de la mesa. Las fiestas, por lo general, terminaban muy tarde y el mismo cacique, seguido de los pistoleros, salía a la calle para despedir a sus invitados. Partían los lujosos automóviles y él permanecía todavía un rato al aire libre saboreando su triunfo.

Aquellos importantes personajes no visitaban el desconocido poblacho de Tajimaroa, sino visitaban su casa, acudían atraídos por su fama y la magnificencia de sus recepciones, pero de cualquier manera algo de ese prestigio social recaía en nuestra aldea y aumentaba la estatura —ya de por sí grande— de don Ulises Roca.

Mientras la mujer debía guardar la vajilla, levantar los manteles y poner en orden la casa, don Ulises se marchaba a Santiaguito, de donde regresaba puntual, a las 8 de la mañana, para emprender, oficialmente, su diaria visita al ayuntamiento.

A las 9, después de un copioso desayuno al que asistían sus familiares, se instalaba en la oficina del aserradero que funcionaba a las espaldas de la casa y se dedicaba a los negocios públicos o privados. Su antesala era la antesala de un gobernante. Los problemas de los sindicatos y de las agrupaciones campesinas, los asuntos de tierras, los cohechos, las trampas y las sutiles o burdas maniobras que exige nuestra política de campanario, así como las compraventas, las dádivas y las solicitudes de empleos y mercedes se ventilaban en esa oficina que yo visité un día tratando de buscar una conciliación según referiré más adelante a Su Ilustrísima.

A mediodía, sin importarle mucho la gente que lo esperaba en la antesala, don Ulises se dirigía al jardinillo de las rosas, situado en un extremo de la casa donde tenía a sus pavorreales. Debo decir que nunca logré conciliar la pasión por las ametralladoras y los rifles telescópicos con la pasión, igualmente extremosa, que don Ulises sentía por esas aves, imágenes del sosiego, de la elegancia y de la vanidad. No le bastaba su posesión, sino que había mandado reproducirlas en el gran emplomado de la galería desde la cual se bajaba al jardín, de manera que podían admirarse las suaves rosas y las colas esmaltadas de los auténticos pavorreales a través de las colas rígidas y de las rosas fingidas de la vidriera.

Tan pronto las aves se percaían de la presencia de su dueño, corrían hacia él con los delgados cuellos extendidos, y por espacio de un cuarto de hora se entablaba un intercambio de notas sabiamente moduladas, un diálogo de suaves graznidos, de cloqueos, de asentimientos y protestas que los vecinos escuchaban diariamente —una reja separaba el jardín de la carretera—, sin curarse de su asombro, no porque don Ulises fuera capaz de dominar el lenguaje de los animales, sino más bien por demostrarles una solicitud y una comprensión amistosa que nunca reveló en su trato

con ellos.

LOS HOMBRES, como la luna, tienen dos caras. Una permanece voluntariamente sustraída a las miradas y a las más finas inquisiciones; otra, la visible, es de tal modo compleja, encierra tantas contradicciones bajo los accidentes comunes del rostro, que aún para los que tenemos acceso a la mitad vedada, es casi imposible penetrar en el sentido de esos dos rostros sin incurrir en graves deformaciones.

La cara oculta de don Ulises, la de su amor por Elena, la de su ambición y la de su odio, permanecerá siempre en la sombra. La que mostraba al mundo no es otra cosa que un dibujo enmarañado, un conjunto de líneas arbitrarias donde se mezclan el orgullo del propietario, la fantasía del cuentista y del creador de riquezas, la inclinación a los pavorreales y a las ametralladoras y la crueldad indiferente con que abrumaba a los opositores de sus designios.

Sin embargo, esas líneas cruzadas, brutales o finas, sencillas o barrocas, tienen un contorno, dibujan una figura reconocible y esta figura no puede ser otra que la del cacique. Don Ulises, con todas sus contradicciones, era en el fondo el amo indisputable de una extensa región, el dueño de los destinos y las fortunas de millares de hombres, la pieza clave del juego político, el hombre fuerte de Tajimaroa. Todo esto, Monseñor, existía, triunfaba a despecho del odio creciente del pueblo, era una realidad operante, viva, indestructible, una voluntad de dominio que como la de los reyes absolutos, se extendía majestuosa y divinamente arbitraria, fuera de las leyes y de las convenciones.

En efecto, la impresión que todavía a fines de 1958 dejaba don Ulises era la de una milagrosa supervivencia. Cronos había devorado a su mujer, a sus iniciales compañeros de correrías armadas, a la primera generación de sus vasallos, y él vivía exactamente como pudo haber vivido en 1930, es decir, con la ametralladora en la mano, la misma ambición de mando y las mismas recetas. «Mi política — acostumbraba decir— es la política de las tres pes: plata para mis amigos, palo para los descontentos, plomo para mis enemigos.»

Este lema que le había dado desde los comienzos de su carrera una reputación siniestra, posiblemente al correr de los años se había suavizado y la última parte, la que se refería al plomo, sólo quedaba como una advertencia, en tanto que las dos primeras seguían vigentes según podía atestiguarlo el caso de Manuel y la forma en que medraban los caciquillos de los alrededores.

Para el vencedor del tiempo, su origen de hombre del pueblo, su juventud miserable, ya no contaban. Vivía el presente de un modo soberbio derrochando su vitalidad en los agotadores juegos del amor y de la política, sin darse cuenta que los tiempos habían cambiado y que era un viejo de 63 años a quien sus relaciones con Elena exigían un esfuerzo incluso superior al de su privilegiada constitución, según pude advertir el día que bautizó a su primer hijo. Elena estaba de pie junto a la pila

bautismal y sostenía en sus brazos, con azoro, el paquete de carne rojiza que chillaba al sentir el agua fría sobre su cabecita. Su aspecto era el de un provinciano endomingado. Vestía un traje nuevo y la corbata mal anudada le producía visibles molestias. Sus ojos grises se clavaban en la muchacha y en su mirada se leía, con la sorpresa no mitigada de que Elena hubiera recobrado su línea graciosa y flexible, el incendio oscuro —ese incendio turbador de los sexagenarios— que lo devoraba.

El círculo se había cerrado. Un violento deseo de amor, una timidez ante el misterio de la mujer desconocida para el hombre maduro, lo hizo abandonar a su anciana compañera y forzar las puertas del paraíso con que sueñan los adolescentes. Doña Paula lo sabía todo y aceptaba con resignación su destino, un destino que por lo demás compartían fatalmente la mayoría de las ancianas y no pocas jóvenes de Tajimaroa, pero esta mujer desvalida, ignoraba entonces que su dolor y su vilipendio estaban siendo vengados. El tiempo iniciaba su desquite y don Ulises pagaba ya sus triunfos con los celos, con una creciente y fatigada impotencia, en una palabra, con esa grieta casi imperceptible que amenazaba destruir las razones mismas de su orgullo.

TAL VEZ Su Ilustrísima conserve aún memoria de las señales que precedieron el nacimiento de nuestro volcán. Las aves de corral y los pájaros se mantenían despiertos en las noches; los perros aullaban, el suelo se movía suavemente y por las tardes una niebla rojiza cubría el angosto valle donde una semana después surgiría, vomitando fuego y ceniza, el Parícutín.

Los habitantes de esa antigua región volcánica, azotada por los sismos no le daban importancia a la niebla, no les preocupaba que la tierra bailara un poco más de lo acostumbrado, ni creían oportuno que el telégrafo, situado a 30 kilómetros, en Uruapan, funcionara sólo porque las aves locales no lograran conciliar el sueño satisfactoriamente.

Algo semejante a todo eso ocurría en Tajimaroa. El odio al cacicazgo se había recrudecido y la gente se refería a don Ulises con una insistencia y una irritación desusadas. Venían los feligreses al curato, principiaban a referirme sus eternos problemas dando vueltas al sombrero o retorciendo el rebozo en las manos nerviosas, y sin que viniera a cuento saltaba el nombre de don Ulises.

El carrusel montado por el cacique, el desfile ritual, las trampas electorales, las diarias vejaciones, giraba continuamente y era inútil que los vecinos trataran de escapar, retrocedieran veinte o treinta años porque el carrusel proyectaba sus imágenes a los más escondidos repliegues de su conciencia, y esa monotonía deletérea, cruel e inexorable, los sumía en un paroxismo, en un estado de rabia constante cuya peligrosidad ellos no admitían debido tal vez a que desde niños habían vivido irritados y coléricos.

—¿No se cansarán nunca de referirse a don Ulises? —les decía.

—Es una enfermedad como el paludismo —respondían—. La llevamos en la sangre.

—No podemos más, señor cura. ¿Qué hace con nuestro dinero? El palacio —nunca dejaban de darle ese nombre al caserón destartado del ayuntamiento— se cae a pedazos, las calles, usted las ve, están llenas de baches, no hay policía, ni jardines, ni siquiera una biblioteca donde estudien nuestros hijos.

—¿Y los pistoleros? Escandalizan en las cantinas, nos llaman cobardes y si protestamos, nos meten a la cárcel.

—Ayer —se quejaba otro— me pusieron una multa. Una multa injusta, puede usted creerlo, por venganza, sólo por negarme a venderle un terreno a don Ulises, y esto, señor cura, yo no lo perdono...

—Bien —les decía interrumpiéndolos—, ¿y qué piensan hacer?

—No lo sabemos —murmuraban turbados—. Somos un pueblo de gallinas y en eso tienen razón los pistoleros de don Ulises.

Pasaba frente a la tienda de la plaza y el gordo comerciante, con las tijeras

colgadas a la cintura, me alcanzaba en la puerta:

—Señor cura, mañana es el aniversario.

—¿El aniversario? —preguntaba extrañado.

—El aniversario de la muerte de mi hijo. El que asesinaron los pistoleros de don Ulises.

Llegué a pensar —mi estado de ánimo era cercano a la desesperación— que la gente hablaba del cacique, no con el propósito de desahogarse, sino con el de mantener encendida la llama de su odio. Ese conjunto de ofensas reales o imaginarias, constituía su diario alimento. En el mercado, en la plaza, en las tiendas, en las aceras, cuando sacaban las sillas al fresco y organizaban sus tertulias, se les veía, con las cabezas inclinadas —le tenían miedo a los delatores—, entregados a desmenuzar sus agravios, a masticarlos incansable, incesantemente, por lo que nuestro pueblo daba la impresión de haberse convertido en un gigantesco molino de odio o en un establo donde se rumiara un pienso inagotable de agravios y rencores.

Como en mis tiempos de vicario, los llamados a la resignación, a la cordura, a la caridad cristiana, sólo servían para fermentar más aquella masa árida y terminé —ahora recuerdo desdeñosamente ese nuevo esfuerzo— por inventarme una línea que separara en dos campos claramente delimitados, el poder religioso y el poder civil, pero esta convención era también un artificio inadecuado ya que no sabemos dónde principia uno y dónde termina otro y cómo se interfieren en la vida de un pueblo.

La fuerza brutal del cacicazgo, su imposición que destruía la idea de justicia y de libertad, el hecho mismo de que el poder civil fuera el patrimonio de los forajidos y no de los virtuosos, imponía una subversión de los valores morales contra la cual yo no podía luchar a menos de abandonar mi campo y transformarme en un rebelde.

Mi culpa tal vez consistió en no solicitar oportunamente su consejo, pero ¿qué solución podía haberme ofrecido Su Ilustrísima? En donde hay un cura rural hay siempre un cacique y el dilema es éste: o se le acepta o se le combate, o se es un conformista o se es un cristiano verdadero. No había problemas religiosos en mi parroquia. Los niños nacían y eran bautizados; los jóvenes se enamoraban y organizábamos sus bodas; no moría un enfermo sin recibir los sacramentos y trabajábamos día y noche diciendo misas, enseñando la palabra de Dios en las rancherías apartadas, aunque la gente, Monseñor, hubiera preferido un poco menos de culto y de doctrina y un poco más de justicia y de libertad. El mal estaba ahí, como un tumor que los hacía vivir preocupados y llenos de rabia y como la religión era incapaz de extirparlo, se desatendían de ella y en el fondo principiaban a mirarme con desconfianza.

Me negaba a entender que aquella irritación, aquel deliberado cultivo del odio, estaba sirviendo oscuramente a su deseo de libertad. No descubría la relación oculta entre dos sentimientos aparentemente divorciados, pero sentía de un modo instintivo que habíamos rebasado los límites de la tolerancia y que un grande y misterioso peligro nos amenazaba.

ASÍ LAS COSAS, una tarde de mediados de noviembre, estalló un incendio en la montaña. A las 7, desde mi claustro, pude ver el círculo de fuego que avanzaba en las faldas lejanas y la humareda remontarse e invadir el cielo estrellado.

Una hora más tarde, los ingenieros y capataces de la compañía maderera andaban en el pueblo reclutando voluntarios para extinguir el incendio. Sin que nadie me lo pidiera mandé tocar a rebato, alquilé diversos camiones y en el *jeep* de la parroquia me trasladé a la montaña. Cuando llegué ardían dos kilómetros de bosque, los pinares contiguos se estremecían presintiendo la amenaza, y el pasto seco, ese pasto cargado de espigas que en el verano mezcla su dulce aroma al de la yerbabuena y el tomillo, se quemaba crepitando y retorciéndose.

Los feligreses —no menos de quinientos— derribaban a hachazos los pinos o armados de gruesas ramas de encino luchaban contra las llamas sin importarles las quemaduras, ni los troncos que de tarde en tarde caían envueltos en humo y en torbellinos de chispas.

A medianoche se había logrado dominar el incendio. Los hombres tenían un aspecto extraño. Sus dientes brillaban en las caras negras, empapadas de sudor, y a pesar del cansancio y de que sus pobres ropas —tal vez las únicas— estaban desgarradas, cantaban alegremente.

Una semana después *El Diario* de Morelia publicó una noticia inesperada: La compañía maderera, deseosa de manifestar su gratitud «a los espontáneos salvadores de nuestra riqueza forestal» —según decía el anuncio—, había decidido recompensarlos depositando la suma de veinte mil pesos en el Ayuntamiento para que fuera «este respetable cuerpo», el encargado de su distribución.

Los vecinos, sorprendidos —habían trabajado desinteresadamente y sin aguardar ninguna recompensa—, creyendo tener el dinero en su bolsa, nombraron una comisión encargada de cobrarlo, pero los días transcurrían, la comisión perdía el tiempo en hacer antesalas, y el Alcalde retenía la suma alegando diversos y fútiles pretextos que sólo aumentaban la irritación del pueblo.

El diez de diciembre, casi un mes después de sofocado el incendio, se anunció oficialmente que los veinte mil pesos se habían destinado a saldar la vieja deuda contraída por el Ayuntamiento con motivo de las obras del agua potable, y este nuevo fraude —las obras en cuestión se habían pagado mediante excepcionales contribuciones y sin que nunca se le rindieran cuentas al vecindario— se unió a la cadena de los pasados fraudes y la tensión se hizo insoportable.

Se hablaba del cacique abiertamente, sin que a la gente le importaran las consecuencias, dispuesta a «que saltara todo de una vez», y como era de temerse, don Ulises respondió encarcelando y apaleando a los rebeldes, pues no estaba dispuesto a dejarse faltar al respeto, ni a que un «pueblo de gallinas» pisoteara —fueron sus

mismas palabras— el principio de autoridad.

Iniciábase una época de venganzas y represalias sin término visible, y pensé que mi deber consistía en hablar con don Ulises. Quizá no me quedaba otra salida. Alentaba la esperanza de ser escuchado, de intentar una conciliación y una mañana, no sin hacerme violencia, me presenté en su oficina del aserradero.

ESTABA sentado en el escritorio, cerca de una ventana, bañado por la fuerte luz amarilla del mediodía. Su figura vigorosa parecía hecha de un macizo bloque de madera rudamente desvastado. El cuello corto y sanguíneo soportaba una cabeza redonda, de pelo grisáceo; sus pequeños ojos miraban de frente, con dureza, bajo las cejas espesas; el pecho levantaba la camisa de lana y se veía más ancho de lo que era en realidad a causa de la desproporción que existía entre la amplitud del hercúleo torso y la pequeñez de las piernas corvadas por la costumbre de montar a caballo.

A pesar de sus 63 años, la piel bien afeitada de la cara no mostraba excesivas arrugas. Se movía pesada y seguramente, como un jefe acostumbrado a mandar y a ser obedecido sin réplica, y hablaba de prisa —había nacido en Veracruz—, sin acento costeño, con una voz ronca y agradable que dulcificaba la dureza de sus ojos.

Al verme en la puerta, se levantó y me ofreció una silla.

—Siéntese, señor cura, y dígame en qué puedo servirlo.

—Don Ulises, me hace falta madera para techar la escuela de San Bartolo y pensé que usted podría hacerme ese regalo.

—Cuenta usted con ella. Uno de mis camiones la llevará mañana a San Bartolo.

Sobre el escritorio descansaba una ametralladora, dos o tres cargadores, una aceitera y estopa —cuando yo entré se ocupaba en limpiarla—, y en la pared se alineaban rifles y escopetas de caza.

—Me sorprende usted con las manos en la masa —exclamó—. Estará usted pensando, el cacique prepara un nuevo asalto ¿no es así?

—Don Ulises, ¿para qué quiere usted las armas?

—No podría vivir sin ellas. Son mi «hobby» como dicen los americanos.

—Es un «hobby» mortal, don Ulises.

—Según se vea. Hace muchos años, por qué no decírselo, la pobreza me obligó a salir de Veracruz y a buscar mi vida en otra parte.

Se acercó a la ventana y miró largamente el paisaje:

—Pasé por aquí, y me gustaron esos montes, esos pinares verdes, esos claros donde pasta el ganado. ¿Es usted de Zinapécuaro? —agregó volviéndose.

—Soy de Zinapécuaro y comprendo muy bien su fascinación por esas montañas.

—¿Fascinación? —se preguntó a sí mismo—. Ésa es la palabra justa que buscaba. Me fascinaron los montes. Tenía una hacha comprada de segunda mano y me hice leñador. Mire usted mis brazos, señor cura —se arremangó la camisa de lana mostrándome sus brazos musculosos cruzados de venas salientes—, con ellos derribé millares de pinos. Trabajaba como un loco y ¿sabe usted para quién trabajaba? Para los que tenían ametralladoras y pistoleros y compraban los bosques a los indios por una miseria y pagaban a sus hacheros salarios de hambre. Aprendí pronto la lección, señor cura. Compré una ametralladora, me rebelé contra los bribones y entonces me

respetaron. En México, a un hombre sin pistola se le desprecia —concluyó pensativo al mismo tiempo que extendía sus manos pecosas (en la izquierda abultaba el muñón del dedo índice mutilado desde su época de leñador) como si buscara la protección de la ametralladora.

—Aquéllos, don Ulises, y perdóneme que le hable con la misma franqueza, eran otros tiempos. Nadie sufre hoy el verse sometido por la fuerza y menos por la fuerza de las armas.

Dejó de reír y su cara se endureció:

—Explíquese claramente, señor cura; no sé si se trata de una indirecta o de un sermón.

—Con usted no valen los sermones ni las indirectas. Es una advertencia. El pueblo principia a cansarse de usted y de sus pistoleros.

—¿Qué pistoleros?

—El Presidente Municipal, el Secretario, el Comandante de Policía, los regidores...

—Me parece que usted sufre una confusión. Una cosa son las autoridades municipales y otra lo que llama usted mis pistoleros.

—Don Ulises, olvidemos este juego de ironías innecesarias. Como cura de Tajimaroa he venido a decirle que el pueblo lo odia y que este odio puede resultarle peligroso.

—¿Por qué me odia? Yo soy respetuoso con todos.

—Lo odia porque usted impone desde hace treinta años a las autoridades.

—Señor cura —estalló dando un manotazo en el escritorio—, no meta usted las narices en la política como yo no las meto en su parroquia. A usted le calientan la cabeza los despechados.

—No es mi actividad la política. Sólo vengo a advertirle la existencia de un peligro real, de un descontento creciente que no debe desdeñarse.

Su cólera desapareció adoptando un tono conciliador.

—Sin ambages, dígame usted, señor cura, ¿qué es lo que quiere la gente?

—Quiere libertad... Es decir, algo que nunca ha tenido.

—Ya salió la palabra que esperaba oír desde el principio. La ¡libertad! No, señor cura, perdóneme que se lo diga, usted no conoce a sus feligreses. Son demasiado estúpidos, demasiado serviles para comprender lo que significa la libertad y para saber aprovecharla. Los mexicanos le tenemos miedo a la libertad.

Hablaba con firmeza y daba la impresión de que el tema le fuera familiar. Sus palabras me llenaban de asombro. Aquel hombre apoyado en la ametralladora, hablaba como el Gran Inquisidor de Sevilla, tal vez sin haber leído el poema de Dimitri Karamazov.

—¿Qué harían sus feligreses si yo abandonara Tajimaroa, si estuvieran en libertad de nombrar a sus propias autoridades? —preguntó exaltándose a medida que hablaba—. Escogerían al peor explotador, al más ambicioso, al más reaccionario y

terminarían por desear mi vuelta y por atribuirme cualidades de que carezco. ¿Lo duda usted? Le pondré un ejemplo. Tuvimos a un déspota, a un tirano que gobernó el país durante treinta años con mano de hierro: se llamaba Porfirio Díaz. En su dictadura no había libertad de prensa, ni libertad política, ni libertad personal. Los campesinos eran siervos de los señores feudales; el ejército reprimía a tiros las huelgas de los obreros hambrientos. Los periodistas que luchaban contra la dictadura estaban en la cárcel. Un día llegó un hombrecito rico, un hombrecito idealista, mencionó la palabra libertad, esa palabra que a usted le gusta tanto, y con sólo mencionarla derrocó al tirano. Meses después, ese hombrecito que le dio a México su anhelada libertad, principió a ser odiado y escarnecido. Los periodistas, sin el estorbo de la mordaza y sin el peligro de morir asesinados en la cárcel, se burlaban de él cubriéndolo de ridículo; los ambiciosos, ya despojados de sus cadenas, organizaron rebeliones para adueñarse del mando; los campesinos y los obreros se levantaron contra su libertador porque querían pan y no libertad y el hombrecito terminó asesinado. Dos, tres, cinco años después de muerto, el pueblo no se acordaba de su libertador, de su apóstol, y en cambio sentía nostalgia de su verdugo, de aquel viejo infame que sostenía campos de concentración y hacía que se pudrieran en vida los enemigos de su dictadura. Ha pasado medio siglo y siempre que en los cines se proyecta la figura de Porfirio Díaz cubierta de chatarra, la gente se estremece de orgullo y aplaude entusiasmada, porque no desea libertad sino autoridad, no desea democracia sino hombres fuertes a quienes obedecer y reverenciar como lo ha hecho desde los tiempos del Emperador Moctezuma. Entre nosotros la libertad es un sueño o es una pesadilla, pero nunca una realidad.

—Usted se equivoca, don Ulises. México no es una excepción. A semejanza de todos los países, ha luchado heroicamente por la libertad, sólo que nunca ha logrado conquistarla. En la hora del triunfo, sus libertadores se han convertido en sus nuevos opresores y lo han defraudado, de modo que nuestro pueblo es un pueblo que no ha disfrutado una hora de libertad, que se ha sacrificado por ella y se la han escamoteado, se la han robado en una forma o en otra, lo cual no ha hecho sino aumentar su deseo y su hambre de poseerla. Otros pueblos civilizados se han mostrado tan ansiosos de entregar su libertad como sus padres lo estuvieron de combatir por ella, pero éste no es nuestro caso. Privados de lo que se juzga un bien supremo, la libertad, a los ojos de los que padecen opresión y despotismo, conserva todo su prestigio intacto, toda su magia y toda su esperanza.

—La autoridad necesita la fuerza para existir y consolidarse y todos engañamos a la gente. Usted mismo, señor cura, es mi cómplice a pesar suyo. Usted vive del milagro falso, del misterio, y usted fomenta las supersticiones para mantener al pueblo engañado. ¿Acaso no aceptó la profecía de las tinieblas? ¿Acaso su papel, el papel de la Iglesia mexicana, no ha consistido en aliarse a los poderosos y en predicarles a los oprimidos resignación, ofreciéndoles a cambio de sus miserias terrenales, los goces del paraíso celestial? ¿Por qué usted no predica resignación a sus

feligreses para sufrir mi tiranía? ¿Por qué soy un revolucionario? Desde luego no somos perfectos, yo lo reconozco, pero hemos dado la tierra a los campesinos y hemos libertado a los obreros. Mantenemos la paz un poco a la fuerza porque si esta fuerza se quebrantara, téngalo bien presente, nos hundiríamos en el caos y en la más terrible de las anarquías.

—Yo no engaño a nadie ni le pongo a nadie la pistola en el pecho para que cumpla sus deberes de cristiano, don Ulises. Soy un cura de aldea, un cura que ha nacido y que ha compartido la vida de los oprimidos. Estoy en contra de los poderosos, llámense reaccionarios o revolucionarios; creo en los dogmas de mi religión y trato de hacer menos dura la existencia de los pobres y de los que sufren injusticias y vejaciones. Todos somos culpables y todos somos pecadores, yo lo reconozco también humildemente. La gente me busca porque encuentra en la religión un consuelo, porque ella significa una fuerza espiritual, un escape a la injusticia y a la miseria en que siempre ha vivido.

—Antes vivían peor, debe usted confesarlo.

—No pasa medio siglo inútilmente. Al obrero ya no lo explota despiadadamente el patrón, pero lo explota y lo mantiene sujeto el líder revolucionario; al campesino se le ha libertado de su antiguo señor feudal, pero sigue siendo esclavo de su miseria, de su aislamiento y de su ignorancia. Usted, don Ulises, no puede ignorar todo eso, como no puede ignorar las condiciones reales en que vive el pueblo de Tajimaroa.

—Yo le di el agua y la luz eléctrica.

—No soy su enemigo, ni su cómplice, ni su aliado. Soy el cura de Tajimaroa, un sacerdote que penetra, muchas veces con repugnancia, en el secreto de los corazones y por eso he venido a decirle: Don Ulises, corre usted un grave peligro y aún está a tiempo de evitarlo. Despida a sus hombres, renuncie a la ametralladora, convoque a elecciones libres, gánese el cariño y el respeto del pueblo.

—Gracias por su consejo —contestó riéndose forzosamente—. Oye usted a la gente más reaccionaria, a la más despechada y no oye a mis campesinos ni a mis obreros. Si quisiera, en dos horas, tendría aquí a dos mil hombres armados y dispuestos a defenderme. No, señor cura, nuestros métodos son distintos. Yo no creo en los suyos y tampoco trato de modificarlos, usted no cree en los míos y se empeña en darme lecciones de gobierno.

—Siento haberlo molestado —me excusé dando por concluida la entrevista.

—¡Dícales a sus feligreses que Ulises Roca no se irá de Tajimaroa, ni despedirá a sus hombres, ni renunciará a su ametralladora! —gritó encolerizándose nuevamente—. Dícales que no me importa su odio, ni sus habladurías. Hace treinta años me detestan pero vienen a sentarse en esta oficina y a pedirme favores y empleos, y a rogarme que sea el padrino de sus bodas o de sus bautizos y a hablar mal los unos de los otros y a contarme sus historias y sus vergüenzas y a inclinarse delante del cacique al que llaman asesino y ladrón.

Me detuve en la puerta.

—¿Es que nunca llegaremos a entendernos?

—Resulta difícil. Su reino, en todo caso, no es de este mundo. El mío está aquí, en este pueblo, y sé la manera de gobernarlo.

—Nada tengo que añadir.

—Vaya usted con Dios, señor cura. Mañana tendrá sin falta su madera en San Bartolo.

No volví a la casa de don Ulises. Poco después de mi entrevista se inició la lucha que habría de arrebatarse el poder y esta coincidencia vista como una prueba de complicidad, determinó que abandonara la lista de los tibios y pasara a figurar en el índice de los rebeldes y de los descontentos.

ENTRETANTO llegaron las vacaciones. Los jóvenes que estudian en Morelia y en México habían regresado a sus casas y las muchachas se prometían sus dos meses acostumbrados de paseos y de pláticas en la ventana, sin que los tristes adioses y las amargas lágrimas derramadas con abundancia en la hora de la partida —epílogo fatal a todo período de vacaciones— logran enfriar sus iniciales entusiasmos.

Pronto se advirtió que ese año los estudiantes habían cambiado mucho. En vez de rondar las ventanas o de organizar serenatas —en invierno no escaseaban las músicas callejeras—, sostenían misteriosas reuniones a puerta cerrada.

Abundaron, como Su Ilustrísima supondrá, los comentarios y las habladurías. Algunos vecinos hablaban de oscuras maniobras anarquistas o bolcheviques —eran los dos términos que más se escuchaban—, otros juraron que se trataba de fabricar máquinas infernales y no faltaron piadosas versiones en el sentido de que las juntas eran sólo un pretexto para encubrir partidas de juego o en el mejor de los casos, sesiones de magia y de espiritismo.

El misterio se aclaró a medias una semana más tarde. Los jóvenes alquilaron un viejo salón abandonado, llevaron mesas y bancos y sobre la puerta colocaron un rótulo que decía: *Asociación Estudiantil de Tajimaroa*. Lo extraño de todo era que a las juntas de la Asociación no concurrían precisamente estudiantes, sino obreros, comerciantes de la plaza, choferes y artesanos que noche a noche llenaban el salón y se estaban hasta la madrugada pronunciando discursos exaltados o discutiendo problemas políticos con una franqueza desconcertante.

Me preguntará Su Ilustrísima en qué consistían esas reuniones estudiantiles. Al principio yo lo ignoraba todo. Un farmacéutico de la plaza hizo la siguiente e inesperada alusión:

—Señor cura, estoy asombrado y confuso ante la determinación de los estudiantes. Figúrese usted. Se han propuesto acabar con el cacicazgo.

Mis sentimientos eran más o menos los del farmacéutico. La vida me había enseñado a sobrellevar resignadamente la brutalidad de los poderosos y juzgaba peligrosa y estéril la determinación de los estudiantes. ¿Qué pueden hacer ellos —me preguntaba— en contra de las argucias y de las influencias de don Ulises? Detrás de él, como en un juego chino, está un cacique mayor y detrás de este cacique uno de mayor estatura que dispone de la policía, del ejército, de los jueces y de las leyes. Su audacia era un desahogo juvenil, un torpe sueño de libertad que se ahogaría ridículamente en un charco de sangre como se han ahogado otros sueños a lo largo de nuestra historia.

Los jóvenes, afortunadamente, no veían las cosas con ese pesimismo. Manuel Espino estaba al frente de los rebeldes y quince días después de haber organizado la Asociación me mandó una carta, mejor dicho un papel con dos líneas que decía:

«Señor cura: No lo visito para no comprometerlo. Esté usted tranquilo. Las cosas marchan bien y el cacique será derrotado antes de lo que usted imagina. Espere mis noticias y deme su bendición. *Manuel Espino.*»

Manuel, en efecto, me tuvo informado de todo lo que ocurría en las juntas a través de diversas personas, y más tarde, cuando ganó la lucha, me hizo un relato pormenorizado de lo que sucedía en las reuniones.

(Cito casi literalmente un fragmento de discusión capaz de darle a Su Ilustrísima una idea del espíritu que distinguía a esas juntas.)

Afirmaba Manuel:

—Exigimos libertad para nombrar a nuestras autoridades.

Los obreros y los campesinos se rascaban la cabeza y abrían la boca sorprendidos.

—Sí —respondían—, eso es lo que deseamos hace treinta años, sólo que no es fácil.

Manuel lanzaba una carcajada:

—¿Diez hombres pueden dominamos? ¿A nosotros? ¿A un pueblo de quince mil habitantes?

Se sentían mal dentro de sus chaquetas de pieles raídas. Movían los pies y se agitaban en las sillas.

—¿Qué hacer? ¿Qué hacer? —preguntaban.

—Ante todo, perder el miedo.

Un obrero se levantó. Sus manos se aferraban al respaldo de la silla delantera con tanta fuerza que la madera crujía. Hablaba mirando al suelo, concentrado y resuelto:

—Manuel —comenzó—, escucha lo que voy a decirte. Yo soy un obrero. Gano 12 pesos diarios y con ese dinero sostengo a mi mujer y a mis dos hijos. No tengo miedo a ser golpeado, no tengo miedo a perder el empleo, no le tengo miedo a don Ulises, pero eso no basta. Con el valor únicamente no se va a ningún lado. Contesta la pregunta de todos: ¿Qué has pensado hacer realmente? ¿Cómo derrotarás a don Ulises?

—Tienes razón —dijo Manuel cuando el obrero terminó de hablar—, el valor no basta. Es necesario, además de ser valientes, estar organizados. ¿Preguntas lo que haré para derrocar al cacique? Haré que el pueblo se una como un solo hombre y reclame justicia.

—Nunca he visto la justicia en Tajimaroa —gritó un viejo comerciante—. No sé con qué se coma eso que llamas justicia.

—Justicia es estar gobernados por hombres decentes; justicia es saber cómo se gasta el dinero del pueblo: justicia es vivir en paz y sin temores. Justicia es tener una biblioteca, un gimnasio, un jardín para los niños, pavimentos...

—Las calles están hechas un asco —dijeron varios—, corremos el peligro de rompernos una pierna en la noche.

—Necesitamos carros de basura —sugirió un vendedor del mercado.

—Eso, eso, carros de basura. Son muy importantes los carros de basura —

coreaban los asistentes animados.

—Todo lo que no hemos tenido en 35 años y que podríamos comprar con nuestro dinero.

Su Ilustrísima juzgará, por este fragmento, que los estudiantes no pedían la luna, sino cosas muy simples, cosas tan vulgares como un carro de basura o tan indispensables como liberarse de las humillaciones, de las burlas y de los saqueos del cacicazgo. Pedían respirar un poco de aire limpio, más servicios y menos pistolas, libros en vez de borracheras y un gimnasio en lugar de tabernas o de camionetas charoladas.

DON ULISES no le dio importancia a las reuniones. En su fuero interno se sentía un gigante, un hombre excepcional rodeado de pigmeos a quienes le bastaba enseñar su ametralladora para hacerlos huir acobardados. Creyó que la rebelión juvenil le permitía abrir una necesaria válvula de escape —la caldera política había estado en ebullición demasiado tiempo—, y que a cambio de tolerar unos cuantos gritos y de escuchar unos tediosos lugares comunes sobre democracia y municipio libre, podría hacerse de una lista que comprendiera, sin faltar uno, a los más peligrosos enemigos de su régimen.

Si el cacique hubiera leído a Fausto habría exclamado frotándose las manos: «... Os lo perdono, buenos niños. Tenedlo presente. El diablo es viejo: envejeced pues para comprenderlo».

Sólo que don Ulises se había llenado de grasa y su impotencia le vedaba asestar los bonitos golpes armados que tanta fama le habían dado en los inicios de su carrera. Mientras continuaba entregado a las partidas de dominó y a la placentera frecuentación de su segunda familia, Manuel se ganaba la voluntad del pueblo. Él y sus compañeros visitaban casas, tiendas, sindicatos, arrastraban a los tímidos, exaltaban a los convencidos, seducían a los vendedores del mercado el salón de sesiones resultaba estrecho para contener el número creciente de sus partidarios. El pueblo cobraba conciencia de su fuerza. Sabía que sus enemigos habían podido explotarlo porque estaban desunidos y esta sencilla verdad hacía que estuvieran dispuestos a no desertar y a morir con tal de aniquilar el cacicazgo.

Yo veía crecer el incendio y no hacía nada por extinguirlo. Me mantenía agazapado detrás de mi línea divisoria, pero sería engañar a Su Ilustrísima decir que presenciaba la lucha imparcialmente. Deseaba la victoria de los jóvenes y no sólo oraba por esa victoria sino que llegué a recomendarles fortaleza y a considerar la tentación —sólo fue una tentación— de unirme a los conspiradores.

CUANDO don Ulises quiso reaccionar, ya era tarde. El mismo día que ordenó encarcelar a los estudiantes, acusándolos de comunistas, una columna rebelde de mil hombres salía a la ciudad de Morelia. Yo tuve la oportunidad de verlos. Desfilaban arracimados en autobuses, en destartalados cargueros, en autos particulares y de alquiler, llevando banderas y cartelones. Las mujeres salían de sus casas a despedirlos y los muchachos gritaban:

—Tengan confianza. Pronto seremos libres.

Un hombre lloraba en la acera.

—Ah, señor cura —me dijo—, lo que no hicimos los viejos en 30 años lo han hecho los jóvenes en dos semanas. Es un milagro de la Virgen.

—Sí —le contesté—, luchar en México por la libertad es siempre un milagro.

Siento no haber estado en Morelia ese día. A nuestras gentes se unieron los universitarios de San Nicolás, algunos obreros, muchos curiosos, y todos juntos, con sus banderas y sus cartelones, marcharon impetuosamente hacia el palacio del gobernador.

La policía no logró impedir que los manifestantes invadieran el patio. Los burócratas salían a la puerta de sus oficinas asustados y los soldados, encargados de la guardia —una veintena a lo sumo—, se alinearon indecisos esperando las órdenes de sus oficiales.

Diez minutos después, un coronel bajó apresuradamente la escalera y se dirigió al grupo de los dirigentes que permanecía aislado en medio patio.

—El Gobernador —anunció— se encuentra fuera de Morelia, pero el Secretario de Gobierno hablará con una comisión de seis estudiantes.

El Secretario recibió a los muchachos en su oficina:

—Señores, ¿a qué se debe este desorden? No necesitaban organizar una manifestación para ser oídos del gobierno.

—Señor Secretario —respondió Manuel adelantándose—, hace años pedimos justicia y el gobierno nunca ha querido escucharnos.

—Concreten sus peticiones.

—Pedimos libertad para nombrar a nuestras propias autoridades.

—Existe en Tajimaroa un ayuntamiento legalmente constituido.

—El ayuntamiento, señor secretario, ha sido nombrado en contra de la voluntad del pueblo por el cacique Ulises Roca.

—No me consta ese hecho. En todo caso, debemos esperar a las próximas elecciones.

—De ningún modo. Estamos cansados de promesas que nunca se cumplen. ¿Sabe usted cuántos años tiene de ejercer su cargo el Presidente Municipal?

—Hay más de cien municipios en el estado y no tengo esos datos en la memoria.

—Ocho años. El secretario, quince; el tesorero, veinte; los regidores, cuatro o cinco y ya los vomitamos.

—Se dejan ustedes llevar por la pasión. Más que gritos y manifestaciones, debían formular cargos. ¿Traen un memorándum, una queja escrita, una acusación detallada?

—¿Un memorándum? —saltó Manuel—. Hemos enviado docenas y los han archivado.

—El gobierno no dicta resoluciones en el aire. Exigimos pruebas, hechos capaces de ser verificados.

—¿Exige usted pruebas? La mejor prueba es nuestra ciudad. Vaya usted a Tajimaroa. No hay drenajes, ni banquetas, ni carros de basura. Las calles son terregales o lodazales según el tiempo; los niños carecen de jardín y los estudiantes de biblioteca.

—Así hay docenas de pueblos en Michoacán, en todo el país, y esta situación no siempre es imputable a las autoridades. México es una nación muy pobre.

—No falta el dinero, señor secretario, pero ese dinero no beneficia a Tajimaroa sino al grupo de Ulises Roca.

—Deben probar esas acusaciones. El gobierno está dispuesto a emprender una investigación y yo les prometo que se hará justicia. Depondremos a los culpables.

—Muy bien —dijo Manuel—. ¿Cuándo principia la investigación?

—Son cosas que se llevan algún tiempo.

—Estamos cansados de esperar, señor secretario. Exigimos hoy la deposición del ayuntamiento, no mañana.

—No toleramos exigencias.

—Nosotros hemos tolerado 30 años el cacicazgo. O el gobierno echa al ayuntamiento o lo echamos nosotros.

—¿Es un ultimátum?

—Sí señor, es un ultimátum respetuoso.

—Ustedes, jóvenes, olvidan que el gobierno tiene la fuerza. No nos asustan las amenazas.

—Usted en cambio olvida lo que ha dicho el Presidente de la República. ¿Sabe usted lo que ha dicho?

—Bueno, ha dicho tantas cosas... —sonrió el secretario para disimular su turbación.

—Sería conveniente recordarlo: «Los caciques duran hasta que los pueblos quieren.» Nosotros ya no queremos el cacicazgo y tendrá que dejarnos en paz. Eso es todo.

EL GOBIERNO accedió a tratar lo que después habría de llamarse «el caso de Tajimaroa». Esa misma tarde el Oficial Mayor abandonó Morelia y llegó en la noche, escoltado por la gente que asistió a la manifestación.

Los vecinos se lanzaron a la calle llevando antorchas y las agitaban y gritaban enardecidos:

—¡Vivan los estudiantes! ¡Muera el cacique Ulises Roca!

Parecían haber salido del Purgatorio, y en efecto, Monseñor, yo concibo ese lugar de tormentos como una aldea mexicana donde todo fuera sórdido, donde el reposo se manchara a fuerza de alcohol y de pornografía, y donde reinara un cacique rodeado de pistoleros, de pequeños hombres crueles, analfabetos y lujuriosos, que engordaran montados sobre la espalda de unos esclavos fatigados y miserables. Su fatalismo, esa resignación forzada e inquietante, su rencor hacia todo, ya no existían. Los humillados abandonaban el disimulo y gritaban lo que siempre habían querido gritar sin temor a las represalias de don Ulises.

Recuerdo muy bien esa noche. Estábamos en el tiempo del carnaval y había llegado, hacía tres o cuatro días, una especie de feria, pero nadie tenía ganas de llevar a los niños a la rueda de la fortuna o a las barracas que exhiben los monstruos y las gracias, bien conocidas, de payasos y saltimbanquis. Los miembros de la farándula vagaban tristes por las calles y ya pensaban salir en busca de un pueblo más hospitalario cuando la ola de entusiasmo que se abatió sobre Tajimaroa, los arrastró a ellos también. Vistieron apresuradamente los raídos trajes de lentejuelas y pregonaban la excelencia de sus representaciones dando saltos o imitando —ya que era una feria humilde— el rugido de los leones. Giraban los carruseles y las ruedas brillantes de luces, y el sonido alegre de las murgas y de los cilindros se mezclaba a los gritos y a las exclamaciones de la muchedumbre.

He conservado mi gusto de niño por los tragafuegos que lanzan llamaradas de dos metros incendiando la noche, por las contorsiones de los acróbatas, y sobre todo, por esos aguafuertes que se improvisan en las pequeñas fondas y en los puestos de juguetes y de máscaras, de panes y dulces pintarrajeados. A la luz de las antorchas, los velones y los faroles chinescos, surgen rostros pálidos consumidos por la fiebre y envueltos en chales, bocas de labios valientemente modelados, ojos oblicuos cargados de amenazas, niños dormidos cuyas cabezas cuelgan y se balancean peligrosamente fuera de los rebozos con que sus madres los atan a la espalda, y manos delgadas, increíblemente delicadas que agitan sin cesar mosquiteros, cuentan monedas de cobre y ofrecen oraciones, colibríes disecados, cartas de amor, canciones, pastelillos rojos, tamales y cacahuates.

Como otros años, el atractivo de la feria lo constituía «la mujer araña». Un juego de espejos iluminado por una luz verdosa y opaca presentaba la cabeza guillotizada

de la mujer rodeada de largas patas que se movían sobre una grosera tela. El pelo negro, peinado en ondas y en pequeños rizos de los años 20, acentuaba la expresión de la cara, fofa y blanca, una expresión hecha de resignación no desprovista de orgullo profesional y de la irritación que dejaban traslucir los ojos de gruesos párpados semicerrados.

A corta distancia de «la mujer araña», el vestíbulo iluminado del hotel donde se hospedaba el Oficial Mayor, parecía formar parte de la feria. El hombre se destacaba del gentío que lo rodeaba no sólo por su exagerada elegancia —exagerada, claro está, en relación a Tajimaroa—, sino por los poderes mágicos de que se hallaba investido. Las viejas se abrían paso para tocarlo con la punta de los dedos y los vecinos lo miraban ansiosa y temerosamente, como si fuera un mago. En aquel momento se le creía capaz de realizar toda clase de milagros. Con un ademán haría desaparecer el cacicazgo y con otro echaría a volar sobre los tejados, la paloma de la libertad ante el pueblo embelesado, ya que la libertad tenía a los ojos de mis feligreses una forma concreta, tangible y hermosa, que bien podía ser la de una paloma. Pensaban que bastarían algunos formalismos insignificantes: se darían los nombres de algunas personas respetables, las de mayor arraigo en Tajimaroa, luego se reuniría el pueblo y se realizaría la elección del ayuntamiento por el clásico procedimiento de levantar una mano.

—No, no, queridos conciudadanos —exclamó el Oficial Mayor compasivamente—, no puedo acceder a sus peticiones. Tajimaroa está lejos de ser una aldea de 100 habitantes.

—¡Cómo! —gritó Manuel—, ¿no basta que el pueblo se reúna en la plaza y levante la mano en favor de un vecino respetable y querido?

—No basta. Desgraciadamente no basta. Hay una ley que determina, con toda precisión, la forma en que se deben efectuar las elecciones. Es necesario que exista un partido político registrado legalmente. ¿Existe ese partido?

—Sólo existe el partido oficial.

—En ese caso, debemos recurrir a su organización. Ustedes mismos confiesan que es la única.

—Pero, señor —dijo Manuel conteniéndose—, el partido oficial ha impuesto a las gentes de don Ulises durante 20 años y nadie confía en sus procedimientos.

—El sistema para votar en México no lo he inventado yo. Votan las personas, es cierto, pero votan a través de sectores previamente organizados. Ni los sectores se improvisan ni se improvisan los votantes. Eso debe entrarles en la cabeza.

Dos veces, durante aquella interminable noche, pasé frente al vestíbulo del hotel. Los largos brazos gesticulantes del Oficial Mayor sugerían las patas de «la mujer araña» moviéndose para cogernos en su trampa de mentiras y en su cara fofa y blanca de párpados semicerrados, se pintaba la misma expresión de orgullo profesional y de irritación despectiva.

A las cuatro de la mañana cuando la feria había concluido y la gente —vecinos,

payasos, saltimbanquis— dormía en sus casas y en sus barracas, el Oficial Mayor con el ceño fruncido subió a las habitaciones que se le teman preparadas y durmió algunas horas.

La encarnizada discusión se prolongó todavía dos días con sus noches y el dilema era siempre el mismo: o se toleraba el cacicazgo o se elegía al nuevo ayuntamiento utilizando los sistemas del partido oficial.

Los estudiantes parecieron resignarse y la elección se llevó a cabo en la forma aconsejada por el alto funcionario. Votó el sector obrero del partido —los obreros de don Ulises—, votó el sector campesino —los campesinos de don Ulises—, votó el sector popular —los comerciantes, artesanos, empleados, agricultores e industriales que otros años habían votado oficialmente por don Ulises—, y la elección recayó en modestos y respetables agricultores totalmente ajenos a los intereses políticos.

La mañana en que se hizo público el resultado reinaba una gran confusión. Habían llegado soldados de Zitácuaro y el vetusto palacio del ayuntamiento estaba lleno de pistoleros y de campesinos armados que don Ulises había hecho venir de la montaña. Por otro lado, se sabía ya que la noche anterior, un grupo de matones, había recurrido al clásico procedimiento de robarse las urnas electorales; irrumpieron sigilosos en el local donde se guardaban convenientemente selladas, pero en ese momento trescientos muchachos, agazapados en la sombra, les salieron al paso y después de una breve batalla, los ahuyentaron a garrotazos.

El Oficial Mayor no se dio por vencido y, temiendo que el gobierno perdiera la cara, propuso una mediación: serían eliminados el alcalde Guadalupe Cielo y el tesorero Luis G. Bolaños, y conservarían sus cargos, a pesar del voto adverso, el secretario, los regidores y el comandante de policía. Los estudiantes rechazaron la mediación:

—No —dijeron resueltos—, deben salir todos, incluyendo al último policía.

El desconcierto del funcionario era visible. Citaba diversos ordenamientos de la ley electoral, hablaba de unidad revolucionaria y de patriotismo, sostenía largas conversaciones telefónicas con Morelia, amenazaba con recurrir a la fuerza y como sus razonamientos, sus amenazas y su dominio de la ley no lograban apaciguar al pueblo ni resolver el conflicto, vino a reforzarlo un diputado, jefe del partido oficial de Michoacán, que según se decía era un técnico en materias políticas. Hombre persuasivo y astuto, objetó la forma grosera y parcial de la elección, le descubrió numerosos vicios y terminó pidiendo que se levantara un censo de votantes, un censo escrupuloso dentro del cual estuvieran representadas las cabañas y las últimas rancherías de la región, y aquel celo democrático, aquella muestra de respeto al sufragio en un hombre que había sancionado la imposición de unos forajidos sin desplegar los labios, colmó la paciencia de los estudiantes.

Convocaron al pueblo y en media hora la población entera se volcó sobre la plaza. Serían entonces las 5 de la tarde. A las 11 los dos funcionarios se retiraron sin dictar la ansiada resolución y la gente resolvió dormir en la plaza.

Al otro día, las tiendas y los talleres cerraron sus puertas y los vendedores del mercado se sumaron a los manifestantes. La muchedumbre, desde la torre de la iglesia, se veía como una gigantesca mancha multicolor. En las ramas secas de los árboles habían tendido los pañales de los niños, y las señoras de la aristocracia se defendían del picante sol con sábanas y otras ropas de cama. El pueblo desdeñaba esos refinamientos. Hacinado en los prados o en las graderías del monumento a Hidalgo, vigilaba a los pequeños, charlaba o trataba de calentar alguna comida. La calma de todos era perfecta. Parecían estar disfrutando las delicias de un domingo campestre y no lograban inquietarlos siquiera las ametralladoras apuntadas hacia ellos.

Los soldados, con sus cascos de acero, sus verdosos uniformes y sus caras color de barro, de ojos oblicuos y duros labios contraídos, despersonalizados e inhumanos, se ligaban hasta formar una secuencia coherente a los soldados que nos miraban socarrones desde las aceras de Zinapécuaro o a los que nos habían expulsado del seminario.

No sabría decir si eran los mismos. La gente desarmada —ese conjunto de carne blanda— estaba de un lado, dispuesta al sacrificio, y del otro, ese pequeño muro de contención erizado de bayonetas, ese grupo animado de una voluntad destructora, tan viejo y repulsivo que para fijarlo había que remontar el río del tiempo y detenerse en las miradas crueles y en las muecas estereotipadas de los dioses aztecas.

A la caída de la tarde, los pistoleros que integraban el amenazado ayuntamiento y los campesinos armados traídos por don Ulises, asomados a los balcones del palacio o desde las azoteas, gritaban injurias o insultaban a los estudiantes con el fin de provocar una reyerta donde corriera la sangre, pero no eran sus gritos ni sus ademanes obscenos los que me hacían temer una catástrofe sino las miradas hipnóticas de los soldados. Ayer como hoy, un gesto, una sospecha, un grado más de fiebre en su permanente delirio, en su obsesión y en su helada indiferencia hacia la muerte, los hubiera empujado a disparar —esa tentación casi irresistible— contra la muchedumbre hacinada en la plaza.

De este modo —con las ametralladoras en el pecho—, pasamos 48 horas mortales, y sólo al atardecer del segundo día fue que gracias a Dios, las invisibles autoridades en cuyas manos omnipotentes descansa el destino de nuestros pueblos, se dignaron reconocer el derecho de Tajimaroa a designar su ayuntamiento y una ola de júbilo nos sacudió nuevamente. Desaparecieron soldados, campesinos y pistoleros misteriosamente, se echaron las campanas al vuelo y las tiendas abrieron sus puertas. Los estudiantes eran paseados en hombros y todos se felicitaban y abrazaban hasta que les crujían los huesos.

No fui yo, por lo tanto, el autor de esta rebeldía contra lo viejo y lo podrido, aunque debo confesarle a Su Ilustrísima que me hubiera gustado serlo. Mientras se luchaba por establecer el reinado de la moral pública, el pastor de almas, el cazador de los sucios pecados individuales, bendecía las velas, las resinas y los fósforos, y

hacía creer a la buena gente que las tinieblas descenderían sobre el mundo cuando otras sombras más densas desbordaban sus corazones.

LA ASOMBROSA victoria de Manuel —y la llamo asombrosa porque nunca había ocurrido nada semejante en la historia de Tajimaroa— apenas modificó nuestra situación. Don Ulises, vencido, mutilado, continuaba siendo el hombre fuerte de la comarca. La necesaria disminución de su influencia y de sus ingresos, el haber interrumpido su diario paseo al Ayuntamiento rompiendo así una costumbre consagrada por siete lustros de reinado, y sobre todo, la herida abierta en su orgullo, representaban humillaciones que no podía tolerar a riesgo de sentirse deshonrado. En él, según creo haberlo expresado, la idea del mando absoluto resultaba consustancial a su naturaleza y era incapaz de entender que Ulises Roca, el amo, el jefe nato, el hacedor de la política, descendiera al extremo de convertirse en un simple ciudadano, en un hombre sujeto a los deberes, los trabajos y las menudas vejaciones que norman la existencia de los gobernados.

Desde luego, juzgó oportuno retener a sus pistoleros, y no salía a la calle sin llevar ostensiblemente la ametralladora en la mano. A diario lo visitaban comisiones de obreros y campesinos que seguía reteniendo por la fuerza; sus guardaespaldas no sólo provocaban continuas reyertas sino que hablaban de tomar una venganza, y lo que era más alarmante, sostenía juntas secretas con perdonavidas y politiquillos de la región, lo cual nos mantenía en un estado de alarma permanente.

El nuevo ayuntamiento, compuesto de pacíficos vecinos, sin fuerza política y sin armas, no se sentía muy seguro. Por un lado debía tolerar a los pistoleros, deseoso de mantener el precario equilibrio de fuerzas y por otro debía soportar las críticas y las quejas de los jóvenes que se habían erigido, al margen de la ley, en vigilantes y en censores de sus actos. Toda esta lucha sorda erizada de mil incidentes desagradables, se reducía en el fondo a que ni don Ulises cejaba en su propósito de recobrar el dominio perdido, ni los jóvenes estaban dispuestos a dejarse arrebatarse su recién conquistada libertad.

LA SEMANA Santa supuso una tregua. ¿Quién pensaba en las maniobras del cacique y en los agravios y en las batallas del pasado? El drama de Nuestro Redentor había logrado calmar las pasiones, y amigos y enemigos se mezclaron en las iglesias revestidas de paños, aparentemente reconciliados.

Si bien la iniciación de la Pascua me hacía esperar unos días más tranquilos de los que habíamos vivido durante la cuaresma, la misma noche de la Resurrección ocurrió un hecho de naturaleza jocosa y en sí mismo insignificante que habría de ser, debido a un encadenamiento de extrañas circunstancias, el inicio de los trágicos sucesos que motivan este relato.

Avelino, desde la mañana, recorría las tabernas en completo estado de ebriedad, lanzando amenazas. Hablaba de un golpe preparado en contra del Alcalde, y muchas gentes lo oyeron jurar que «el lunes de pascua morderían el polvo los enemigos de don Ulises». La derrota sufrida por su jefe, derrota que a él en lo personal le había costado la comandancia de policía, lo traía de un humor endiablado. Provocaba frecuentes querellas y ya en dos ocasiones había golpeado a los jóvenes de la Asociación, desmanes que el Alcalde, siempre temeroso, le perdonaba, y el pueblo sufría como una de las herencias fatales dejadas por el cacicazgo.

A las 7, Avelino, después de desahogar su despecho, se encontraba en la peluquería. Nuestro barbero Crisóstomo se disponía a rasurarle más bien de manera simbólica los ralos pelos de su barba, y yacía tendido en el sillón, con la cara enjabonada y un lienzo doblado sobre los ojos.

—Te digo que la paciencia del jefe se agotó —le decía a Crisóstomo—, y tú serás testigo de la paliza que les daremos a esos jovencuelos de la Asociación.

En el momento de pronunciar estas comprometedoras palabras, veinte jóvenes entraron sigilosamente a la barbería, rodearon el sillón, y uno de ellos le sacudió la nariz con cierta rudeza.

—Eh, eh, Crisóstomo, ¿qué bromas son ésas?

—No son bromas, Avelino —dijo el joven imitando la voz afeminada de Crisóstomo—, así comienzo siempre cuando no resisto más el deseo de cortarle el pescuezo a mis clientes.

Avelino trató inútilmente de sacar la pistola. Los jóvenes lo cargaron en vilo y, después de recorrer dos o tres calles, lo arrojaron tal como estaba a la fuente de la plaza.

Al ver que el pistolero se revolvía en la fuente, alguien comentó en voz alta:

—El agua ha sido envenenada.

Esta frase, que ilustra la idea que el pueblo se había formado de Avelino, fue dicha espontáneamente y pareció extinguirse allí mismo sin dejar una huella.

Los jóvenes, no conformes con bañarlo, lo raparon y todavía extremaron la

vejación atándolo a un árbol, y colgándole al cuello un cartón que tenía una calavera pintada y el siguiente letrero: «Por traidor a Tajimaroa.»

Como era la noche del domingo, las familias respetables ocupaban los bancos y la gente joven paseaba alrededor de la plaza. Los muchachos se cruzaban entre sí los habituales requiebros, sonrisas y señales secretas, los pájaros amaestrados leían el destino a los enamorados y la gente del pueblo comía buñuelos y cacahuates indiferente al suplicio de su verdugo.

El baño lo había dejado sin voz, y los esfuerzos que hacía por injuriar a la gente o por librarse del cartón acentuaban la comicidad grotesca de la gorda cabeza trasquilada y de los ojos que le bizqueaban a causa de la ira.

Una hora más tarde, acudió la policía y lo llevó a su casa. Nadie lograba calmarlo. Desoyendo los consejos de su joven amante —Avelino no podía en este orden de cosas ser menos que su patrón—, se cambió de ropa, tomó un cuchillo y volvió a las tabernas ardiendo en deseos de venganza.

De nuevo en la calle, sus insultos y sus provocaciones —daba la impresión de haber enloquecido— determinaron que la policía, a fin de protegerlo, lo condujera esta vez a la cárcel, sin saber el destino particularmente doloroso que le aguardaba.

UN RUMOR sólo puede ser visto como obra del demonio. Es una boca que dice unas palabras vagas e inquietantes, unas palabras oscuras y amenazadoras que otra boca redondea y carga de sentido, y pasa a otras bocas, a cien, a mil, a diez mil bocas y en el tránsito se adornan, se deforman, se cargan de peculiaridades verosímiles y el aire de las palabras iniciales se transforma en viento y el viento a su vez en un huracán que termina por arrasarlo todo.

La exclamación lanzada cuando Avelino fue echado a la fuente, esa exclamación que al principio sólo era la imagen del agua contaminada moralmente por la carroña del pistolero, no impidió a nadie disfrutar las alegrías del Domingo de Resurrección, ni conciliar el sueño, pero el lunes de pascua, el rumor olvidado se levantó con los vecinos.

Pedro Martínez, uno de los comerciantes de la plaza, me dijo:

—No sé quién inició el rumor. El talabartero de *La Sorpresa* llamó muy temprano a mi puerta y aconsejó alarmado: «Que nadie beba agua en tu casa. Ha sido envenenada.»

El barbero Crisóstomo, el hombre mejor informado de Tajimaroa, al preguntarle su opinión sobre el origen del rumor, se concretó a mover la cabeza y a exclamar:

—Andaba en el aire. Era como un demonio o como un ángel.

Ninguno de mis quince mil feligreses, Monseñor, sabe exactamente cómo ocurrieron las cosas. Gasté cuatro o cinco días visitando los barrios y el mercado, hablé con docenas de personas muy diversas tratando de vencer su miedo y su desconfianza y sólo pude recoger algunas palabras aisladas —siempre las mismas— que no logran reconstruir el mecanismo de la ira.

—Cierre bien las llaves —era la eterna consigna—: el cacique ha emponzoñado los manantiales.

Se recordaron las amenazas de Avelino —«morirán envenenados el lunes de Pascua»—, se hablaba de puertas descerrajadas en los manantiales, de acarreo nocturnos de cianuro y de arsénico, y los niños, devueltos de las escuelas por sus profesores, afirmaban seriamente haber visto con sus ojos a varios compañeros suyos caer envenenados en los salones de clase pataleando y arrojando espuma por la boca.

La importancia del rumor sólo igualaba a su ambigüedad absoluta. Para esta gente, Monseñor, el agua es preciosa. Todavía hace dos años debían ir por ella a la fuente pública de la misma manera que yo lo hacía en Zinapécuaro. La guardan, empleando cuidados exquisitos, en los sitios más frescos de sus casas y cuando beben, cierran los ojos, echan la cabeza hacia atrás, y la paladean gota a gota, porque relacionan el placer de calmar la sed al dolor del hombro dejado por el palo con que la acarrearón de la fuente. De sus abuelos, de sus padres, les viene el celo por mantenerla preservada de impurezas, su avaricia para no malgastar un tesoro

acumulado a fuerza de trabajos y privaciones, de modo que el rumor hería uno de sus centros vitales, quizá el más sensible, y la sola sospecha de que el agua, su agua, estuviera envenenada, los sacaba de quicio y los sumía en una demencia furibunda.

A las 7:30 de la mañana que el rumor alcanzó el mercado, el alud estaba en marcha y nadie podía detenerlo. Se creía en el agua emponzoñada como se cree en el agua bendita, y se aceptaba su nueva naturaleza sin preguntas y sin vacilaciones. Carniceros, vendedores de cabezas y barbacoa, jarcieros, curtidores, zapateros, yerberas, reboceras y verduleras, dejaban sus ollas humeantes o sus pájaros disecados, y hablaban de escolares moribundos, de raticidas, de cerdos y de perros que morían despanzurrados y los rumores entraban a las tiendas, a los talleres de los artesanos y la gente se santiguaba exclamando:

—El agua ha sido envenenada. Es la venganza del cacique.

Estábamos al final de la seca. Durante seis meses el cielo había permanecido azul y en los bosques estallaban frecuentes incendios. No corría un hilo de agua por el cauce pedregoso de los arroyos y en los últimos días se respiraba una atmósfera de polvo y de humo que irritaba los nervios.

El día, a pesar de lo temprano de la hora, se anunciaba excepcionalmente bochornoso. Pequeñas nubes, como sucios vellones de ovejas cubrían el cielo, y una calina espesa ocultaba los montes y tendía un velo tembloroso en el horizonte.

La gente, presintiendo un peligro no claramente definido, comenzó a cerrar sus puertas y a moverse hacia el Ayuntamiento, sin saber qué hacer con exactitud. Eran las 8 de la mañana.

EL ALCALDE llegó al ruinoso palacio a las 8:30. Había pasado el fin de semana en su granja avícola situada en las afueras de la ciudad y no hacía media hora que un hermano suyo le había informado del percance sufrido el domingo por Avelino.

Los doscientos vecinos reunidos frente a palacio, lo acosaron a preguntas.

—Tengan calma —recomendó el Alcalde—. ¿Cómo pueden creer en semejante infundio? No hay veneno que pueda contaminar un volumen de agua tan considerable.

—El agua está envenenada, señor presidente. Lo sabemos de cierto.

—¿Qué pruebas tienen? ¿Saben de algún envenenado?

—Nos dicen... hablan, y cuando el río suena, señor presidente...

—Devuélvanse a sus casas, a sus negocios. Yo les prometo iniciar ahora mismo una investigación en los manantiales. Haremos analizar el agua.

Al Alcalde no le preocupaba el rumor sino la vejación de que había sido objeto Avelino. Era ciertamente más de lo que don Ulises podía soportar. Uno de sus hombres había sido expuesto al ludibrio público ante la burlona complacencia de la policía, y si no procedía enérgicamente, carecería de argumentos para defenderse del cargo de complicidad que sin duda alguna le harían las autoridades de Morelia.

Decidido a ganarle la delantera al cacique, ordenó que le llevaran a Manuel Espino, y mientras lo aguardaba, solicitó una conferencia con el Gobernador del Estado.

—El Gobernador —respondió la telefonista a las 9:30— se encuentra fuera de Morelia.

—Comuníqueme entonces con el Secretario de Gobierno —pidió el Alcalde.

Un cuarto de hora después la telefonista informaba:

—El señor Secretario está en una junta y sólo podrá hablar a las doce con usted.

A las 10, Manuel Espino, seguido de veinte muchachos de la Asociación y custodiado por el Comandante de Policía, cruzaba la plaza atestada. La atmósfera era sofocante. La piedra artificial del monumento a Hidalgo —la delgada y calva cabeza del héroe semejaba un gran huevo e inspiraba una melancolía desmesurada— reverberaba al sol y los escasos árboles, privados de hojas, no proyectaban sombra alguna. La gente, agotados los refrescos embotellados y las cervezas, sin lograr mitigar la sed que la atormentaba, se hacía cada vez más irritable. Al ver a Manuel principió a gritar:

—¿Adónde vas Manuel? ¿Te llevan preso?

—Me mandó llamar el Presidente. Le ha molestado lo de Avelino.

—Estamos dispuestos a defenderte.

—Sólo les pido que permanezcan tranquilos. No hagan nada que pueda comprometerlos.

Manuel, según me dijo más tarde el propio Alcalde, y varios estudiantes de la Asociación posiblemente bajo la influencia de los sucesos posteriores, tenía un aspecto «raro» esa mañana. Sus ojos reflejaban un sentimiento de soledad y de tristeza que contrastaba con su energía apasionada. No parecía de este mundo, estaba con nosotros —precisó un amigo que lo conocía bien—, atacando y defendiéndose lúcidamente, y sin embargo, se le sentía ausente y como fuera de aquella tremenda confusión.

—Lo he mandado llamar —dijo el Alcalde— para que usted me diga por qué bañaron a Avelino.

—Porque usted no castiga a los pistoleros de don Ulises.

—Ése es asunto mío y no de ustedes.

—Nosotros estamos encargados de vigilar que las autoridades cumplan con su deber.

El Alcalde enrojeció de cólera:

—¿Podría saber quién les confió esa misión?

—El pueblo, y si usted lo duda, no tiene más que salir a preguntarle.

—Bueno, muchachos, no los llamé para discutir sino para decirles que han cometido un delito y van a ser consignados.

—No nos importa ir a la cárcel. Quizá sea hoy el sitio donde deben estar los mejores mexicanos.

—Manuel, yo a usted lo estimo. Sé que lucha por la libertad, es decir, por algo de que nuestros pueblos carecen en absoluto, pero debe ser razonable. No se conquista la libertad bañando a los bribones.

—La justicia se nos niega y tenemos que hacerla nosotros mismos.

—Yo no se las niego.

—Tampoco la respeta. Don Ulises tiene juntas a diario con pistoleros; don Ulises nos provoca; don Ulises prepara uno de sus golpes ¿y qué hace usted? Los guardaespaldas nos provocan; se emborrachan, insultan a la gente pacífica y usted les devuelve sus armas, los deja en libertad y a nosotros nos encarcela. ¿Ésa es su justicia?

—No juzguen por las apariencias.

—Su credulidad lo perderá. Ulises Roca es capaz de todas las infamias.

La discusión se cortó bruscamente. Un regidor apareció agitado en la puerta.

—Señor —le dijo al Alcalde—, salga usted. Traen a un muchacho envenenado.

La muchedumbre había invadido la plaza, el portal, el patio del ayuntamiento, y se abría, como deben haberse abierto las aguas del Mar Rojo, al paso de la camilla que llevaban cargando seis hombres sobre sus cabezas. Se alcanzaba a divisar la cara lívida del muchacho y sus pies desnudos cubiertos de barro.

—¿Lo ve usted? —dijo Manuel—. Ya se lo había dicho. Ulises Roca es capaz de todas las infamias.

SÉ MUY bien lo que va a preguntarme Su Ilustrísima y me adelanto a responderle: don Ulises no envenenó el agua. Si los análisis químicos y la minuciosa investigación realizada en los manantiales no bastaran a demostrar que no hubo tal envenenamiento, debe tomarse en cuenta el carácter de don Ulises. Había sido capaz de imponerse a sus enemigos empleando la violencia, sólo que estas hazañas propias de un estilo político ya en desuso ocurrieron hace un cuarto de siglo, y en todo caso, don Ulises debe ser visto como un pequeño criminal, como un delincuente sin imaginación, como un mediocre en el bien y en el mal a quien su mediocridad le vedaba la grandeza necesaria para decretar la condenación en masa de quince mil seres humanos.

Y sin embargo, existe ese muchacho, esa incógnita que convierte el problema del agua envenenada en un misterio indescifrable. Vamos —me digo—, tengamos paciencia y tratemos de reconstruir, pieza a pieza, el endiablado mecanismo de la ira. Ante todo, ¿quién era ese joven? Ese joven, Monseñor, se llamaba Pilar Plata y era un campesino analfabeto de 19 años que habitaba con su tía, fuera de Tajimaroa, en una casa próxima a la finca *El Ojo de Agua*, donde trabajaba como peón.

El lunes de Pascua se levantó como de costumbre a las 7 de la mañana y desayunó dos rebanadas chicas de melón, algún pan y una taza de chocolate. Concluido el desayuno, Pilar se despidió de su tía, una vieja rezandera y medio sorda, se dirigió a la finca, y principió su diario trabajo. A los diez minutos, tuvo sed, dejó la azada, y en el ojo de agua —allí brota precisamente uno de los manantiales que abastecen a Tajimaroa— bebió un sorbo, el que le cabía en el hueco de las manos, y regresó a su tarea.

No pasaría un cuarto de hora sin que se sintiera gravemente enfermo. Las mejillas, la frente, los labios, estaban adormecidos; inútilmente quiso andar: las piernas, rígidas, no le obedecían; tampoco logró mover los dedos de las manos y un enorme cansancio lo invadió obligándolo a sentarse en el suelo.

—Ventura —pudo decirle antes de perder el sentido a un viejo peón que trabajaba cerca de él—, Ventura, me muero.

El viejo, asustado, lo tomó de las axilas, y arrastrándolo lo sacó a la carretera donde un camión lo recogió todavía desmayado, para llevarlo al edificio del ayuntamiento en que se halla instalada la Cruz Roja.

Estos datos, Monseñor, los estableció el Procurador del Estado después de emprender numerosos interrogatorios y diversas indagaciones, ya que en su afán —muy legítimo por cierto— de probar el carácter criminal del rumor, ese joven era la clave de todo su alegato. Yo también interrogué a Pilar, a la vieja tía, a los vecinos, y llegué a la misma conclusión del activo y escrupuloso funcionario. Desde luego, la casa está situada en las afueras de la población, en un barrio apartado que todavía a

las 9 de la mañana no había sido tocado por el rumor. Los vecinos, casi todos campesinos, se mueven en el espacio comprendido de su casa a los campos de labranza, y más allá de esos límites se extiende para ellos un mundo hostil y desconocido que poco frecuentan. El joven pertenecía a ese mundo. Creía en un dios dotado de una hermosa barba blanca y sentado permanentemente sobre una nube, y en legiones de diablos, que de tarde en tarde abandonaban sus moradas subterráneas, con la proterva finalidad de que los hombres se emborracharan, mintieran o golpearan a sus mujeres. Desconocía el significado de la palabra democracia, nunca sintió la necesidad de aprender a leer, y para dar una idea de los alcances de su inocencia, debo decir que no tenía la menor idea de que existiera un hombre llamado Ulises Roca.

Podría pensarse en una coincidencia infernal, en la chispa caída sobre los materiales explosivos acumulados durante los años del cacicazgo que fue la intoxicación de ese inocente, pero aquí es donde el diablo se introduce de nuevo y yo vuelvo a perder el hilo de mis torpes deducciones. Pilar Plata no fue el único envenenado. Quince minutos más tarde hizo su aparición una mujer embarazada, de 35 años, que traían en brazos sus familiares y presentaba los mismos síntomas del campesino —un cuadro típico de intoxicación según diagnosticaron los médicos—, que no tenía relación con su estado, ni con el envenenamiento imaginario de otras mujeres atendidas posteriormente en la Cruz Roja, a quienes la psicosis creada por el rumor hizo sentirse enfermas.

Así pues, Monseñor, resulta inútil hablar de culpables o de inocentes, y sólo nos queda resignarnos ante la fatalidad de los hechos. No culpo a don Ulises y rechazo con energía la sugestión de un viejo texto escolar en el que aparece Nerón reclinado en su triclinio de marfil contemplando, a través de una esmeralda tallada, el incendio de Roma. El cacique no amaba este género de matanzas y nuestro drama carece por lo tanto de imágenes expresivas. Es simplemente un torrente, una crecida, un aluvión de aguas teñidas con el color metálico y herrumbroso de la ira. Sólo el espíritu del Señor lograría apaciguar ese torrente, pero el Señor permanecía mudo, entregado a realizar su obra de limpieza. Había arrojado a ese muchacho como la evidencia que el pueblo reclamaba para ejercer su justicia y aquello era apenas el comienzo de su terrible venganza.

EL MÉDICO jefe de los servicios sanitarios, según me dijo a mi regreso de Morelia, estaba alarmado. Pilar Plata, tendido en una cama, recibía su ración de suero, y la mujer, muy pálida a consecuencia de los vomitivos, se reponía lentamente en la pequeña sala de emergencia de la Cruz Roja instalada en los bajos de palacio.

—Yo creo —le dijo a uno de los médicos auxiliares— que nuestro deber consiste en prevenir a la gente. Debe abstenerse de beber agua mientras no sepamos con exactitud si está realmente envenenada.

Uno de los jóvenes de la Asociación que se encontraba en la Cruz Roja —todo el pueblo deseaba contemplar a los enfermos— oyó las palabras del médico y se adelantó:

—Doctor, será fácil obtener un camión de sonido y avisar a la gente ya que usted lo considera oportuno.

—Sí, hágalo usted —respondió el médico—, aunque sólo sea para tranquilizar nuestra conciencia.

A las 11, las bocinas del vehículo —perteneía a una Secretaría de Estado— difundían la advertencia por las calles del pueblo:

—No beban agua. Corren peligro de muerte. Ha sido envenenada.

De esta manera el rumor cobró un carácter oficial, de hecho, que no admitía dudas y la voz de alarma, penetrando en las casas todavía no tocadas, terminó de sembrar el desconcierto y la rabia.

Los familiares del cacique declararon que los jóvenes encargados de propalar el rumor culpaban a don Ulises de haberla envenenado. No se ha probado esta incitación criminal y de cualquier modo, la gente asociaba desde antes al cacique con el veneno, lo creía realmente capaz de cometer ese delito, y obedeciendo a un instinto, dejó el palacio y principió a moverse hacia la casa de don Ulises.

La casa no daba señales de vida. Los pavorreales desplegaban sus colas esmaltadas en el jardín de las rosas. Las puertas y las ventanas alineadas frente a la carretera permanecían cerradas y el portillo de acceso al aserradero, situado en la mitad del callejón que limita un costado de la extensa propiedad, estaba desierto.

Eran las 11:30. La muchedumbre, engrosada continuamente, de pie bajo el sol de fuego, se moría de sed, y su rabia hasta entonces reprimida, encontró la oportunidad de desahogarse. Había llegado la ocasión, temida y esperada ansiosamente, de enfrentarse al cacique, de obligarlo a salir de Tajimaroa, de mostrarle que el pueblo lo repudiaba, y algunos audaces, los más exaltados, arrojaban piedras y gritaban:

—¡Lárgate de nuestra ciudad! ¡Fuera el cacique y sus pistoleros! ¡Queremos ser libres!

A las 11:45 corrió la noticia de nuevos envenenados —esta vez sí a causa del pánico creado por el camión de sonido—, y la potente sirena de la Cruz Roja, se dejó

oír como el lamento de una bestia herida de muerte.

El rugido incesante de la sirena —ese anuncio de las catástrofes que ha sustituido incluso en nuestro pueblo, al rebato de las campanas— precipitó la crisis nerviosa ya inminente y arreció la pedriza sobre la mansión del cacique. Entonces, Monseñor, sucedió «aquello». Don Ulises, seguido de Adalberto y de otro guardaespalda, salió por la puerta del aserradero llevando su ametralladora en la mano. Recorría el polvoso callejón lentamente. Su presencia anulaba el tiempo, lo forzaba a retroceder, a fijarse en 1930, cuando asaltaba los ayuntamientos y los sindicatos rebeldes, sin otra fuerza que la de su temible ametralladora. «No, no es una pieza de museo, un truco para hacerme respetar, un *hobby* del viejo cacique» parecía decirles mientras avanzaba amenazante y confiado.

La gente, agrupada en el callejón y en la esquina de la carretera, se inmovilizó. Las manos dejaron caer las piedras y algunos vecinos iniciaron un movimiento de retirada.

—¡Cobardes, gallinas! —gritó don Ulises con su voz ronca—. Ustedes serán los que se larguen. Ahora mismo se largan o disparo.

El desprecio que revelaban sus insultos —ese cargo de cobardía repetido a lo largo de los años— provocó una reacción inesperada. De nuevo se levantó el griterío y llovieron las piedras. El cacique se detuvo intensamente pálido. Se enfrentaba al dilema de aceptar la victoria del pueblo y marcharse derrotado, o de jalar el gatillo y disparar contra la gente. La vacilación duró un segundo. Adalberto que se mantenía detrás de él, herido por una piedra en la cabeza, cayó al suelo ensangrentado, y don Ulises, sin pensarlo más, empuñó la ametralladora e hizo fuego.

Manuel Espino fue tocado, misteriosamente, el primero. Venía corriendo de palacio para unirse a la muchedumbre y al cruzar la bocacalle, la ráfaga lo alcanzó de lleno, matándolo en el acto. Allí quedó también un indio alfarero de San Bartolo —arreaba sus dos asnos cargados de ollas y cazuelas— y cuatro o cinco hombres fueron heridos y se marcharon a sus casas antes que interviniera la Cruz Roja.

Hombres, mujeres y niños huían despavoridos y la carretera y las calles vecinas se vaciaron en un abrir y cerrar de ojos. Don Ulises, arrastrado por la cólera, llegó hasta la esquina y seguía gritando fuera de sí:

—¡Cobardes! ¡Pueblo de gallinas! Un hombre solo contra mil y todavía huyen como liebres.

Súbitamente calló. Pareció comprender que algo irreparable, algo que trastornaba el orden de las cosas había ocurrido, y dando la vuelta entró al aserradero seguido de sus pistoleros.

¿Y YO? ¿Yo qué hacía entretanto? Yo me esforzaba, Monseñor, en leer mi breviario recorriendo una y otra vez el claustro parroquial.

La jornada había comenzado muy temprano. A las 5 me senté en el confesionario; a las 7 dije mi primera misa, la más concurrida en un pueblo madrugador y devoto, y a las 9 tuve que officiar en una solemne misa de cuerpo presente. Asocio la muerte a la violencia y el hecho de que un joven sea destruido en su cama, a pesar de mi familiaridad con las situaciones *in extremis*, me subleva como un hecho arbitrario y refinadamente perverso.

El hombre de la mañana no cumplía los 30 años. Fue el tesorero de nuestra caja de ahorros y había muerto de leucemia en dos o tres semanas. Aunque flotaba todavía sobre la frente amarilla su mechón de pelo castaño, la nariz afilada y ganchuda, las mejillas consumidas y la amarga desesperación impresa en su rostro, lo hacían irreconocible. Al lado del ataúd, la madre y la novia en una rencorosa competencia, se disputaban el privilegio de mostrar quién sentía más el dolor de la pérdida y las dos soportaban, conteniendo las náuseas, el fuerte olor a podredumbre que desprendía el cadáver. Afuera, el doble de las campanas se unía al rumor del agua envenenada como un presagio fúnebre.

Desayuné sin ganas un poco de fruta y a las 10:30 traté de sumirme en la lectura del breviario sin conseguirlo. Mi imaginación exaltada, no cesaba de evocar los episodios de la semana santa. La había vivido de una manera intensa y febril, minuto a minuto y a pesar de que el sábado me hallaba extenuado, la noche, cargada con el anuncio de la Resurrección, operó en mí un cambio.

Atravesé la iglesia en tinieblas revestido con la capa pluvial y al abrir la puerta, el misterio pascual diluido en la noche de primavera, y la presencia de los devotos que aguardaban anhelantes entre las sombras del atrio, me hicieron pensar que Cristo se removía en su tumba. Las sombras cubrían el mundo, y era yo, el sacerdote viejo y desconocido el que debía ahuyentarlas, haciendo que Él y todos esos hombres ocultos por la noche volvieran a la vida.

Froté el pedernal, tomé el hisopo y antes de bendecir el fuego, la antigua salutación brotó de mis labios:

—*Dominus vobiscum.*

En la noche se levantó un clamor:

—*Et cum spiritu tuo.*

Tracé después la cruz en el cirio pascual —Cristo ayer y hoy—, arriba la letra Alfa, abajo la letra Omega —principio y fin— y luego encendí el cirio. «La luz de Cristo gloriosamente resucitado disipe las tinieblas del corazón y de la mente.»

A medida que paseaba en el claustro, recordaba con una precisión admirable, mi regreso a la iglesia oscura, levantando el cirio encendido, la súbita, profusa

iluminación de las velas, la lectura del Génesis, el paso del Mar Rojo, las profecías de Isaías y el cántico de Moisés —espérese como lluvia mi palabra— dichos por la suave voz del lector, la letanía y al último la bendición del agua:

«Por Dios, que en el principio, con su palabra, te separó de la árida tierra, cuyo espíritu sobre ti era llevado. El que te hizo manar de la fuente del Paraíso y te mandó regar toda la tierra en cuatro ríos. El que siendo amarga en el desierto, imprimiéndote suavidad, te hizo potable, y te sacó de la roca para el pueblo sediento.»

Mi mente, como el ciervo acosado, anulaba todas las imágenes de la semana mayor y se aferraba a esa creatura inocente y sin forma que yacía en el fondo de la vasija, reflejando el rojizo parpadeo de las velas. Al trazar la señal de la cruz, rozándola apenas, quebró el fuego reflejado y adquirió la potestad de bendecir, de consagrar y de exorcizar.

Sólo nuestro pueblo, Monseñor, es capaz de sentir en sus entrañas esta ceremonia, este ritual en que el espíritu del Señor desciende sobre el agua y la devuelve a sus orígenes sagrados, porque es un pueblo del desierto, un pueblo que no está de tránsito sino que ha fijado su mirada permanente en el desierto, esa porción solar de basaltos negros, de granitos jaspeados, de estériles arcillas o de blancas calizas, donde las hojas de los árboles se vuelven diminutas, donde las opuncias y los ágaves se visten de pergaminos y de aceites resbaladizos y donde las cactáceas, protegidas con espinas y algodones, toman la forma de los cántaros y de los candelabros para conservar mejor el agua, ese caudal precioso hecho de la más leve humedad, destilado a través de infinitos tubos capilares, extraído avaramente de las areniscas y de los sílices ardientes, arañando y socavando la tierra como la araña y la socava nuestra gente.

¿A qué se debía esa obsesión por el agua? No se debía al bochorno de la canícula, al aire grasoso y polvoriento que respiraba trabajosamente, sino más bien a la sed y al odio de la calle, a los avisos de aquella tragedia que se gestaba fuera y golpeaban en mi conciencia haciendo que se volviera sin cesar a la imagen del agua bendecida, al oasis que representaba, en medio de nuestro desierto, la noche de la Resurrección.

EL PADRE SUÁREZ, uno de mis vicarios, se presentó en el claustro a las 11.

—Señor cura —me dijo—, las cosas no marchan bien allá fuera. Corre el rumor de que el agua ha sido envenenada.

Cerré el breviario y procuré darle a mi respuesta una intención sarcástica:

—Padre, ¿cómo puede usted creer en semejante sandez? Se trata de una superchería tan vieja como el mundo.

—Sin embargo —insistió el padre mostrando desconcierto—, la gente está excitada.

—Es el calor el que provoca estos malos pensamientos. No se alarme por una nadería.

El padre regresó una media hora más tarde. Su alta y esbelta figura aguardaba junto a la puerta y al pasar a su lado, cerré de golpe el breviario y le disparé una nueva saeta:

—Segunda parte del folletón *El agua envenenada*, ¿no es así?

—Así es.

—Bien, ¿y qué pasa ahora?

—Tres gentes se han envenenado por beber agua y hay un motín frente al Ayuntamiento.

—¿Y qué podemos hacer nosotros? No somos las autoridades sanitarias.

—Es verdad —asintió el padre bajando su cabeza que mostraba ya algunas canas y disponiéndose a regresar.

—No se vaya —le dije tomándolo por un brazo—. ¿Sabe lo que pensaba cuando vino con esa historia? En el agua.

—¿El agua envenenada?

—No, no pensaba en esa agua, sino en el agua bendecida por nosotros el sábado, en esa agua devuelta a sus orígenes, que según parece el demonio ha ensuciado de nuevo.

—Yo tampoco creo en el agua envenenada.

—Tengamos calma. Vaya usted a la plaza, averigüe la naturaleza de ese rumor, y si nosotros podemos calmar los ánimos, comuníquemelo en el acto.

Un hombre apareció en lo alto de la escalera y exclamó sofocado:

—Señor cura, han comenzado los tiros.

—Toma aliento. ¿De qué tiros hablas?

—Don Ulises ha matado a dos hombres con su ametralladora y ha herido a tres o cuatro.

Sin oír más, entré a mi cuarto y tomando el maletín en el que guardo la estola, los santos óleos y un crucifijo, salí rápidamente.

—Vamos —le dije al padre Suárez— y que Dios nos bendiga.

Crucé el jardín del curato y en dos minutos llegué a la esquina en que estaban los hombres caídos. Reconocí a Manuel al primer golpe de vista. Sus ojos vidriosos y desmesuradamente abiertos estaban clavados en una visión horrenda. Alzando su hermosa cabeza juvenil, se los cerré con la mano abierta, y su rostro atormentado, de loco furioso, pareció alejarse y revestirse de serenidad.

¿Pregunta Su Ilustrísima cuáles eran mis sentimientos? Manuel era el hijo ideal, mi cómplice en el secreto deseo de aniquilar el cacicazgo, el que llevaba a la acción, con su pureza y su valentía, mis sueños de libertad y de justicia, de modo que durante un largo rato no logré reaccionar dominado por la cólera, la convicción de mi culpa y el dolor que en nosotros deja la paternidad amputada.

Debía reprimir mis lágrimas, dominar la tempestad que se desencadenaba en mi corazón y pensar en los otros. Haciendo un esfuerzo, lo ungué con los santos óleos, encomendé su alma al Señor y corrí hacia el indio. Estaba solo —era simplemente un desconocido—, tirado sobre la tierra y agonizante. Sus ojos no revelaban sorpresa, ni miedo, ni desesperación. Se habían vuelto al interior y observaban tranquilamente cómo la muerte se acercaba. La ráfaga de la ametralladora casi lo había partido en dos y se desangraba a chorros empapando la tierra reseca. Me apresuré a darle la absolución y un minuto después, se volvió de costado y murió de la misma manera que morían los hombres en Zinapécuaro o en Pénjamo.

Todo, Monseñor, ocurría como en los sueños. Los hombres, las calles, los árboles eran imágenes reales, pertenecían a nuestro mundo y flotaban deformados en una atmósfera caliginosa y ardiente, cobraban dimensiones fantásticas y los hombres y las mujeres desfilaban con los rostros descompuestos.

—¡Retírense! —les grité—. Váyanse a sus casas. No agraven más la situación.

Nadie me oía. El pueblo entero se movilizaba para tomar venganza y la sangre correría a torrentes. Era necesario evitar el drama que se avecinaba, intentar salvar a las víctimas y a los victimarios y sin pensarlo me dirigí a la casa de don Ulises.

CON LAS dos manos cerradas llamé al portillo que se encuentra a la mitad del callejón. En los salientes de las bardas asomaban algunas cabezas y desde las esquinas, los vecinos reunidos en grupos, me gritaban:

—Devuélvase, señor cura. Devuélvase. No pacte usted con los asesinos.

A poco abrieron y entré al aserradero. Habían parado la máquina. En el fondo de un pasaje abierto entre las pilas de tablones recién cortados estaba don Ulises. Traía en la mano su ametralladora y del cinturón asomaba la cacha de una pistola.

—Señor cura —me dijo—. ¿Qué es esto? ¿Qué quieren de mí sus feligreses?

—Mis feligreses, como usted comprenderá, están indignados.

—Atacan y me defienden.

—Ha matado usted a dos hombres y ha herido a cuatro o cinco.

—Mi ametralladora no está cargada de confites.

Tenía el pelo canoso revuelto, y la camisa de lana bajaba y subía sobre el hercúleo tórax al compás de su agitada respiración.

—Don Ulises, la situación es muy grave —le dije tratando de no dejarme arrastrar por la ira—. Debe usted abandonar el pueblo ahora mismo. Diez minutos después será demasiado tarde.

—Saldré de Tajimaroa el día que me crezca este dedo mocho —contestó pronunciando las palabras lentamente al mismo tiempo que levantaba su mano izquierda y la ponía frente a mis ojos. En la mano rojiza y manchada por la edad abultaba el muñón de su dedo índice—. ¿Lo ve usted? —añadió sonriendo forzosamente—. Aún no me ha crecido.

La llegada de su esposa, su nuera y de su hija María impidió que le respondiera. La mujer se limpiaba las lágrimas con un pañuelo:

—Viejo —habló sofocada—. Están incendiando la casa. Han principiado a quemar las ventanas y la puerta.

Los ojos de don Ulises se inyectaron y su cuello de toro enrojeció. La nuera, en cambio, no tenía una gota de sangre en su hermoso rostro aniñado. Cargaba a su último hijo envuelto en un chal y otros dos pequeñuelos se cogían a la falda. La hija temblaba de cólera:

—Papá, ordene usted que me den una pistola. Esa canalla va a saber quiénes somos.

—No te metas adonde no te llaman. Éstas son cosas de hombres. Vamos a la casa. Venga usted con nosotros, señor cura.

Nos pusimos en marcha. La casa, separada del aserradero por una barda, en realidad tenía dos pisos. El de abajo, sólo visible desde el interior, se hallaba al nivel del patio; el de arriba, paralelo a la carretera, por un extremo limitaba con la casa del único hijo de don Ulises y por el otro con el jardinillo sembrado de rosas que formaba

esquina y conducía a la calle del aserradero. Don Ulises subió la escalera sin cesar de dar instrucciones a sus pistoleros.

Por una ventana de la sala se veía la acera de enfrente y el camellón central de la carretera invadidos de una muchedumbre que gritaba.

—Óigalos. Desean matarme pero no les daré ese gusto —exclamó don Ulises, y dejando en el suelo la ametralladora corrió la persiana y se sentó en un sillón.

La luz hacía brillar las colas de los pavorrales y las rosas del emplomado que daba al jardinillo, y yo me sentía dentro de esas peceras donde nadan, entre rocas y musgos artificiales, diminutas quimeras de plástico, no precisamente a causa de la luz sino del ambiente propio de la casa. Todo allí era convencional y tenía el sello del nuevo rico; lo mismo las yaserías sonrosadas del techo, los juguetes de porcelana, los sillones de tubos niquelados, que las marinas o la pianola cubierta de un paño de terciopelo yalzada solemnemente sobre una plataforma de madera.

Don Ulises observaba atentamente su ametralladora:

—Somos ocho hombres bien armados que saben disparar —dijo en voz baja.

—Basta ya de locuras, don Ulises. Piense usted en los niños y en las mujeres de su familia.

—No han querido abandonarme a la hora del peligro. Son buenas mujeres y buenas mexicanas.

El hijo había entrado sin que yo lo sintiese. Las gafas negras le ocultaban los ojos. Llevaba un rifle y su voz era ligeramente chillona debido a la excitación.

—Usted, señor cura —dijo señalándome con el rifle—, es el culpable de lo que ocurre. Nos ha echado encima a la gente y ahora no puede meterla en cintura.

—Le han mentido —respondí—. Se trata de una calumnia.

—Nos han dicho... —balbuceó turbado.

—No haga caso de lo que dicen. Yo he venido a defenderlos y estoy dispuesto a todo con tal de que no se derrame una gota más de sangre.

El joven calló. Don Ulises se había levantado y miraba la carretera levantando a medias la persiana.

—Tendrán su merecido —gruñó y dejando caer la persiana le ordenó al hijo—: Dí que se lleven lejos los tanques de gas y corta tú mismo la luz eléctrica.

—Don Ulises, salga usted de la casa. Yo lo acompañaré en su camioneta. Es su última oportunidad.

Por un segundo vaciló.

—No —dijo resuelto—, no soy de los que huyen.

—Olvide usted su orgullo y reflexione. Nada podrá hacer contra la cólera de un pueblo.

—Pierde usted su tiempo. Ahora vendrá lo que tiene que venir.

Aunque se esforzaba en mantener su orgullosa reputación, los ojos lo traicionaban. Se leía en ellos cierta angustia, una inseguridad que trataba de dominar levantándose a cada momento, o tomando medidas insignificantes, mientras su casa

era cercada por diez mil hombres enajenados.

Detrás de él, con una pistola en la mano, estaba Adalberto, su principal guardaespaldas, sin apartar la mirada de su amo. Un hilillo de sangre le salía del pelo y escurriéndole por la frente le manchaba la blanca guayabera.

—Te sigue saliendo la sangre, Adalberto —dijo el cacique—. Vé a que mi mujer te cure.

—Don Ulises, no quiero abandonarlo.

—Vé y regresa pronto. El señor cura tomará tu lugar. ¿No le gustaría manejar una pistola?

Dejé el sillón y me acerqué al emplomado. A través de los pavorrales y de las rosas de vidrio, los pavorrales de don Ulises extendían sus colas sedosas entre las flores del jardín.

—Debe usted decidirse —le dije sin volverme.

—¿Admira usted mis pavorrales?

—Admiro la indiferencia criminal con que usted condena a su familia.

Se oyó la voz fría de Adalberto:

—Don Ulises, están quemando el ala sur del aserradero.

El cacique salió sin decir una palabra, y yo me quedé solo. La gente se movía entre las colas de los pavorrales, teñida de luces escarlatas y amarillas. Un sordo griterío que podría tomarse como un lejano trueno, hacía vibrar en sus vitrinas las figurillas de porcelana.

«¿Qué debo hacer?», me pregunté angustiado. Veía acumularse las nubes del odio y yo permanecía con la frente apoyada en los cristales del emplomado, sin que se me ocurriera ninguna idea.

El padre Suárez me tocó la espalda:

—Señor cura, ¿qué hacemos? —preguntó adivinando mi indecisión.

—Con toda franqueza le contesto: no lo sé. ¿Ha pensado usted en algo?

—Salga usted de la casa. No tardará en arder por los cuatro costados.

—Tal vez sea mejor disuadir a los sitiadores que ayudar a los sitiados. Venga usted conmigo, padre La lucha será terrible.

La decisión estaba tomada. ¿Era la mejor? ¿La más prudente? ¿Debía haberme quedado en la casa y defender a sus moradores con uñas y dientes? ¿Qué me impulsó a salir? ¿Confiaba en ser obedecido? ¿Mi poder era tan grande que iba a realizar ese milagro?

EN LO alto de la escalera se dominaban las pilas de tablones y el cobertizo de la máquina envueltos en el humo del incendio. Bajé apresuradamente la escalera. Dos sirvientas, acompañadas de María, transportaban agua, y se oía el relincho de un caballo atrapado en su caballeriza mezclado a los gritos y al ruido de los disparos.

—Tiran —me decía—, tiran y no les importa disparar contra su cura. Dios mío, ilumíname, ten misericordia de nosotros.

En la puerta de salida un muchachito me detuvo de la sotana:

—Señor cura, ayúdeme a sacar mi bicicleta. Es lo único que tengo.

La bicicleta estaba a poca distancia rodeada por el fuego. Me arremangaba la sotana, cuando el ágil padre Suárez se adelantó, y salvando las llamas de un salto tomó la bicicleta, y montado en ella volvió a cruzar como una exhalación la ardiente barrera.

Ya en la calle sonó a nuestras espaldas una ráfaga de ametralladora, e instintivamente busqué el refugio de la pared.

—Padre, ¿qué ha sido esto? ¿Nos han tirado a nosotros?

La palidez del Padre Suárez me asustó.

Murmuró con voz desfalleciente:

—Me han pegado.

—¡Dónde! —grité sacudiéndolo de los hombros.

—Aquí —añadió tendiendo la mano derecha.

La examiné cuidadosamente. Un fragmento de piedra arrancado por una bala, le había causado, arriba del pulgar, una profunda herida.

Saqué mi pañuelo y vendándolo lo tranquilicé:

—Es sólo un rasguño. Mañana estará bien.

—Señor cura, déjeme regresar al curato. No debo exponerme. Yo sostengo a mi madre y a mis hermanos, y si les faltara...

—Pero usted se ha expuesto al fuego con tal de salvar una bicicleta y ahora tiene miedo.

—Una quemadura no es la muerte —agregó con dulzura.

Mi indignación se calmó:

—Vaya usted a la Cruz Roja. Ahí estará más seguro.

Me besó la mano y se alejó a grandes pasos. Había llegado a la esquina donde cayó muerto el indio. Sus dos burros, cargados de ollas, indiferentes a la agitación, vagaban por la calle buscando las escasas yerbas que crecían en las juntas de las piedras.

El padre Villaverde, otro de los vicarios, se reunió conmigo.

—Padre, necesito un micrófono para hablarle a la gente. De otro modo corro el riesgo de no ser oído.

—No es fácil encontrarlo en estos momentos, pero trataré de obtenerlo —respondió el padre.

De la montaña y de los barrios altos bajaban hombres y mujeres en oleadas. Los muchachos, arrastrándose, cruzaban la carretera y buscaban refugio en los árboles del camellón central o rodaban los botes de basura, llenos de piedras y se parapetaban detrás de esas trincheras improvisadas.

El temor a ser cazados sin defensa mantenía despejado el frente de la casa de don Ulises, y la gente se amontonaba en las esquinas y en las azoteas, o se movía de un lado a otro llevando puñales, rifles, pistolas y botellas con gasolina.

La situación pues, era muy diferente a como yo la había dejado. Mientras estuve en la casa de don Ulises el pueblo había corrido a sus casas para armarse. Las escopetas de caza, las antiguas pistolas, los puñales y hasta los cuchillos salieron de sus escondites en un segundo. El problema de las municiones se resolvió en parte saqueando la única tienda que vende cartuchos —el viejo dueño me refirió después la escena mirándome por encima de las gafas empañadas y llevándose las manos a su calva cabeza—, y se abastecieron de combustible vaciando los tanques de los automóviles y asaltando las gasolineras.

Aquella agitación, aparentemente desordenada y falta de un plan, obedecía a sus leyes propias. El cacicazgo era como una herida y los leucocitos se movían a fin de combatir la infección y exterminarla. Las bombas «molotov», es decir, las botellas dotadas de una mecha y llenas de gasolina, se improvisaban en todas partes. Las jóvenes daban sus pañuelos y yo vi a una niña descalza quitarse su rebozo y ofrecerlo para la fabricación de las mechas.

Recuerdo a un mocosito —no tendría más de doce años—, que pasó frente a mí empuñando una pistolita.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté tomándolo de la camisa.

Me respondió con la mayor dignidad:

—Defiendo a la patria, señor cura.

Varios estudiantes se acercaron a un joven policía que presenciaba el incendio apoyado en su fusil:

—Es necesario derribar la puerta del cacique —le dijeron—. Trata de pegarle a la cerradura.

El joven, obediente, empuñó su arma y disparó contra la puerta sin lograr hacer blanco. Yo estaba a poca distancia forcejeando con un vendedor del mercado y no pude evitarlo, mas apenas estuve libre, le hablé al policía.

—Has hecho mal. Te ordenaron cuidar el orden y haces lo contrario de lo que te han ordenado.

Me miró con asombro:

—El Presidente me envió a cuidar los intereses del pueblo y yo disparé contra la casa de su principal enemigo.

¿Cómo hacerle entender la idea del orden a ese policía? Para él, igual que para

millares de hombres, el cacique era el enemigo, el causante de todos sus males y consideraba un deber, incluso un deber inaplazable, contribuir a su aniquilamiento. Se había erigido en el defensor del pueblo, en el vengador de sus agravios, y esta convicción le otorgaba una dignidad y hacía que sus ojos resplandecieran con una clara luz y miraran de frente.

El cambio operado —y que Dios me perdone este mal pensamiento— sacaba a millares de hombres del sueño en que yacían, de su diaria muerte y se les sentía vivir tan intensa y profundamente que su fuerza se transformaba en algo tangible, como ese viento sonoro y majestuoso que en las noches de verano se levanta barriendo la tierra para hacerla digna de recibir el agua purificadora de la lluvia.

Esperaba en vano la llegada del micrófono. El padre Villaverde encontró en una calle el camión de sonido abandonado y sin llave, y fue inútil llamar a las tiendas y a las casas que permanecían cerradas y silenciosas.

—¡Retírense —gritaba yo—, retírense! Ellos están mejor armados y ustedes serán los que caigan.

Durante diez minutos o una hora, pues había perdido la noción del tiempo, luché resueltamente arrebatándoles las armas y las botellas incendiarias o esforzándome en persuadirlos para que se marcharan a sus casas. Aquí arrebataba un puñal, allá una pistola, unos pasos adelante lograba hacerme de dos bombas o de un cuchillo, sin ningún resultado porque docenas y docenas de botellas incendiarias, de disparos y piedras llovían sobre la casa desde los cuatro puntos cardinales y mis esfuerzos eran completamente inútiles.

Las bolsas de la sotana, llenas de armas, me pesaban, y mis gritos los ahogaba el vocerío. Traté de razonar. Mi error, según lo veía ahora, consistió en abandonar la casa de don Ulises, en no medir mi debilidad frente a la cólera del pueblo y decidí volver sin importarme las balas ni las bombas incendiarias. Levantándome la sotana, crucé corriendo la carretera, pero no llegaba al camellón central, cuando un puñado de hombres resueltos se lanzó en mi persecución y, rodeándome, me obligó a retroceder, esta vez por la fuerza.

—¿Adónde va usted? —decían anhelantes.

—No queremos quedarnos sin cura.

—Debo salvarlos. Debo salvarlos a todos. No tardarán en venir los soldados de Zitácuaro.

—Que vengan —respondían—. Los recibiremos a tiros.

A partir de ese momento fui, de hecho, un secuestrado. Cuatro o cinco hombres entre los cuales se destacaba un herrero gigantesco, encargado de las reparaciones de la iglesia, vigilaban mis menores movimientos. La imposición me enfurecía.

—Francisco, he de ir a esa casa aunque te opongas.

Francisco me tomó del brazo:

—No, señor cura; no se mueva de aquí, se lo ruego.

—Quita tus manos. Estás cometiendo un gran pecado.

Los ojos del gigante, azorados como los de un niño, me miraban suplicantes:  
—Señor cura, tenga usted piedad de mí. No quiero hacerle daño.

LA MATANZA inminente se difería. Al parecer el cacique y sus pistoleros ya no disparaban. Las llamas se alzaban del aserradero y el humo principiaba a salir por los vidrios rotos de las ventanas.

No se dejaba de pensar en don Ulises. Podía estar maquinando un golpe de los suyos, una de sus sorpresas temerarias y dar tiempo a que llegaran los soldados de Zitácuaro —estaba sólo a media hora de distancia por la carretera— o de la ciudad de Morelia.

El incendio aumentaba el bochorno del mediodía. Los árboles distantes se fundían en manchas viscosas y una calina espesa cubría los montes y se derramaba por los tejados cenicientos. No sé de dónde habían surgido millones de moscas. Revoloteaban en pequeños remolinos pegándose a las pieles grasosas y bañadas en sudor de un modo intolerable, y había que agitar los brazos continuamente para ahuyentarlas.

La multitud era inmensa. No sólo estaba amontonada en las esquinas, en las azoteas y en los balcones, sino en las calles vecinas. Centenares de sombreros de palma y de cabezas tocadas con rebozos se desplazaban rápidamente o se agrupaban en masas compactas y uniformes.

La gente seguía cercándome y las mujeres, histéricas, se aferraban a mi sotana.

—Por el amor de Dios, por el amor de Dios —suplicaba con el cerebro vacío recurriendo a una fórmula carente de significado en aquellos momentos.

Los tiros sonaban por todas partes. Sordas detonaciones abrían un hueco en medio del vibrante vocerío, un agujero de silencio que llenaba después el tableteo lejano de las ametralladoras y el aullido de la sirena.

MIENTRAS forcejeaba aturcido, cesaron los gritos, los disparos, el zumbido de las piedras, las carreras y las exclamaciones, y se escuchó una carcajada estridente como el relincho de una manada de caballos asustados, el ruido de todos los vidrios del mundo rompiéndose a la vez, una risa atroz, espantosa, que salía de diez mil gargantas y que sólo podría compararse a la risa que el día del Juicio Final lanzarán los condenados al infierno.

Estaba libre y corrí al frente de la casa. No se veía nada anormal. Las ventanas despedían humo y los impactos de los disparos manchaban la fachada pintada de amarillo. La gente corría por todos lados, saltaba embriagada de júbilo, levantaba los brazos y exclamaba arrebatada por una ola de locura:

—Ha muerto. Ha muerto el principal. Somos libres. Tajimaroa es libre. Ha terminado nuestra esclavitud.

Las mujeres se abrazaban sollozando o bailaban tomadas de la mano; los hombres salían de los botes de basura, se descolgaban de las azoteas y gritaban, seguían gritando frenéticos para liberarse de aquella salvaje alegría que de otra manera los hubiera hecho volar en pedazos por el aire.

El cuerpo de don Ulises yacía boca abajo, tirado en la acera, con los pies en el umbral de la puerta entreabierta. Debió morir instantáneamente. Materias blanquecinas nadando en jugos viscosos aparecían entre los mechones de pelo, y la cara, una cara brutal que no había apaciguado la muerte, estaba cubierta de sangre. Su mano derecha, todavía crispada, se extendía hacia la ametralladora que había soltado al caer y se hallaba a corta distancia. Las moscas pululaban en las blandas materias y bebían en el charco de sangre que se espesaba en la acera.

Centenares de hombres se acercaban fascinados al cadáver. Lo veían como se ve a un tigre recién cazado, todavía caliente, y algunos lo movían con el pie, temerosos de que fuera a levantarse. Sólo entonces advertí que había olvidado en la casa mi maletín con la estola, el crucifijo y los santos óleos, y no me quedó otro remedio que principiar a rezar en voz baja la oración de los muertos.

Los vecinos llegaban cada vez en mayor número. La fascinación que el hombre caído les producía iba debilitándose en tanto que su cólera, momentáneamente apaciguada, crecía y el deseo de venganza se adueñaba de ellos nuevamente.

Continuaba rezando pero mi voz era dominada por los gritos:

—Debíamos arrastrarlo.

—Arrastrémoslo. Así pagará sus crímenes.

—Una cuerda —exigían—, pronto una cuerda.

La idea de que el cuerpo iba a ser profanado, de asistir a su vejación, me hizo reaccionar:

—¡No lo toquen —grité fuera de mí—, ese hombre ya está juzgado de Dios!

¿Por qué lancé ese grito? ¿Por qué defendía a don Ulises muerto y no lo defendí cuando aún era tiempo de salvarle la vida? ¿No era el odio, la cólera reprimida contra el cacique, un deseo inconsciente de venganza lo que me paralizó reduciéndome a la impotencia? Había sido un juguete en manos de la muchedumbre, un hombre indeciso, acobardado, y de golpe recobraba la voluntad y me erguía dispuesto a luchar por un despojo, por los restos de un hombre que abatió la violencia contra la cual creí luchar aunque en realidad formaba parte de ella.

Naturalmente no me hacía tales reflexiones. Los sucesos dramáticos se precipitaban sobre todos y estaba lejos de pensar entonces que mi conducta habría de causarme vivos remordimientos.

La muchedumbre, al escuchar mi grito, principió a retroceder, y en la acera ennegrecida, tapizada de vidrios y de trozos de reboque, me dejó solo con el muerto.

—Llamen a la Cruz Roja para que retiren el cadáver —ordené.

En ese momento, se abrió la puerta y María, saltando sobre el cadáver de su padre, se encaró a la muchedumbre momentáneamente apaciguada:

—¡Cobardes! ¿Qué más quieren? ¿Qué esperan? ¿Matarnos a todos? ¡Aquí estoy yo! ¡Acaben de una vez! ¡Cobardes, cobardes!

La voz sonaba estridente. Su pequeña figura, vestida de negro, me trajo a la memoria la frase de don Ulises: «Son buenas mujeres y buenas mexicanas.» María estaba en medio de la carretera, con las manos apretadas y el pelo en desorden. Su labio superior, sombreado de un vello oscuro, se levantaba dejando al descubierto los dientes, y su aspecto sugería vagamente el de un animalito acosado que de pronto se resolviera a defenderse.

Corrí hacia ella.

—María, regrese usted con su madre. No se exponga a una muerte estúpida.

No me oía. Vuelta a la muchedumbre, seguía gritando:

—¡Cobardes, cobardes!

Sonó un disparo. La mujer se llevó las manos al pecho y murmuró:

—Estoy herida.

—¿Puede usted andar? —le pregunté sosteniéndola de la cintura.

—Me parece que sí.

La llevé hasta la puerta y María entró a la casa con las piernas flojas, buscando el sostén de las paredes.

O BIEN desapareció, se escucharon nuevas exclamaciones:

—¡Los pavorreales de don Ulises; los pavorreales de don Ulises!

Las aves, enloquecidas de terror, habían dejado su refugio del jardín y volaban, o mejor dicho, resbalaban en el aire grasoso con los delgados cuellos extendidos y graznando sordamente. No puede hablarse de un vuelo. Era más bien un espasmo, un salto en el vacío, un instinto animal sublevado ante la presencia de la muerte, un torpe vuelo que destruía la imagen del sosiego, de la elegancia y de la vanidad simbolizada por ellas. Volaban. Arañaban el aire. Caían y se levantaban sobre un jardín enemigo cuyas rosas se hubieran transformado en manos ávidas, en flores de cinco pistilos, flores de cálices sonrosados y viscosos que se abrían y se agitaban con voracidad antropofágica.

Dos pavorreales, azuzados por el griterío, lograron salvarse en una azotea vecina. El tercero giró lentamente, pasó cerca de mí y vino a detenerse junto al cuerpo del cacique derribado en la acera. No pude evitar un escalofrío. Sus patas, sus feas y delgadas patas escamosas, pisaban el charco de sangre y su pico abierto, su pico abierto y anhelante, tocaba, reconociéndolo, olfateándolo, como el bordón de un ciego, las heridas, la materia del pensamiento derramada, las celdillas deshechas que retuvieron la experiencia, los recuerdos, las trampas, los instintos, los amores, los odios, el orgullo. Todo eso había desaparecido; su boca, no modulaba el diálogo habitual; con el espíritu, se había escapado el secreto del lenguaje cifrado, de todos los lenguajes, y era sólo un despojo tibio donde las moscas se ensañaban. La gran ave pareció comprender ese cambio operado en su dueño, emitió un graznido prolongado y trabajosa, lenta, pesadamente reanudó su vuelo, dirigiéndose hacia la multitud que aguardaba su presa. Todavía la cola esmaltada, la sedosa cola sembrada de ojos tornasoles, la cola que se desplegaba en el jardín de las rosas con el ruido de un abanico gigante, resplandeció, brilló un segundo, restableció el antiguo equilibrio, pero doscientas manos se apoderaron de ella y le arrancaron las plumas a manojos. Luego, la multitud se abrió, dejó un espacio vacío, y a los pies de la gente pude ver a la gran ave, blanca, desnuda, envilecida, como un espectro de sí misma, como la propia figura del hombre arrogante que yacía sobre un tapiz de vidrio con la mano extendida, extendida desesperada e inútilmente hacia la ametralladora silenciosa.

LOS AYUDANTES de la Cruz Roja hicieron al fin su aparición. La gente se mantenía apartada del cadáver y guardó silencio mientras subían a la camilla el cuerpo de don Ulises. Le doblé los brazos en cruz sobre el pecho y como el padre Villaverde hubiera regresado sin el micrófono, le dije:

—Padre, vaya con el cadáver al Ayuntamiento y usted me responde de que en el trayecto no ocurrirá nada desagradable.

El cuerpo, debo decirlo en descargo de mis feligreses, no fue arrastrado ni objeto de profanaciones según informaron los periódicos al día siguiente. De acuerdo con el relato del padre Villaverde, la gente, al ver oscilar la cabeza de don Ulises, debido al movimiento de la camilla, comentaba incrédula: «Está vivo. No ha muerto como se nos ha hecho creer», pero esto se debía a la idea que el pueblo se había formado del poder invencible del cacique. Muchos estaban persuadidos de que usaba chaleco de malla, y los más incrédulos pensaban que se fingía muerto y que todo aquello era sólo una trampa. Don Ulises representaba la fuerza todopoderosa contra la que ellos habían luchado treinta años, y su inesperada muerte, su destrucción ocurrida en el momento mismo de iniciarse la batalla, era un hecho que los sumía en el mayor de los desconciertos.

La cabeza, con el balanceo de la camilla, seguía moviéndose y la gente corría detrás y exclamaba temerosa:

—Está vivo. Está vivo. El señor cura nos ha engañado.

El padre Villaverde, mandó hacer un alto y volviéndose a la multitud:

—Véanlo ustedes —encareció—. Véanlo bien. Está muerto.

LA SITUACIÓN en el interior de la casa, tal como puedo reconstruirla para Su Ilustrísima, era extremadamente grave. Fulminado don Ulises en el mismo umbral de la puerta —unos dicen que murió debido a su temeridad de empeñarse en salir a la calle y otros hablan de un sacrificio voluntario—, Adalberto, el único hombre que estaba a su lado, trató de meterlo a la casa, cogiéndolo de los pies, pero la lluvia de balas se lo impidió y tuvo que volverse. Doña Paula llamaba a su marido desde el patio:

—Viejo, vente con nosotros. Viejo...

Adalberto apareció demudado en lo alto de la escalera.

—Han matado al patrón —fue todo lo que pudo decir.

La anciana mujer se precipitó a la escalera llorando:

—Viejo, mi viejo...

El joven Ulises tomó a la madre en sus brazos.

—Mamá, no pierdas la cabeza, ten calma.

La mujer se debatía luchando por escapar:

—Déjame ir —decía entre sollozos—, quiero morir con el viejo.

—Acuéstate, descansa —le suplicaba Ulises mientras la llevaba a un cuarto de la planta baja donde ya se encontraban su mujer, cuatro niños y su hermana María.

Adalberto había vuelto a la sala, con la idea fija de rescatar el cadáver de su jefe, y los pistoleros combatían dispersos en el aserradero.

Apenas había entrado al cuarto, oyó el joven una voz imperiosa que preguntaba desde la escalera:

—Ulises, ¿estás ahí?

Se asomó a la ventana y vio a un grupo de veinte hombres, armados de pistolas y puñales, que habían penetrado a la casa aprovechándose de la confusión exterior.

Sin decir una palabra, tomó el rifle, y aguardó.

—Ulises, ¿estás ahí? —volvió a preguntar la voz más imperiosamente.

Los hombres, con los rostros crispados por el odio principiaron a bajar despacio la escalera. Ulises pensó en su madre enferma del corazón, en sus hijos, en la hermana herida, y se decidió a contestar sabiendo de antemano lo que le aguardaba.

—Sí, aquí estoy. ¿Qué me quieren?

Doña Paula sobreponiéndose a su dolor trató de defender al hijo:

—Aquí están todos los familiares de Ulises Roca. Acaben con nosotros de una vez.

—Ulises, sal de ese cuarto o te sacaremos por la fuerza —ordenó la voz—. Nadie te hará el menor daño.

La madre quiso retener a Ulises:

—No vayas. Es preferible morir todos juntos.

—Madre —suplicó el muchacho—, debo ir. Han prometido no hacerme daño.

Desprendiéndose de los brazos de doña Paula, abandonó el cuarto, desarmado, y los hombres lo rodearon. Ya en la puerta de la calle, en el mismo lugar donde había caído don Ulises, la vista del hijo renovó la cólera de la gente, esa cólera irrazonable que golpea ciegamente sin saber lo que golpea, y en un segundo lo derribaron al suelo cosido a puñaladas.

Me encontraba a veinte metros, observando la partida de la camilla y los gritos del joven me hicieron correr hacia la puerta. Ulises yacía desmayado en el charco rojizo dejado por su padre. Daba la impresión de haber muerto. El rostro, desfigurado por las heridas, manaba sangre que se extendía rápidamente sobre la camisa deportiva y las llamas de la gasolina le habían encendido el pelo y comenzaban a quemarle los pantalones. Me arrojé sobre él y con los bordes de la sotana logré extinguir el fuego.

Enfurecido, rechacé a los heridores gritándoles con todas mis fuerzas:

—¡Ulises es inocente y los cristianos no asesinan a los inocentes!

Sólo recuerdo que los hombres se alejaron. La muchedumbre se detuvo replegándose expectante. Me mantenía al lado de Ulises. Era imposible reconocer en él al orgulloso joven que me había señalado con el rifle acusándome de azuzar a la gente en contra de los suyos. Su cara —le habían roto los anteojos oscuros— desaparecía bajo una máscara negra y la camisa estaba quemada y tinta en sangre.

Inicié el responso arrodillado y sin dejar de observar a la gente:

*Liberame Domine, de morte aeterna, in die illa tremenda, quando celli movendo sunt et terra. Dum veneris judicare saeculum per ignem.*

A través de la calina se veía a la muchedumbre mantenerse quieta y silenciosa y sólo el fragor del incendio se escuchaba como un bramido a mis espaldas.

*Dies illa, dies irae, calamitatis et miseriae, dies magna et amara valde. Dum veneris judicare saeculum per ignem.*

Había llegado el día de la ira, de la calamidad y la miseria, el día grande y amargo, el día en que el Señor vino a juzgar al mundo por el fuego. La gente no comprendía el significado de las palabras, mas adivinaba que de algún modo tenían relación con los crímenes de todos y que una expiación decretada por la Divinidad se realizaba en esa hora terrible. Permanecía silenciosa y se iba descubriendo, pero ninguno se arrodillaba y el deseo de venganza luchaba aún contra la piedad y se negaba a retirarse.

*Requiem aeternam dona eis Domine; et lux perpetua luceat eis.*

La muchedumbre se arrodilló en un movimiento ondulado, como una alta marejada que se abatiera en la playa y el potente rumor de la oración hizo vibrar el aire caliente y pegajoso.

¿Había tenido que arrastrarme desnudo e impotente por espacio de 50 años a fin de presenciar aquella escena? Las palabras se escuchaban como la lluvia, una lluvia que borraba la sangre y apagaba la sed de la venganza, una lluvia que era la señal del perdón, de que la cólera de Dios, con la muerte del tirano, estaba saciada y el día de

la ira, de la calamidad y la miseria había llegado a su término.

Quizá, Monseñor, ese momento de exaltación no era otra cosa que un arrebató de soberbia, un orgullo satánico. El Señor me devolvió el poder que me otorgara el día de mi ordenación para arrojarme de nuevo en la impotencia, para hacerme entender que sus designios son inescrutables y que ningún pecador debe sentirse el instrumento de la voluntad divina.

La oración se acercaba a su fin y con ella el milagro se desvanecía. Los ayudantes de la Cruz Roja habían regresado y aguardaban a que concluyera hincados junto a la camilla. Ulises salía de su desmayo. Abrió los ojos, trató de moverse y la muchedumbre se puso de pie y los gritos coléricos volvieron a escucharse.

—Ulises —le dije al oído—, no te muevas o te rematan.

Sin duda entendió mi consejo porque se mantuvo rígido y yo mismo ayudé a que lo pusieran en la camilla. El padre Villaverde lo acompañaba llevando en la mano un crucifijo.

—Rece usted, padre —le rogué al marcharse—, rece usted de modo que pueda ser oído de todos.

—Puede estar tranquilo, señor cura. Yo respondo de su vida.

QUEDABAN por salvar los familiares y los pistoleros de don Ulises. Regresé a la casa cruzando la sala de prisa. No había ya cortinas ni alfombras; la pianola ardía lentamente; la cabeza decapitada de una estatuilla se sostenía en la arista de un vidrio roto y el emplomado era sólo un montón de hierros retorcidos.

Los pistoleros se habían reunido en el cuarto de la planta baja, donde aún permanecían los familiares del cacique. La esposa de Ulises, sentada en una cama, le daba el pecho a su hijo pequeño. Ninguno de los niños lloraba. Los mayorcitos permanecían en un rincón sin entender lo que pasaba y una niña de tres años arrullaba a su muñeca cantando en voz baja, mientras los guardaespaldas, con las pistolas amartilladas, montaban la guardia en la ventana.

Doña Paula se ocupaba en vendar el hombro de María y al entrar me miró con sus ojos enrojecidos:

—Señor cura, ¿qué ha sido de Ulises? ¿Lo han matado?

—Ulises está a salvo en la Cruz Roja.

—Trata usted de consolarme.

—Le digo la verdad y usted debe creerme.

—Oh, padre —exclamó—, qué gran desgracia ha caído sobre nuestra familia.

—Salgamos —le dije tomándola de la mano—. Aquí corren todos un grave peligro.

—¿A qué salir? Nos matarán en la calle.

—Nadie les hará nada, se lo aseguro —y tomando en mis brazos a una de las niñas me dirigí hacia la puerta.

La aparición de la familia fue recibida con silbidos y gritos. María retrocedió y su barbilla le temblaba como había temblado la barba del padre en el aserradero. El niño que llevaba la mujer de Ulises principió a llorar. Doña Paula, echándose atrás el chal que le cubría la cabeza avanzó con los brazos abiertos.

—¿No les basta con el mal que nos han causado? ¿No están satisfechos?

La dignidad y la nobleza de esta anciana, sus palabras exentas de rencor, apaciguaron a los vecinos. En silencio atravesamos la carretera y la familia se refugió, sin ser molestada, en la casa frontera donde habitaban unos parientes suyos.

EN EL Ayuntamiento las cosas no andaban mejor. De sus doce policías bisoños, seis habían sido enviados a la casa de don Ulises, y los otros seis, encargados de vigilar la azotea, se creían en la obligación de disparar al aire de tarde en tarde como una respuesta a los tiros que partiendo de lugares desconocidos hacían blanco en la fachada del ruinoso edificio.

El Alcalde estaba prisionero en su oficina. La multitud espiaba sus menores movimientos desde las ventanas y circulaba por los corredores ansiosa de contemplar el cadáver de su enemigo.

Debido a una extraña coincidencia que anulaba la victoria de Manuel y la derrota del cacique, los dos cuerpos yacían en camillas contiguas mientras el cadáver del indio se hallaba apartado en un extremo del corredor y nadie le hacía caso.

Aquellos restos, lejos de apaciguar a los que no habían tomado parte en el asalto de la casa, los enardecían. Ellos también exigían sus propias víctimas, deseaban contribuir a la destrucción del cacicazgo y su rabia, hasta entonces sin empleo, se dirigió a la cárcel situada en un rincón del patio, donde Avelino permanecía encerrado.

La cárcel no era fácil de tomar. Una reja de gruesos barrotes protegía adecuadamente a los presos, y en la alcaldía se encontraban, además del alcaide, el comandante de policía, dos soldados armados con rifles y el padre Miranda, uno de los vicarios que yo había apostado en la Cruz Roja.

A las tres de la tarde, quinientas personas —mujeres en su mayoría— se encontraban frente a la cárcel pidiendo que Avelino les fuera entregado. El Alcaide, un hombrecillo nervioso, de melena rizada, ojos ardientes y saliente nuez a quien devoraba la llama de la oratoria cívica, creyó fácil dominar al enfurecido gentío. Salió a la puerta, levantó la mano flaca y temblorosa, y no terminaba de abrir la boca, cuando la multitud lo arrastró hacia el interior y se escuchaba su voz impostada exclamar «Queridos conciudadanos», «Queridos conciudadanos», entre las injurias y los clamores de las mujeres que gritaban:

—Échenlo fuera; es un asesino.

—Danos la llave. Queremos la llave y no tus estúpidos discursos.

El padre Miranda intervino protegiendo al asustado alcaide:

—Retírense, retírense. Él no tiene la llave.

Las mujeres eran las más exaltadas. Allí estaban reunidas las viejas del pueblo, las furias, las gorgonas de que yo le hablaba a Su Ilustrísima. Habían pasado gran parte de su vida sentadas en la acera o en el suelo del mercado, vendiendo semillas tostadas o alguna pobre mercancía, y desde abajo, desde ese nivel en el que transitan los mendigos o los perros hambrientos, habían contemplado al gordo comandante que les tomaba sus frutas y pasaba a su lado acariciando a las muchachas y burlándose de

los hombres.

Paz, la vieja analfabeta a quien uno de sus nietos le había descrito la forma en que dos compañeros habían caído envenenados junto al pizarrón de la escuela, capitaneaba el gentío.

—Arranquemos toda la mata —aullaba—. No dejemos a uno solo con vida.

El padre Miranda, hombre en la plenitud de su vigor, ayudado del comandante y de los soldados logró despejar la alcaidía y el tumulto pareció dominado.

Diez minutos después, centenares de hombres y mujeres se precipitaban nuevamente a la oficina, barrieron con los defensores —el padre Miranda perdió momentáneamente el sentido a consecuencia de un golpe— y la reja fue desprendida de su marco, doblados los gruesos barrotes y Avelino arrastrado al patio.

Al pasar junto al cadáver de don Ulises, el grupo se detuvo y un hombre dijo:

—Mira, ahí está tu padre. Así vas a morir.

Avelino haciendo un esfuerzo desesperado se tiró al suelo y logró zafarse. El hombre musculoso, de gorda cabeza, sólo era un instinto que luchaba por defender su vida. Se les escapaba de las manos tendidas, rodaba por el suelo y se agitaba rechazando frenéticamente a sus aprehensores.

Una mujer le dio un palo en la cabeza y Avelino cayó. Otra furia saltó entonces sobre él y, arrojándole en la cara una gran piedra, gritó:

—Ésta va por el hijo que me asesinaste.

—Nunca —comentó el padre Miranda— he presenciado nada igual. Avelino me recordaba un insecto, uno de esos insectos mutilados por nosotros cuando somos niños y ejercitamos nuestra crueldad incipiente, un insecto cuya mutilación le otorgara un carácter sagrado, una fuerza más allá de lo orgánico que despierta nuestra piedad y nuestra furia homicida, nuestra repugnancia y nuestra ansiedad por terminar la agonía, el sufrimiento monstruoso de esa mosca sin patas y sin alas, de ese gusano sin cabeza, de ese saltamontes privado de sus ojos y de sus antenas, de ese Avelino en fin, ciego y loco sin otra reacción que la elemental de ponerse a salvo.

Lanzó un alarido:

—No, no quiero morir.

El padre Miranda se abrió paso y llegó hasta el hombre linchado. Era tarde. Avelino yacía en el suelo, muerto ya, pero su cuerpo, obediente a la apelación de la vida, a su último llamado, seguía moviéndose convulsivamente.

EN EL mismo cuarto de la planta baja donde buscó refugio la familia se hallaban atrapados los hombres de don Ulises. No todos habían sido sus guardaespaldas. Uno de ellos, hombre ya viejo, era el velador del aserradero; otro fue un regidor del ayuntamiento que visitó la casa esa mañana con el propósito de arreglar cierto negocio de tierras y se había sumado a las fuerzas del cacique; los seis restantes — entre los cuales figuraban Adalberto y el depuesto alcalde Guadalupe Cielo— eran pistoleros, antiguos policías y gente de confianza del cacique.

Ardía con furia el aserradero. El piso superior ardía también y los vidrios de las ventanas estallaban cubriendo la escalera de fragmentos. Mi sotana estaba rota y chamuscada y aunque me había quitado el alzacuello y el sudor me aliviaba un poco, el pequeño cuarto, con sus paredes recalentadas, era lo más aproximado a un homo que pudiera imaginarse. Por lo demás, seguían lloviendo las botellas incendiarias y el griterío de la calle iba en aumento.

Los ocho hombres —a excepción de Adalberto y de Guadalupe que no habían perdido la calma— estaban demudados y medían la habitación a grandes pasos o se asomaban nerviosos a la estrecha ventana.

—Muchachos —les dije—, no les pasará nada si ustedes siguen mis instrucciones. Suelten las armas y siéntense en el suelo. Así correrán menos peligro.

—Prefiero morir matando —contestó Adalberto mirándome con recelo.

—Su terquedad no lo compromete a usted solo; compromete a todos sus compañeros.

—Muerto don Ulises no me importa ya nada.

—Murió porque tema una ametralladora en la mano.

—Yo soy el culpable de su muerte. No debí haberlo dejado salir —exclamó y dando la vuelta entró a un cuarto de baño contiguo.

El velador se sentó en el suelo y principió a rezar el rosario. Me acordé de mi padre. Él había estado así, con la cabeza reclinada y los ojos cerrados mientras afuera se escuchaban los gritos y las blasfemias de los combatientes. Me acerqué a él y poniéndole la mano en su pelo recio y canoso le dije:

—Reza, tu oración nos hará bien a todos.

Tres guardaespaldas dejaron las pistolas en la cama y se sentaron al lado del velador. Sofocado, casi sin aliento, salí a la puerta. El muro divisorio que separaba la casa del aserradero estaba siendo horadado en tres o cuatro lugares y a juzgar por la fuerza de los golpes, los asaltantes no tardarían en invadir nuestro último reducto. Me volví al cuarto preocupado. Fuera de Guadalupe, que seguía de pie, los demás estaban sentados en el suelo y sobre la cama se amontonaban los rifles y las pistolas.

Adalberto, ya recobrado, salió del baño, se acercó a la ventana y sin dejar la pistola observó los progresos de la demolición.

—¿Lo ve usted, señor cura? —dijo con voz tranquila—. Están empeñados en asesinarlos.

—¿Qué ganará usted con matar a cien hombres? Ellos son diez mil y ustedes no llegan a la docena.

—Usted, señor cura, quiere entregarnos atados de pies y manos a nuestros enemigos.

Guadalupe, rehuendo mi mirada se dirigió a Adalberto:

—Tienes razón. Él azuzó al pueblo contra don Ulises. No desea otra cosa que entregarnos.

—Usted no sabe cuáles son mis verdaderas intenciones.

—He sido presidente municipal y lo conozco bien, pero esta vez no lograremos engañarnos.

El muro, roto al fin, se abrió en dos grandes agujeros y entre el polvo de los ladrillos que caían surgieron ocho o diez hombres armados. Me paré en el umbral con los brazos cruzados. Al verme se detuvieron sorprendidos.

—Quítese de la puerta, señor cura —dijo un carnicero de largos bigotes—. Ése no es su lugar.

—¿En qué lugar piensan ustedes que debe estar un cura?

—Con el pueblo, no con los asesinos del pueblo.

—Ustedes no tienen derecho a juzgar ni a condenar a nadie. Yo estoy con los débiles, con los pocos y no con los muchos, y mi deber es impedir que ustedes carguen un nuevo crimen sobre su conciencia.

—No discutamos —dijo el carnicero—. Es un cura. Después de que se recibe una bofetada aconseja poner la otra mejilla.

Un tuerto, picado de viruela, escupió en el suelo con desprecio:

—Puede ver al cacique matar a sus feligreses sin decir una palabra y se horroriza de que vengamos a nuestros muertos.

—Grita. Desahógate. Insúltame hoy —respondí exaltándome—. Mañana me agradecerás lo que hago por ti. No lo olvides.

El trabajo de zapa llegaba a su término. Un trozo de pared cayó al suelo. Por el hueco asomó la cabeza del caballo que montaba don Ulises. Una cuerda lo sujetaba al cuello y el animal dirigía la mirada de sus grandes ojos espantados hacia nosotros en demanda de auxilio.

—El caballo —exclamaron los atacantes—, el caballo blanco de don Ulises.

—Lo compró con nuestro dinero —aulló el tuerto—, con lo que nos ha robado.

Sonaron tres disparos, el caballo se levantó rígidamente, mostrando sus dientes amarillos, y antes de que se desvaneciera el polvo, teníamos a un buen puñado de hombres frente a nosotros. Creí reconocerlos. El odio es también un éxtasis, una locura que abre las bocas y las distiende, cierra los párpados dejando una abertura por la que asoma una filosa luz de vidrio, y crispa las manos, como se crisan en el momento de implorar desde el fondo de su corazón exasperado, un perdón o una

gracia. Teman sus mismas chamarras viejas de pieles raídas, sus camisas sucias y sus pantalones llenos de remiendos, mas esas prendas familiares cubrían a unos hombres que a pesar de todas las semejanzas no eran ya los hombres cuyos rostros humillados veía desde el altar a través del resplandor de las velas y el humo del incienso.

LE CONFIESO a Su Ilustrísima que no sentía miedo. Era otra cosa peor: la certidumbre de que el Señor me había arrebatado el poder y que el milagro operado hacía pocos minutos no volvería a repetirse. «Va a llegar la lucha —me decía—, la lucha física, los golpes, las caídas, la profanación, el envilecimiento.» Avanzaban. Avanzaban con los rostros espectrales cubiertos de polvo y los ojos relampagueantes. Un rollizo artesano de pelo crespo me tomó del hombro:

—Apártese, señor cura.

—No pasarás —le grité rechazándolo—. Estos hombres son sagrados. ¿Lo oyes? Son sagrados.

Diez manos se apoderaron de mi sotana arrastrándome lejos de la puerta. Inesperadamente, el padre Suárez se interpuso, y empleando una energía de la que yo no le hubiera creído capaz, hizo retroceder a los atacantes.

Lo miré con gratitud:

—Padre —le dije—, ha venido usted en un momento oportuno.

Su mano; sin vendar, sangraba todavía. Los cabellos rizados se le pegaban a la frente y una fuerza extraña se desprendía de su correoso y delgado cuerpo.

Los hombres habían retrocedido hasta la barda. Un joven gritó:

—Don Ulises nos acusaba de ser un pueblo de gallinas. Ha llegado la hora de demostrar lo contrario, de terminar con ese nido de víboras.

—Ven si te atreves —estalló el padre Suárez dirigiéndose al joven—, pero tú solo.

—Quítate la sotana —respondió el joven dando un paso adelante— y pelea como los hombres.

El padre se quitó la sotana y, antes que yo pudiera impedírselo, derribó al joven de un seco golpe en la quijada.

Sus ideas acerca de los sacerdotes deben haberse modificado. El padre Suárez, en lugar de ofrecer ambas mejillas, ponía a su enemigo fuera de combate con un golpe que hubiera enorgullecido a su maestro de gimnasia en el seminario y ante mi sorpresa, el empleo de la violencia, los apaciguó, lejos de enardecerlos.

ERAN las cinco de la tarde. En el aserradero ardía impetuosamente el resto de la madera y las llamas del incendio subían y se mezclaban al resplandor rojizo del crepúsculo.

Abajo, el humo y el polvo de las demoliciones ocultaban en parte el muro destruido. Por los agujeros saltaban nuevos atacantes y unidos a los primeros, gesticulaban y gritaban sin que se decidieran a lanzar un segundo asalto.

—Es necesario mantenernos firmes —le dije al padre Suárez que había vuelto a ponerse la sotana—. Los soldados pedidos a Zitácuaro no tardarán en llegar y habrá concluido esta pesadilla.

—Sólo me preocupa que usted me perdone.

—¿Perdonarlo? ¿De qué debo perdonarlo?

—Lo abandoné a usted en la hora del peligro.

—No hablemos más de eso —le dije ocultando la emoción y volviéndome al cuarto.

Fuera del anciano velador que permanecía sentado, los siete hombres, sin duda incitados por Guadalupe, se hallaban agrupados en la ventana con las pistolas y los rifles dispuestos.

—¿Todavía no le merezco confianza? —dije encarándome a Guadalupe—. ¿Cree usted que no estoy dispuesto a defenderlos con mi vida si es necesario?

—A usted, señor cura, sí le tengo confianza, pero no a esos cobardes.

Su calma era perfecta. Hablaba fríamente, sin dejar traslucir ningún sentimiento. Su dedo índice descansaba en el gatillo y el rifle, telescópico parecía formar parte de su cuerpo musculoso.

—La sangre —continuó reflexivo en un aparte— ciega a los hombres. Lo sé por experiencia.

Nada podía alarmarme tanto como aquella resolución contra la cual no valían argumentos ni ruegos. El hombre estaba puesto entre morir como Avelino o morir defendiéndose y el dilema lo había resuelto de antemano. De sus enemigos no se podía esperar tampoco benevolencia ni misericordia. Juzgaban a los pistoleros sin distinciones y en su fuero interno los habían condenado a muerte. Sólo faltaba que se cumpliera el fallo.

—Mírelos usted —dijo el Alcalde—, ahí vienen.

Un grupo numeroso, de treinta o cuarenta hombres se dirigía resueltamente al cuarto. Acompañado del padre Suárez les salí al encuentro.

—En nombre de Dios, deténganse. ¿Qué más desean?

—Deseamos a los pistoleros del cacique —contestó el carnicero—, eso es lo que deseamos.

—No todos son pistoleros, y si hay culpables ya se encargará de ellos la justicia.

—Que salgan los pistoleros. No nos importan los otros.

—No saldrán. Están bajo mi custodia.

—Lo sentimos por usted, señor cura. Ya hemos esperado demasiado.

Adalberto salió del cuarto sin hacer ruido y se plantó frente a ellos.

—Yo era el principal pistolero de don Ulises —dijo sencillamente a manera de presentación.

El tuerto levantó la pistola lanzando una blasfemia y sin que tuviera tiempo de disparar cayó al suelo.

Oí a Guadalupe exclamar desde la ventana:

—Si no retroceden los mataré a todos. Fue sólo un aviso.

Los hombres, como locos, se lanzaron sobre el padre Suárez que les bloqueaba el paso y yo corrí en su defensa.

No esperaba auxilio de nadie. Me había abandonado el poder y estaba solo, sin otra fuerza que la primitiva y elemental de la ira. Anhelante, con los dientes y los puños cerrados luchaba frenético tomando a los atacantes de los cabellos y arrojándolos al suelo, pisoteándolos, embriagado por un frenesí salvaje hasta que me sentí caer en un pozo de sombras, en un abismo donde las tinieblas fueran tan densas que parecía flotar y hundirme en ellas sin alcanzar nunca el fondo de aquella sima.

Al abrir los ojos lo primero que vi fue un casco de acero y, abajo de él, el rostro de un capitán que se inclinaba sobre mí. Experimentaba una gran debilidad y la mandíbula izquierda me dolía.

El capitán se incorporó diciéndome:

—Vaya golpe que le atizaron, señor cura.

—Sí, capitán —le respondí frotándome la mejilla—, fue un *knock-out* fulminante. ¿Están a salvo los hombres de don Ulises?

—Ahí los tiene usted. Llegamos a tiempo de salvarlos.

—No —intervino Adalberto—, nos salvó la decisión del señor cura.

—De cualquier modo, han escapado con vida. Eso es lo importante.

—Recibimos la orden de salir a Tajimaroa hace apenas una hora —dijo excusándose el oficial.

—Si usted me autoriza, desearía retirarme.

—Vaya usted, señor cura. Se ha portado como un valiente.

—No me arrepiento de lo ocurrido, pero tampoco lo celebro. Es una triste victoria.

Afuera, en las calles y en la plaza invadidas por las sombras de la noche, la multitud se desbandaba. Cordones de soldados protegían el Ayuntamiento, donde —según me dijeron— el Procurador, recién llegado de Morelia, había instalado su tribunal.

Estábamos saliendo del anonimato. Se escuchaban las voces afectadas y mecánicas de los radios difundir la muerte del cacique Ulises Roca «a manos del pueblo enloquecido», y a cada momento bajaban de sus automóviles, fotógrafos,

camarógrafos y periodistas ávidos de notas sensacionales. Nuestro único hotel era insuficiente para contener a los policías secretos, los abogados y los políticos que se precipitaban sobre Tajimaroa.

Atravesé el jardín del atrio en el que sólo se escuchaban los apagados gritos de las lechuzas. Mi pequeño claustro, abandonado desde la mañana, estaba silencioso y oscuro. Me senté sin encender la luz, como otras noches en que me atormentaba inútilmente el pensamiento de don Ulises. Ahora, por primera vez, ya no existía y debía reflexionar sobre el significado de su violenta desaparición, responder a las preguntas que me harían los periodistas y los agentes judiciales y no lograba coordinar mis ideas. Había visto, en un relámpago, ejercer al pueblo su justicia, o mejor dicho, había contemplado la cara resplandeciente de su victoria, mas detrás de esa victoria sin estandartes y sin cánticos a la libertad reconquistada, sin coronas de laurel para los tiranicidas, quedaba un rastro de muerte, unas cenizas mojadas con sangre y lágrimas, unas víctimas culpables o inocentes.

Cada bastilla —y era legítimo, Monseñor, considerar la casa de don Ulises como una bastilla diminuta—, se ha ganado matando, porque los déspotas no oyen las voces de los subyugados, no abandonan el poder voluntariamente y es necesario destruirlos para destruir el poder que encaman, y son sus despojos, esos fríos y grotescos despojos, esos cadáveres hinchados y traspasados de balas, las señales y los trofeos de la victoria, el tributo que debe pagar el pueblo por el derecho a implantar su justicia en el escenario del mundo o en el villorrio olvidado de Tajimaroa.

A LAS 11 de la noche, las caras serias e incluso un poco innobles de dos policías secretos asomaron en el curato anunciando que tenían órdenes de llevarme ante el Procurador del Estado.

—No, señor cura —dijo con vehemencia el padre Suárez—, usted no debe ir solo. Ha llegado la hora de las represalias y no sería remoto que lo acusaran de haber incitado a los feligreses. He oído algunos rumores en ese sentido.

—Iremos todos juntos —propuso el padre Villaverde.

—Yo iré solo y ustedes se van a la cama. La presencia del curato en masa daría la impresión de que se ha enjuiciado al poder eclesiástico y eso es inadmisibile.

—De cualquier modo pensarán lo mismo —insistió el padre Villaverde.

—Yo soy el cura, el responsable de la feligresía y debo ir solo, tanto más que en cierto modo me siento responsable de lo ocurrido en Tajimaroa.

—Se trata de un escrúpulo excesivo. Usted ha salvado la vida de los familiares y de los pistoleros de don Ulises.

Salí al claustro, donde aguardaban los policías:

—Vamos —les dije poniéndome el sombrero—. Estoy a sus órdenes.

Frente al palacio quedaba alguna gente. Los bomberos, venidos de México y de Morelia, apagaban los restos del incendio y las llamas trazaban arabescos de oro en el agua derramada con profusión. Soldados armados con bayonetas y policías secretos, conducían a los vecinos —abundaron como era de esperarse los delatores— y la gente lanzaba exclamaciones indignadas.

En la oficina del alcalde estaba el Procurador tomando declaraciones a los detenidos. Hombre no mayor de cuarenta años, alto y grueso, su rostro insulso carecería de rasgos definidos si la seguridad que demostraba no se hubiera acentuado en él dándole un aire de ridícula suficiencia. Se veía con un gesto maquinal las manos grasas de uñas bien manicuradas y de tarde en tarde una de sus secretarias le ofrecía un cigarrillo americano. Lo fumaba complacido arrojando pequeños círculos de humo que se deshacían lentamente en la cargada atmósfera de la oficina.

La historia del Procurador —que yo me permito sintetizar para Su Ilustrísima— no difería de la historia de esas docenas de abogados carentes de bufete y de negocios, cuya vida profesional se inicia intrigando en los cafés de Morelia con la esperanza de hacer una carrera política.

Durante su juventud, como el gobierno en turno era revolucionario y aun socialista, se creyó en el deber de estudiar marxismo y hablaba sin cesar de la lucha de clases y del triunfo del proletariado que juzgaba inminente. Más tarde, debido a la circunstancia fatal de que los gobiernos se inclinaron ostensiblemente a la derecha, nuestro joven no sólo quemó los libros nefandos en el patio de su casa rodeado del mayor de los sigilos, sino que se transformó en un partidario del orden, del principio

de autoridad y de los métodos policiacos.

No abrazó, debemos decirlo en su honor, la nueva doctrina de una manera superficial. Ahora creía, y lo afirmaba enérgicamente, que el gobierno seguía siendo un gobierno revolucionario, un gobierno democrático que basaba sus menores actos en la Constitución, y para respaldar estas afirmaciones, sacrificaba parte de su tiempo en estudiar las leyes electorales con el objeto de justificar, guardando las apariencias de legalidad, la imposición de los candidatos oficiales, o de hallar en la Constitución y en los códigos artículos capaces de reprimir las huelgas o de encarcelar a los rebeldes sin entrar en conflicto con sus convicciones revolucionarias.

Al entrar en la alcaldía, el Procurador interrogaba a uno de mis feligreses y fingió no advertir mi presencia. Las preguntas de rigor registraban unos hechos que no bastaban a fijar la vigorosa personalidad de aquel hombre: 45 años de edad, mujer, cinco hijos. No fumaba mariguana —«Me ofende esa pregunta, señor Procurador»—, ni bebía alcohol —«Bueno, alcohol no bebo, sólo tequila o cerveza y eso de tarde en tarde»—, ganaba seis pesos diarios y se decía comerciante, un título honorable con el que disfrazaba su condición de vendedor de sandías o para ser más exacto, de vendedor de rebanadas de sandía en la plaza de Tajimaroa.

Había terminado de vender sus rebanadas y ya se disponía a marcharse cuando un hombre desconocido se le acercó diciéndole: «¿Qué haces aquí? ¿No sabes que tu tío ha sido muerto por los pistoleros de don Ulises?»

—Ah, señor Procurador, le juro a usted que lo vi todo rojo y tomando mi cuchillo salí corriendo a la casa del cacique.

—Le ruego —dijo el procurador interrumpiendo su relato— que no se exprese de esa manera de don Ulises Roca.

—Tan era cacique, como usted es Procurador y hay Dios en los cielos.

—Bien, ahórrese comentarios y prosiga su declaración —añadió el Procurador sumiéndose en la contemplación de sus uñas.

—Ya en la casa el señor cura me quitó el cuchillo. ¿No es verdad señor cura que usted me arrebató el cuchillo?

—Es verdad —contesté.

—Adentro, las balas rebotaban como granizo y me entró miedo.

—Ah —exclamó el procurador—, tuvo usted miedo.

—No por mí, sino por mis hijos que podían quedarse huérfanos.

Se enjugó el sudor con el dorso de la mano y continuó:

—Salí arrastrándome y me fui a la casa de mi tío. Estaba muy grave, casi agonizando, y allí estuve, sin despegarme de la cabecera, hasta las ocho de la noche que me dirigí al ayuntamiento para rezar un rosario por el alma de don Ulises.

Sólo entonces el procurador pareció darse cuenta de mi presencia. Abandonó la mesa y alzando las manos para acentuar su aire escandalizado se dirigió a mí:

—Es asombroso, señor cura, lo más asombroso que he oído nunca. Primero quería matar a don Ulises y después le reza un rosario a su cadáver. No cabe duda que

se trata de un hombre piadoso.

—¿Puedo retirarme? —preguntó el vendedor de sandías.

—De ningún modo, amigo mío, usted permanecerá detenido.

Hizo una pausa mientras los soldados se llevaban al abatido comerciante y se sentó a mi lado.

—Perdone que lo haya molestado haciéndolo venir, pero deseaba conocer su opinión sobre este drama.

—Mi opinión es que el pueblo entero se amotinó dando muerte a don Ulises.

—En realidad —se rectificó haciendo un gesto de desagrado—, más que su opinión, lo que solicito es su ayuda. ¿Podría darnos una pista, un indicio que nos permitiera descubrir al autor del asesinato? Usted se hallaba entre los que disparaban contra la casa.

—Estaba allí todo el pueblo.

—Este pueblo, señor cura, o estos feligreses suyos, son temibles, temibles y peligrosos.

—No son peores o mejores que otros feligreses de la diócesis, señor procurador.

—Sí, éstos son peores. El hecho de pertenecer a una región volcánica los hace explosivos y crueles. Hay antecedentes de su crueldad, de su furia homicida.

—Es imposible condenar a un pueblo en su conjunto.

—No es ésta mi intención. Las prisiones de Michoacán resultarían insuficientes para encarcelar a todos sus feligreses.

—En ese caso, debe usted perdonarlos a todos. También hay antecedentes de reyes y de príncipes que se han inclinado ante la justicia de sus pueblos.

—La ley no tiene nada que ver con la literatura. Usted olvida, señor cura, que soy el representante de la sociedad en general y en este caso particular de una sociedad agraviada. Mi deber consiste en velar porque se respete el principio de autoridad, porque se haga justicia y en la imposibilidad de encarcelar al pueblo entero he de limitarme a establecer la existencia de delitos suficientemente probados. Sobre los culpables caerá todo el peso de la ley.

—Ellos, como ese pobre vendedor de sandías, resultan los menos culpables.

—Cierto, le concedo la razón. Se trata de un castigo meramente simbólico y ejemplar, porque si no los castigamos ahora mañana tomarían a sangre y fuego el palacio del gobernador.

—Es tarde —le dije deseoso de poner fin a la entrevista— y debo retirarme.

—Nadie lo detiene a usted —se apresuró a decir con un tono en el que se advertía un ligero despecho—. Más adelante, si nos hace falta una declaración formal, yo lo mandaré citar judicialmente. Mientras tanto, queda usted libre a condición de no salir del Estado.

—Buenas noches, señor procurador.

—Buenas noches, señor cura —dijo levantándose y volviendo a su mesa sin tenderme la mano.

SALÍ del Ayuntamiento a las dos de la mañana. Mi estado era febril. Los escalofríos me recorrían la espalda; la sangre se precipitaba golpeándome las sienes y sentía crujir las suturas de mi cráneo.

Necesitaba permanecer en el jardín acariciado por las sombras, aspirando el aire fresco de la noche y me recliné en el tronco de un árbol. Todavía en el oscuro cielo se proyectaban las llamas que bailaban como fuegos fatuos en el almacén calcinado del aserradero. La casa de don Ulises yacía aplastada en la sombra, vacía y repulsiva.

Me vi con el viejo sombrero de panamá y el traje negro mal cortado, tomar la maleta en la estación de Pénjamo y adentrarme en las callejuelas sórdidas al mismo tiempo que decía: «Mi deber es salvar al mundo, y si no lo salvo, ésa es mi culpa.»

No quedaba ya nada de ese ardiente deseo de lucha. La tierra de México, la tierra abrumada bajo el peso de la miseria y de las injusticias, nuestra tierra que para ser salvada reclama el sacrificio de los héroes, me había destruido, porque fui un santo a medias, un héroe a medias, un pobre ser que no tuvo fuerzas para vencer esa corriente hecha de ira, de esperanzas frustradas y de limos sangrientos en que se resolvió la lucha armada, la persecución religiosa y la reforma agraria. El cacicazgo había significado mi última oportunidad y la perdí con las otras. En vez de acaudillar a los jóvenes y de sufrir las consecuencias de la rebelión, la había fomentado sin riesgo, al amparo de mi claustro. Manuel, el héroe, estaba muerto y el procurador elegía, viéndose las uñas manicuradas, a las víctimas que habrían de cargar las culpas de todos nosotros.

Aún estaba a tiempo de volver al Ayuntamiento y de gritarle en su cara:

—Señor procurador, ordene usted la libertad de esos hombres. No dudo que ellos sean culpables, pero hay cien, mil, diez mil hombres más culpables que las treinta víctimas elegidas por su incorruptible sentido de la justicia. El pueblo entero es el responsable de la muerte del cacique y de Avelino, del incendio y de la destrucción de los bienes, y si usted es el instrumento de la ley, el procurador que juzga un hecho tumultuario, usted debe encarcelar a todo el pueblo. ¿Qué me dice usted? ¿Que esto no es posible? ¿Que no hay cárceles para esta inmensa muchedumbre de criminales? ¿Que el confinamiento de las pretendidas víctimas representa un castigo ejemplar y meramente simbólico? Acepto sus razones, señor procurador. Entiendo muy bien que la imposibilidad de encarcelar a quince mil vecinos, es decir, a la totalidad de mis feligreses, lo fuerza a elegir, a discriminar, pero si usted considera que debe proceder simbólicamente, yo le sugiero, basado en la ley y no en vanas presunciones, que se encarcele usted a sí mismo y se someta usted a un proceso. ¿Se ríe usted? ¿Piensa que me he vuelto loco o que estoy bromeando? Ah, no señor Procurador, le estoy hablando en serio, perfectamente en serio. Los culpables, los únicos culpables de lo ocurrido en Tajimaroa son ustedes mismos, los que inventan cohechos y trampas para

mantener la sujeción y burlar el voto de la gente sencilla, los que defraudan su anhelo de verse gobernado por los mejores y no por los peores según es la regla en México. ¿Levanta usted sus manos manicuradas en señal de protesta? ¿Dice que lo estoy insultando? Nada más lejos de mis intenciones, señor procurador. Yo también, no como cura, sino como simple ciudadano, en la imposibilidad de encarcelar a los culpables de esos crímenes lo elijo a usted como a la víctima propiciatoria y le pido que sea su cabeza la que expíe las culpas de los suyos. He logrado indignarlo. ¿Qué dice usted? ¿Que no está indignado? ¿Que su conciencia de revolucionario no le reprocha nada? ¿Que cada acusación se apoya en un delito suficientemente probado? Bien, revise otra vez sus expedientes. Usted mismo los obligó a establecer su ficha de identidad, esos rasgos groseros y borrosos como la impresión dejada por sus dedos en el papel timbrado de los oficios. Casi todos son analfabetos, hombres condenados a la miseria desde el nacimiento hasta la muerte, sin oportunidades, sin libros, sin elevados ejemplos, cuyo destino es sufrir la enfermedad, el hambre, los pequeños robos oficiales, las pequeñas trampas, las pequeñas infamias, las pequeñas deshonras. ¿Cuándo se les rindió cuenta de su dinero? ¿Cuándo se preocuparon de ellos? Sólo son útiles a la hora de votar en sus elecciones prefabricadas, a la hora de pagar los impuestos, a la hora de arrancarles sus últimos centavos. ¿Y todavía debían sufrir a un hombre erigido en su dueño, gracias a su ametralladora y todavía debían cargar a los pistoleros ebrios y a los cobradores de alcabalas y a los policías rapaces? Ah, señor Procurador, esto era demasiado, usted debe convenir conmigo que era demasiado. Mis feligreses no son los criminales natos, los hijos violentos de esta región volcánica a los que usted se refería con desprecio, sino hombres y mujeres comunes y corrientes, el pueblo, el pueblo llano que tanto figura en sus discursos, en sus fiestas cívicas y en sus exaltaciones de la Patria, este pueblo de Tajimaroa, señor Procurador, que una vez en treinta años pidió justicia y como ustedes no se la dieron plenamente, él se la tomó por su mano destruyendo el cacicazgo para siempre.

Los sermones valientes, las defensas exaltadas de los que padecen injusticias y humillaciones, todos esos sueños que expresaban la mejor parte de mi naturaleza, caían en las rocas estériles del miedo y nunca prosperaban.

No había nada que hacer. Las primeras víctimas, entre las cuales se destacaba la figura corpulenta del vendedor de sandías, salían del palacio custodiadas por soldados y se alineaban en el portal, aguardando los camiones policiacos que deberían conducirlos a la cárcel de Morelia. Debía decidirme. Al menos quedaba la oportunidad de consolarlos, de impartirles mi bendición, de estar a su lado ya que sus culpas, después de todo, eran mis propias culpas y avancé unos pasos. En ese momento, los vecinos que aguardaban frente al palacio —familiares de los presos en su mayoría— trataron de acercárseles, sin duda con el objeto de despedirlos o de entregarles algún dinero, pero los soldados se interpusieron y empujándolos con las culatas de los fusiles, los rechazaron hasta el extremo de la plaza.

El oficial a cargo del destacamento, sacó la pistola y dio una orden. Los soldados,

dispersos, marchando rítmicamente, se alinearon de dos en fondo dando la cara a la plaza y volvió a reinar el silencio, un silencio tenso, insoportable, que no era un espacio vacío, sino la preparación y el comienzo de algo que debería ocurrir fatalmente.

Un rumor de pasos todavía lejano fue acercándose, aumentó poco a poco, se transformó en tumulto, y un minuto después centenares de vecinos desembocaron en la plaza. Venían a la carrera, sofocados, sin aliento y en un abrir y cerrar de ojos, cruzaron el jardín y se unieron al grupo de los familiares que todavía aguardaban expectantes.

Una mujer, con el pelo suelto y a medio vestir, extendía los brazos gritando histéricamente:

—Se llevan a nuestros hijos, a nuestros padres, a nuestros hermanos.

Un cielo negro había sustituido al cielo matinal cubierto de sucios vellones, y en lugar del sol velado por la calina sofocante, las lunas frías del mercurio —el Alcalde había inaugurado la nueva iluminación junto con el pavimento y de ambas mejoras estaba el pueblo muy orgulloso— derramaban una luz violácea y descamada que le daba un aire espectral a la muchedumbre, los soldados y los árboles.

—Váyanse a sus casas —dijo el oficial con voz insegura—. Los soldados tienen órdenes de disparar si ustedes nos atacan.

—Señor oficial —respondió un viejo desconocido—, nosotros no pensamos en atacarlos. Venimos a despedir a nuestros familiares. Simplemente venimos a despedirlos.

—No pueden acercarse. Es una orden.

—Tampoco pueden impedir que despedamos a nuestros familiares.

—Atrás o se atiene a las consecuencias —advirtió el oficial.

—Padre —gritó el joven policía que había disparado en la mañana contra la puerta del cacique y se hallaba entre los presos—, padre, lo van a matar. Retroceda.

—No, yo quiero darte mi bendición.

—Démela desde ahí. No se mueva —sollozó el joven cayendo de rodillas.

El viejo siguió andando y la multitud se apresuró a marchar detrás de la mancha movable de su camisa, como si ese lienzo blanco donde resbalaban las luces plateadas del mercurio, se hubiera transformado en una bandera.

Los soldados cortaron cartucho. La gente, de una manera instintiva, principió a cantar el himno nacional y continuó avanzando. Las voces graves de los hombres sostenían, como columnas, el delicado arquitrabe de las voces femeninas y componían un templo erigido a la libertad, un sonoro espejismo casi corpóreo en medio de las luces heladas del mercurio, pero el arrogante desafío del himno, sonaba en mis oídos como una invocación a la muerte —¿no era yo acaso, Monseñor, el viejo maestro del coro?—, y corrí hacia ellos herido por un presentimiento.

Sonaron los disparos. La estrofa «Ciñe oh Patria tu frente...» se desplomó aleteando, como una paloma tocada en pleno vuelo y el concreto recién forjado se

llenó de muertos y heridos.

El pánico se apoderó de todos. Yo también corrí para salvarme en el tronco del árbol. Los dientes me castañeteaban; una angustia y un horror penetrantes desgarraban mis entrañas y hundiendo las uñas en el tronco grité enloquecido:

—¿Para qué todo esto, Dios mío, para qué, con qué objeto? ¡Dime, Señor, una palabra y mi alma será sana y salva!

Un profundo silencio me rodeaba. Los muertos yacían sobre el concreto sin dignidad, desordenadamente, encogidos y crispados, con las caras lívidas y las bocas abiertas y vacías.

El cielo comenzaba a clarear. En las ramas de los árboles se agitaban los pájaros y las campanas de la parroquia llamaban a la primera misa. La muerte reclamaba mis servicios y adelantándome inicié el responso que clamaba misericordia y sustituía, una vez más, a los cánticos jubilosos de la Pascua.